



CV/14817

BORRONES EJEMPLARES

MISCELANEA

de artículos, cuentos, parábolas y sátiras

por

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE VALENCIA,
C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Y SOCIO DE LA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO DE ROMA

~~~~~  
Con licencia del Ordinario  
~~~~~



VALENCIA

Imprenta de Manuel Alufre

1883

Es propiedad del Autor



CENSURA Y LICENCIA

EXCMO. É ILMO. SR.:

Cumpliendo el honroso encargo de V. E. I. de censurar las obras del ilustrado catedrático de este Instituto, D. Manuel Polo y Peyrolón, he leído la última que ha escrito y quiere dar á luz, titulada Borrone Ejemplares. Bajo tan modesto titulo encierra el autor una serie de cuadros interesantes, en los cuales propone muchos ejemplos de virtud y honradex, impugna algunos errores, y ridiculiza ciertas costumbres y defectos sociales, frecuentes por desgracia en nuestra época. No he encontrado en ella cosa alguna contraria á nuestra santa fé católica ó á las buenas costumbres, sino que por el contrario juzgo su lectura muy útil: por todo lo cual es mi parecer, salvo el superior de

V. E. I., que puede concederse la licencia que solicita para imprimirla.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Valencia 26 de Marzo de 1883.—Excmo. Sr.—Niceto A. Perujo. Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis.

Valencia 5 de Abril de 1883.

De conformidad con el dictamen del Censor que suscribe la presente comunicaci3n; en cuya virtud, imprimase la obra á que el mismo se refiere.

† EL ARZOBISPO.





CARTA-DEDICATORIA

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo

ILUSTRE AMIGO MIO Y DUEÑO:

CUANDO en 1879 me dispensó V. el obsequio grande de escribir un prólogo para mi cuento *Los Mayos*, prometí dedicar á V. mi primer trabajo literario. Esta mal cortada pluma no ha permanecido ociosa en el tintero, durante los cuatro años últimos; pero no me han parecido dignas de V., ni de nadie, las muchas cuartillas emborronadas, unas por razón de oficio y otras con el fin único de propagar la buena doctrina. Tampoco lo son las que componen este libracó, que rotulo *Borrónes Ejemplares*, miscelánea de artículos viejos y recientes, inéditos unos y publicados otros en revistas y periódicos, sobre materias inconexas y mezcladas, que con temor

saco á la vergüenza pública. Adopto el título supradicho, porque borrones ó borradores son siempre mis escritos, por más que los lime y ponga en limpio, y porque ejemplar es la doctrina que contienen, esto es, moral y moralizadora, directa ó indirectamente, según los casos y parecer del eximio Censor eclesiástico.

Dice Trueba en su reciente libro *De flor en flor*: «Lo que se designa con el nombre de miscelánea literaria, goza de poca estimación en la república de las letras, y generalmente no merece mucha, porque de cada cien recopilaciones de esta especie, las noventa y cinco apenas tienen más recomendación que el nombre que sus autores han adquirido con obras de verdadero empeño y mérito. Se dan á luz en forma de libro las misceláneas literarias, por una de estas dos razones: ó porque un editor ha creído que, aunque el mérito del libro no sea garantía de lucro, lo es el nombre del autor, ó porque el escritor gusta de reunir en forma de libro todos sus ensayos literarios y sus trabajillos de compromiso, encargo ó circunstancias, no porque crea que han de acrecentar su gloria, sino porque al fin son hijos suyos, y no hay padre que no dedique alguna parte de su cariño al hijo que menos lo merece.»

Bien pensado y perfectamente dicho; pero ninguna de las dos razones apuntadas por el cantor in-

signe de las costumbres vascónicas, me induce á publicar esta colección. Al imprimirla me propongo únicamente moralizar deleitando, corregir no hiriendo al corregido; contribuir, en una palabra, con mi granito de arena, á la restauración en Cristo del edificio social, que se cuarteja. La moralización indirecta ha sido y será siempre la más seductora y ejemplar.

Lo dicho no basta, sin embargo, para que mi libreo circule: sólo un nombre preclaro en la república de las letras puede servirle de salvo-conducto; y puesto que V., el más joven de los sabios académicos y catedráticos, y el más sabio de los jóvenes, me autoriza bondadosamente para ello, á V. se lo dedico, y el glorioso nombre de V. estampo en la primera página, cumpliendo, aunque tarde y pobremente mi promesa, y quedando de V. siempre admirador y amigo devotísimo, q. b. s. m.,

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.





HISTORIA DE UN OCHAVO MORUNO



CIERTA tarde del mes de Agosto, cuando ya el sol, que declinaba, había perdido su fuerza, salí yo de Albarracín por la carretera de Teruel, caballero en una mula como un dromedario, aparejada á usanza de aquella tierra. El amo de la mula, hacendado de la Serranía, contemporáneo y condiscípulo mío en la escuela de nuestro lugar, no solamente puso á mi disposición su mejor cabalgadura, sino que tomó la parda chaqueta, la echó sobre sus hombros, atravesó su faja azul con una vara de fresno, y se empeñó en servirme de espolique.

La carretera se precipita desde Albarracín en el hondo, dejando los viejos y encumbrados Muros á la izquierda y la peña de la Cingle á la derecha; se arrima después al río Guadalaviar, juntos atraviesan la vega y juntos penetran en la garganta de Santa Croche. Por allí entramos también nosotros, caminando á la par los cinco: Juan y yo abismados en nuestras respectivas imaginaciones, la mula trotando uniformemente detrás de su amo, la carretera retorciéndose como una culebra por no separarse del río, y el Guadalaviar cristalino y juguetón precipitándose con estrépito de pozo en pozo y de risco en risco por las profundidades de la garganta, entre un verdadero bosque de juncias y sargales.

Cruzamos el túnel de Peña Horadada; dejamos atrás el castillo y molino de Santa Croche, y vimos á un peatón, que con su mochila á las espaldas y un garrote en la mano, venía á nuestro encuentro.

—Gran sitio, amigo Juan, para dar un susto á los caminantes y limpiarles el bolsillo.

—Eso pronosticábamos todos cuando se echó por aquí la carretera, pero hasta la presente nada ha ocurrido.

—Sois muy honrados los serranos.

—Lo mismo los conoce usted que yo, don Manuel; pero como yo vivo en la Sierra todo el año y los trato más, me parece que no voy descaminado si digo que los serranos no tienen valor para robar en despoblado, pero son muy rateros.

—Hombre, no; ni lo uno ni lo otro: esta gente es muy honrada.

—Sí, señor, todo lo honrada que usted quiera; pero á mí no me dejan fruta en los árboles del huerto, se me llevan también las patatas, los nabos, y hasta me han hurtado haces de trigo en la misma era.

—No tiene muy buena facha este hombre que se acerca.

—No haga usted caso, D. Manuel. Le daremos una limosna y se marchará más contento que unas Pascuas.

En efecto, al emparejar con nosotros saludó cortésmente al peatón y pidió una limosna para un jornalero que *no encontraba trabajo*. Le di un real de vellón; sacó Juan el extremo de su faja azul, oculto en la cintura, descorrió la anilla, tomó una peseta, y se la entregó también al postulante, diciendo:

—Ahí vá, buen hombre, y que encuentre pronto lo que busca.

—Dios lo pague y aumente la caridad, señores (dijo el trabajador alejándose).

—No lo puedo remediar, D. Manuel, cuando veo un jornalero sin trabajo se me cae el alma á los piés y le daría cuanto llevo encima.

—Tal vez sea algún holgazán.

—Es posible; pero yo no puedo ni quiero hacerme esa cuenta. Es terrible encontrarse lleno de salud, reventando de fuerza, con dos brazos y sus manos correspondientes como dos martillos, muriéndose de hambre por no encontrar trabajo.

—Juan, cualquiera que te oyese diría que te había pasado á tí algo parecido.

—Sí, señor; lo ha adivinado usted.

—¿Cómo fué eso, amigo Juan, que nunca me has dicho nada?

—No habrá venido á pelo, que yo ni lo calló ni lo ocultó; antes al contrario, lo cuento muchas veces para enseñanza de mis hijos y ejemplo de los demás.

—Vamos, refiéremelo, que te escucho con interés.

—Desto hace unos catorce ó quince años: yo tenía entonces diez y nueve ó veinte. Como usted sabe, en mi casa hemos sido un montón de hermanos, todos hombres para mayor apu-

ro. La hacienda era poca, las ganas de comer muchas, y durante el invierno no había en el lugar trabajo para todos. Unos ú otros teníamos que salir *á extremo*¹, y aquel invierno me ocurrió irme con otros dos en busca de trabajo á una carretera que hacían en el Pirineo, allá junto á la raya de Francia. Mi padre me dió treinta reales para el camino, y anda que te andarás, cogimos la carretera de Zaragoza entre las piernas, y en cinco jornadas nos plantamos en la santa capilla del Pilar. Me acuerdo que aun le eché dos cuartos de limosna á la Virgen. Volvimos á emprender la marcha, y anda que te andarás, anda que te andarás otra vez, llegamos á Huesca. Desde allí, siempre en los caballitos de San Francisco, con la manta al hombro y un garrote en la mano, subimos á Jaca. En Jaca ya nos dieron malas noticias; pero ¡quién dijo miedo! A los veinte años tenía yo un pecho como un Nerón. Adelante y siempre adelante subimos al Pirineo, y aquí te quiero ver, escopeta: los trabajos estaban paralizados y nos dijeron que no moverían hasta

¹ Este nombre dan en la Sierra de Albarracín al hecho de marchar en busca de trabajo á las *extremidades* ó confines de la nación.

Dios sabe cuándo. De los treinta me quedaban dos ó tres reales.

—Pero ¿cómo hiciste para que duraran tantos días?

—Muy sencillo: no comíamos mas que pan y dormíamos de balde en los pajares. Los apuros empezaron al saber que no había trabajo. Nos echamos á buscar ocupación por aquellos montes. ¿Que si quieres? En todas partes sobraban brazos y faltaba dinero. Nos hablaron de un paisano que vivía en aquellos contornos; le buscamos para que nos prestase unos cuartos á fin de volver con ellos á casa; le hallamos al fin, nos convidó á un bodegón, y luego tuvimos que pagar su gasto y el nuestro. El pobre estaba aún más perdido que nosotros. Emprendimos la vuelta sin un céntimo. Ninguno quería pedir limosna, porque como no lo habíamos hecho nunca, se nos caía la cara de vergüenza. Le dijimos á un pastor si nos vendería un pedazo de pan y el buen hombre se negó á vender, pero abrió su zurrón y partió su merienda con nosotros. Anduvimos otro día con aquel pequeño refuerzo. Pasamos por un lugar é invertimos en lechugas los dos últimos cuartos que nos quedaban. Aquello no sirvió mas que para avivar el hambre y echar á per-

der el estómago. Nos iban faltando las fuerzas, pero todo menos pedir limosna. Trabajo pedíamos en todas partes: socorros en ninguna. Tres días llevábamos ya de desfallecimiento y angustias, sin haber comido otra cosa mas que algunas yerbas y raíces, cuando al pasar por un camino desierto como esta carretera, vimos venir hacia nosotros un caballero solo y montado también como vá usted en una mula. «Á él, dijeron mis compañeros: si no nos socorre le robamos.» Una fogonada de sangre acudió á mi cara. Me volví airado y les dije: «Robar es cien veces peor que pedir limosna: yo se la pediré por el amor de Dios y nos dará.»

—Muy bien dicho: á honrado y caballeroso no te ha ganado nunca nadie.

—Cumplí con mi deber y nada más. Pues, señor, me adelanto, me quito el sombrero (lo mismo que el que hemos encontrado hace poco), y con toda la humildad del mundo le digo: «Caballero, ¿quiere usted socorrer por el amor de Dios á tres trabajadores, que hace quince días se encuentran sin trabajo y sin recursos?»

Juan hizo alto para tomar aliento y limpiarse el sudor que le producía, más que el calor, el recuerdo angustioso.

—¿Y te daría lo menos una peseta?

—Verá usted: echó mano á su bolsillo; sacó una moneda (no la ví bien, pero me pareció que era un cuarto); la miró y remiró con ternura; lo meditó un poco, y para evitar aquel despilfarro, la puso otra vez donde estaba, me arrojó al sombrero *¡un ochavo moruno!* y... emprendió la marcha, dejándome en la carretera asombrado y corrido de vergüenza, no por mí, sino por él.

—¿Es posible?

—Pasó lo mismo que lo cuento. Acudieron en seguida los compañeros, creyendo que me había dado lo menos un doblón, y cuando vieron el ochavo quisieron correr á su alcance y arrancarle por fuerza lo que no había querido dar por caridad. Logré disuadirlos, y pocas horas después la Providencia, que es el gran limosnero, nos proporcionaba trabajo para tres meses en una gran finca de las inmediaciones de Huesca. Aún ahorramos aquel invierno y llevamos á casa una onza cada uno.

—Dios recompensó tu cristiana honradez.

—Así lo creo, porque no he pasado en mi vida angustia igual á la que sufrí pidiendo limosna. El hambre lo sentía sólo el estómago; pero aquel mal rato lo pasó todo mi sér.

—¿Y qué has hecho del ochavo moruno?

—Lo guardo como oro en paño, y alguna que otra vez lo enseño á mis hijos para que no se engrían con bienes que nada les han costado y para que no olviden jamás que su padre ha pedido limosna.





DOS CLASES DE LIMOSNA

Semper enim pauperes habetis vobiscum.

S. Marcos, cap. XIV, v. 7.

I.

SIEMPRE, con efecto, habrá pobres entre los hombres, y nunca ha de faltar materia para ejercer la caridad al corazón compasivo.

El pauperismo es una llaga social que en ciertas comarcas y populosas ciudades presenta aterrador aspecto y preocupa las inteligencias de los más hábiles estadistas.

¡Cosa admirable! El sabio es impotente para la resolución de tan árduo negocio, y cualquier cura de aldea lo mira hace siglos resuelto.

«Contra pobreza, caridad,» dice su fórmula, y refiere la historia y acredita la experiencia, que cuantas veces se ha puesto en práctica este aforismo, otras tantas ha sido ultimado satisfactoriamente el asunto.

La verdadera caridad, esto es, la benevolencia y beneficencia por Dios y para con el prójimo, no hay lágrima que no enjague, dolor que no alivie, ni miseria que no haga desaparecer. Sin embargo, para que sea verdaderamente fructífera, conviene ejercerla con oportunidad y discreción grandes.

Recuerdo á este propósito dos escenas, que presento frente á frente á fin de que resalte mi pensamiento.

II.

Ciertas familias, piadosas y acomodadas, de capitales de segundo y tercer orden, tienen la loable costumbre de dar limosna una ó dos veces á la semana. Los mendigos de la ciudad y del contorno lo saben perfectamente, y, horas antes de la señalada al efecto, van acudiendo de uno en uno y agrupándose junto á la puerta de la casa. La calle se llena poco á poco

de pordioseros de todas edades y tipos. Curioso é instructivo es observarlos al través de alguna celosía y oírles antes y después de repartirse la limosna.

Empiezan por murmurar, que es una bendición, de todo el mundo; pero especialmente de la familia y criados que los socorren. Refunfuñan, discuten, disputan, se acaloran, riñen, se insultan y mueven á veces algarabía infernal, llenándose unos á otros de improperios. El menor ruido que de la casa caritativa parte, apacigua el gallinero; se agrupan todos en la puerta y hacen pasar las penas del purgatorio al infeliz que ha tenido la malhadada ocurrencia de entrar ó salir en aquellos momentos. Si no es el que habitualmente reparte la limosna, vuelta á separarse, á murmurar de nuevo, á reñir y á gritar.

Tan poco edificante espectáculo cesa con la aparición del limosnero, cargo que de derecho corresponde al mayordomo ó criado más antiguo de la casa. Lleva en la mano un capacito lleno de calderilla, se planta en la puerta, obliga á los pobres todos á que ocupen su derecha, y de uno en uno van pasando á la izquierda, recibiendo una moneda y marchándose calle abajo. No falta quien á todo correr da la vuelta

á la manzana y llega todavía á tiempo para tomar segunda limosna.

Aquella caritativa familia administra perfectamente sus riquezas, distribuyendo parte entre los pobres. En el fondo, la acción es en alto grado meritoria y digna de aplausos, mas ¿y los resultados? Algunos pobres hacen digno empleo de las monedas recibidas; pero muchos, la mayor parte quizás, prescindiendo de sus más apremiantes necesidades naturales, las invierten en satisfacer sus vicios. No exagero: hablo con perfecto conocimiento de causa. Pocos segundos después, aquellos ochavos se han convertido en cigarros, vino, aguardiente, azúcar y chocolate.

¿De qué manera evitarlo?

III.

Seguidme y cambiemos de escena y de escenario.

No se trata de una ciudad: estamos en cierto lugarejo insignificante de la Sierra de Albarracín.

También hay pobres entre sus moradores, y tampoco faltan ricos caritativos. Las relacio-

nes entre aquéllos y éstos son allí más íntimas, pues no separa á unos de otros, como en las grandes ciudades, esa barrera ficticia de consideraciones, orgullo, fausto y etiquetas mundanas que sólo borra la caridad.

Momentos antes de medio día, la plazuela de la mejor casa del pueblo presenta original aspecto. Muchos pobres hormiguean bajo el añejo olmo, que dá sombra á la puerta. ¡Contraste notable el de miseria tanta frente á la más rica casa del lugar!

La primera campanada de las doce suena en las alturas del viejo y erguido campanario. Aparece en el umbral de la puerta la dueña de casa, señora entrada en años, de tan distinguido porte como sencillo traje y modesto aspecto. Tras ella viene la criada con una cesta, de las allí llamadas de *horno*, llena de grandes pedazos de pan.

Al ver á su señora, los pobres se descubren con respeto y la rodean solícitos, dándola entre dientes los buenos días.

Tocan á la oración en la vecina torre, y la señora recita el *Angelus*, contestando religiosamente los menesterosos.

—Vamos, hijos (dice al concluir la primera), cada día venís en mayor número.

—¿Sabe usted qué es, doña Casilda? Que acuden forasteros como moscas (contesta una muchacha pizpireta, á cuyas faldas van asidos dos pequeñuelos hermanos suyos, mientras otros dos, más pequeños todavía, pesan el uno sobre sus espaldas y el otro sobre su brazo).

—¡Habladora! (murmura una anciana).

—Calla, mujer, calla, que tan pobres son los forasteros como los del lugar, y aunque ellos pidan no faltará lo tuyo (advierte doña Casilda). Me parece que eres envidiosa: pues sábeta que Dios castiga también á los pobres de malos sentimientos.

—Yo no lo dije...

—Ya lo sé, mujer, ya; pero es preciso que dentro de vuestra pobreza os ayudeis los unos á los otros, á lo menos queriéndoos como hermanos. Ea, entrad, y el que necesite otra cosa que espere.

La turba se precipita en el zaguán, y colocándose doña Casilda en la puerta, les hace salir de uno en uno, dando á todos, sin excluir á los niños de pecho, su mendrugo correspondiente. Espectáculo edificante y encantador era ver la caridad con que aquella anciana repartía por su mano el pan de la limosna. Gustosa se había impuesto la obligación de desempeñar diaria-

mente y á la hora dicha tan impertinente tarea; pero lo hacía con tan ardoroso espíritu evangélico, que difícilmente puede darse de ello idea exacta: lo intentaté, no obstante.

—¿Cómo sigue tu madre, Cayetano?

—Mejorcica, señora; me ha dicho que ya puede comer y que si quería usted darme su cantero de pan... Como ella no puede venir...

—Vamos, toma dos, uno para tí y otro para tu madre. Dile que se cuide mucho y que no salga de casa hasta que esté buena del todo, que luego pasaré yo á ver lo que necesita.—Pues, hija, no traes tú pocos: ¿todos son hermanos tuyos?

—Sí, señora, y cinco más que se han muerto.

—¡Qué bendición de Dios! ¿Van á la escuela? Y tú, ¿vas á costura?

—Éstos sí, señora; pero yo, como tengo que quedarme á cuidar los crios...

—Válgame Dios, de seguro no sabes ni aún el Padre nuestro.

—Algo hay de eso, señora; pero como no puedo ir...

—Pues mira, ven aquí alguna tarde con los pequeños y mientras hago labor te iré enseñando el catecismo poquito á poco.

—Bien está, señora, y Dios se lo pague á usted.

—¿De dónde es usted, buen viejo?

—De un pueblo del Reino que le dicen Benirrufos.

—Pues entónces ¿conocerá usted al Secretario?

—Sí, señora, demasiado que le conozco... ¡Ya es buena pieza...!

—Vamos, no murmure usted, que es pecado feo.—Mira, qué sucio llevan á este angelito: ven que te limpie esa cara. (Y haciéndole mil caricias, lo limpia con su propio pañuelo y lo besa.) ¿Qué es lo que quieres, hijito, qué es lo que quieres?

—Tengo hambe.

—¿Tienes hambe? Toma, toma pan y este caramelo: cómetelo, hijo mío, cómetelo.

Y conversando con todos ellos, salen del zaguán á la calle, de uno en uno, en tanto que el pan deja también la cesta, reemplazada inmediatamente con otra prevenida al efecto.

Terminada la generosa distribución, muchos de los socorridos continúan en la plazuela, y empieza entonces un interrogatorio diferente y un pordioseo de otro género.

Éste pide unos zapaticos viejos, aquél una camisa, el de más allá unto para hacerle unas sopicas á su madre enferma; el uno saín de ga-

llina ó vino dulce para remedio, el otro un huesecico rancio para puchero de enfermo y cien cosas más que omito para no importunar al lector.

Doña Casilda, con caridad tan entusiasta como discreta y prudente, da á unos, niega á otros, promete á éste, reprende á aquél y reparte, en fin, tan amorosa y sabiamente la limosna, que los pobres quedan todos contentos y la limosnera tranquila con la seguridad de que ninguno de los socorridos ha de emplear malamente el socorro.

IV.

No todos pueden hacer lo que Doña Casilda; pero si los ricos no hubiesen abandonado el campo trasladándose en busca de materiales goces á las grandes poblaciones, donde malgastan miserablemente sus riquezas; y si el sacro fuego de la caridad cristiana, ardiese todavía en sus pechos, el pauperismo no sería para las sociedades modernas enfermedad tan aterradora como incurable.



NOCHE-BUENA.



FSTAMOS en Adviento y la cristiandad se dispone á celebrar bulliciosamente la más grande de sus fiestas. «Toda festividad, aneja á la religión y á la memoria de sus beneficios, es la única imperturbable y duradera,» dice el gran poeta cristiano Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, la mejor de sus concepciones. Y dice bien, que 1883 años hace, la humanidad dolorida recibió en miserable cueva el mayor de los beneficios que registran las páginas de su historia. La festividad religiosa, que anualmente recuerda tan fausto acontecimiento, no ha sufrido interrup-

ción al través de los siglos; y es que en el pesebre de Belén tuvo principio la redención humana. La Misa llamada del *gallo*, que se canta en el orbe católico, es la misma en todos los pueblos; pero los regocijos caseros y públicos con que se solemniza la fiesta religiosa, tienen carácter especial, tan marcado tinte de localidad, que diferencia notablemente á unos de otros, prestando á muchos de ellos no pocos encantos. Yo, al menos, recuerdo con placer las Noche-buenas de mi lugar. ¿Quereis saber vosotros lo que en tales noches hacía y presenciaba?

Trasladaos conmigo á Vallehermoso y advertid que el lugarejo humilde, sin hacer maldito caso de las veleidades humanas, permanece entre los mismos montes y sobre los mismos peñascos, con sus bellezas y fealdades sempiternas. Hoy está que dá gozo de Dios el verlo... blanco, blanco como la nieve. Digo mal, la blancura no pertenece á la aldea ni al valle, sino al manto purísimo que los cubre. Todo está cubierto y jamás, en la estación de los frios, habreis visto más bello paisaje. Los pinos ocultan la verdura de su hoja perenne bajo copos blanquísimos; en nada se diferencia el erial inculto de la fértil huerta; borradas las márgenes

nes, la nieve se anticipa al comunismo, haciendo de propiedades diversas un solo campo; y la aldea, escondiendo á las miradas del curioso los tejados rojizos y semejante á bandada de cándidas palomas, se agrupa en torno del campanario, dedo inmóvil y elocuente que nos invita á mirar al cielo.

Deslumbradora es la blancura del conjunto, y al contemplarla se recuerdan con envidia los anteojos verdes que usan los viajeros del Norte. La nevada no es, sin embargo, como las que treinta ó cuarenta años atrás sepultaban anualmente los lugarejos de la Sierra de Albarracín, dando origen al cuento del arriero que, perdido por aquellos andurriales, ató el ronzal de su recua á la veleta de una torre: refieren los viejos que no nieva ya de aquella manera. La delgada capa de nieve que nuestro valle cubre, es un motivo más de alborozo. Los chicos hacen Cristos, moldeando en ella su cuerpo con los brazos abiertos, y los mozalbetes pelean á pelotazo limpio con pellas de nieve endurecida. El día frío y el cielo nebuloso aumentan las delicias del hogar. Figuraos, leyentes míos, que conmigo y mi familia os calentais en torno de la lumbre, mientras sopla silbando el cierzo y rechina la veleta del campanario á impulsos

del aquilón. Reina en la cocina el regocijo más franco y bullicioso; troncos enteros de resinoso pino chisporrotean y arden en el hogar, bajo la inmensa campana que da paso al humo abundante y permite ver el plomizo cielo; todos hablan y nadie escucha; éste asa castañas; toca aquél la pandereta; canta el de más allá; rasga uno la guitarra; otro hace gemir la zambomba, y para que el desconcierto sea completo, suena también el almirez, dos coberteras de hierro hacen de platillos y de castañuelas dos cucharas de madera.

Tan alegre escena se repite en los hogares todos, y las calles de Valle-hermoso, ordinariamente desiertas y silenciosas, participan en Noche-buena de la general animación. Sin miedo al frío, ni temor á la nieve resbaladiza, recorrenlas los muchachos, mozalbetes y mozos, en especial los pastores, y rara vez algunas mujeres y muchachas golosas gritando y cantando de puerta en puerta, al són de ruidosos instrumentos, tales como zambombas, guitarras, pandere-tas y platillos. Aunque los lugarejos de estas montañas son muy pobres, no hay en ellos familia que gustosa no comparta su pobreza con los que en la puerta de la casa entonan las coplas del Nacimiento. Castañas, bellotas, higos, pasas,

nueces, remolachas, zanahorias... todo es bueno para aguinaldo.

Covarrubias deriva esta palabra de la voz arábica *guineldún*, que significa regalar, ó de la griega *gininaldo*, que equivale á regalar en dias de natalicio. Nosotros los serranos, prescindiendo de toda cuestión etimológica, griego y árabe verdaderos para nuestra ignorancia y dándonos un ardite de la corrección castellana, llamamos *aguilandos* á los regalos de Noche-buena, y por un higo ó una zanahoria recorreremos veinte veces el lugar, cantando por esas puertas y calles como locos.

¿Quereis formaros idea de nuestras coplas y cantares? Callad, pues, que ya los pasturales instrumentos alegran la puerta de mi choza. La música es monótona, pero dulce: de la letra juzgareis vosotros mismos.

—¿Cantamos? (pregunta el más osado).

Esta pregunta quiere decir: ¿nos dará usted algo? Yo, que entiendo perfectamente el dialecto del país, contesto:

—¡Pues no faltaba más! Sí, muchachos, sí, cantad hasta que os quedeis roncos.

Esta contestación significa: soy tan amante de las tradicionales costumbres de mi lugar y de tal manera quiero celebrar la noche única

que ha recibido el antonomástico nombre de *buena*, que estoy dispuesto á repartir *aguilandos* sin medida. Los postulantes me entienden en el acto; rompe el fuego la desconcertada música, y sin más circunloquios ni preámbulos cantan lo siguiente:

Cantor.

A esta puerta hemos llegado
Con deseos de cantar,
Las coplas del Nacimiento
Del Cordero celestial.

Coro.

Digan todos como yo,
Digan todos sin cesar:
¡Viva la Recienparida
Y el Cordero celestial!

Variante del coro.

Digan todos como yo,
Digan todos y diré:
¡Viva la Recienparida
Y el Patriarca San José.

Según le parece que *dice* mejor, el coro canta indistintamente la primera ó segunda quarteta,

al terminar cada copla. Éstas son muchas, debidas todas á la musa popular, por lo que, para no fatigar al lector, copio á continuación las mejores, sin alterarlas en lo más mínimo:

Caminito de Belén,
Va la estrella refulgente,
Llevando en su claustro hermoso
Al Señor omnipotente.

A caballo en un jumento
La Virgen á Belén marcha,
Y San José va delante
Pisando nieve y escarcha.

Esta noche es Nochebuena
Y mañana Navidad,
Que está la Virgen de parto
Y á las doce parirá.

En la cueva de Belén
Humilde nació un chiquito,
Cuya grandeza no cabe
De la tierra en el recinto.

Y á los pastores, al punto
Un Angel les avisó,
Que en Belén había nacido
Su Mesías y su Dios.

Dejan todos el ganado
Corriendo á cual más veloz;

Preséntanle mil ofrendas,
Y adoran al Redentor.

Uno le lleva un cabrito,
Otro le lleva un jamón,
Otro gallinas y tortas,
Otro le lleva un capón.

Antón dijo: «A este Chiquillo
En el zurrón me lo llevo,
Que no quiero que la mula
Le tire coces al cielo.»

Todos los años venimos
Á cantar por este tiempo,
En busca del *aguilando*,
Las coplas del Nacimiento.

Si nos habeis de dar algo
No nos lo hagais desear;
Que corre un viento muy frio
Y nos podemos helar.

Si nos habeis de dar higos
No les quiteis los pezones;
Que traigo yo aquí un amigo
Que se los come á serones.

Si nos habeis de dar pasas
No les quiteis los raspajos;
Que no falta entre nosotros
Quien se los come á capazos.

Alegraos, compañeros,
Que ya la veo venir,
En una mano *aguilandos*
Y en la otra mano el candil.

Alude la canción á la ama de casa que sale á repartir entre los cantores el solicitado aguinaldo. Recogidas las frutas ó zanahorias, cantan media docena de despedidas como la siguiente:

Echemos la despedida,
La que Cristo echó en Belén:
Quien nos ha juntado aquí
Nos junte en la gloria, amén.

Si alguna vieja mal humorada les hace cantar y los despide luego á gritos y sin darles ni siquiera un higo, ni una remolacha, los postulantes se vengan cantando despedidas picarescas y burlonas, y se marchan con la música á otra puerta. Por el camino entonan canciones como la siguiente:

La zambomba tiene un diente
Y la muerte tiene dos,
Y el pícaro que la toca
Tiene más de veintidos.

Poco á poco disminuye la algazara, y á lo lejos se oye el consabido coro:

Digan todos como yo,
Digan todos sin cesar:
¡Viva la Recienparida
Y el cordero celestial!

Las cuadrillas de postulantes menudean que es una bendición; por encanto desaparecen las frutas secas, convertidas en aguinaldo; se hace colación como Dios manda, permitiéndonos únicamente probar los turrónes que devorados serán al día siguiente; y cuando un vuelo general de campanas anuncia al valle y contorno que vá á empezar la Misa del gallo, embozados hasta los ojos y con un farolillo encendido en la mano, nos dirigimos á la parroquia. Mucho frio hace; pero ¿qué buen católico no conmemora en el templo la Natividad del Salvador?

Buenas noches, pues, lector pacientísimo, y mejores Pascuas.





EL DIOS DEL SIGLO.

PREFIRIENDO lo inmediatamente práctico á las nebulosidades y síntesis teóricas, me propongo sacar á la vergüenza pública uno de los más perniciosos vicios de la edad presente. Sabido es que para reconocer pronto y bien un terreno, lo mejor es colocarse, ante todo, en su cumbre más alta. Subamos, pues.

El siglo XIX, ejecutor testamentario del XVIII, trabaja furiosamente por destronar al verdadero Dios. Aquél se dedicó á la *idea*; éste se proclama partidario del *hecho*. Sentó el primero las premisas, y saca el segundo las con-

secuencias. Sembraron los sofistas del pasado siglo, y recojemos nosotros la cosecha. ¡Semilla venenosa! ¡Cosecha envenenada! El siglo XIX, poseído de orgullo satánico, no se contenta con el pedestre encargo de albacea, y, al creer vacante el trono del universo, prepara un pretendiente, hechura de sus manos. ¡Abajo Dios! ¡Guerra al Infame! gritaba el padre ideólogo. ¡Arriba el hombre! contesta alborozado el hijo positivista.

La divinización del hombre puede revestir, sin embargo, formas diferentes, como distintas son las insignias de la soberanía que se usan en el mundo. Y, en efecto, no siéndole fácil al hombre el logro de su descabellado intento sublimando aquella excelente parte de su sér hecha á imagen y semejanza de la Divinidad, porque entonces la hubiese reconocido implícitamente, volvió los ojos al extremo opuesto, y materializándolo todo, sin excluir la centella divina llamada pensamiento, abrazó la parte sensible y se propuso hacer un Dios de un bruto. ¡Idolatría abominable!

Pero la aspiración constante y única de la parte orgánica del nuevo rey es el *goce*. Hé aquí cómo este pequeño Satán, rebelado contra su Criador y Señor, al destronarle, lo reemplaza

con el *placer*, uno de sus móviles más groseros é inmundos. El *placer* es, por lo tanto, el dios del siglo; su ministro universal y agente todopoderoso, el *dinero*; y la *inmoralidad*, el ambiente que respiran y la atmósfera en que se mueven soberano, ministro y súbditos.

Al llegar aquí, clamoreo descomunal nos aturde y acomete gritando: «¡Neos, oscurantistas, retrógrados, enemigos declarados del progreso moderno!» etc. Poco á poco, señores alborotadores: no somos nuevos, ni viejos, sino católicos, y el Catolicismo no es de ayer, ni de hoy, ni de mañana, sino de *siempre*; tampoco somos oscurantistas, pues preferimos la luz de gas á la de aceite; con respecto á retrocesos, admitimos sólo el que puede tornarnos al buen camino; á lo mucho malo que indudablemente ha existido en otras edades, no quisiéramos que volviese nadie ni siquiera los ojos: lo que sí nos place es lo de enemigos declarados del progreso moderno, porque el Papa, la Iglesia y todos los publicistas católicos tienen á grande honra esta enemistad; pero advertid que se trata del por vosotros *llamado* progreso y no del progreso verdadero. Quedamos, pues, en que ni hay para qué alborotar, ni por qué bautizarnos con tantos motes. En cambio de vuestras vacías

palabrotas, os prometemos demostrar nuestra tesis.

En las sociedades modernas, todos, cada cual dentro de su esfera y por los medios que tiene á su alcance, corren desalados tras el placer: la excepción, por honrosa que sea, confirma la regla. Gobernantes y gobernados, ricos y pobres, sabios é ignorantes, desde el príncipe hasta el pordiosero, todos, en una palabra, depositan su ofrenda y sacrifican gustosos en aras del dios del siglo. Profundizad un poco los acontecimientos que en conmoción ponen tanto á las sociedades políticas como á las familias é individuos, y dareis pronto con la clave única que puede descifrar tanto enigma. La hidropesía del goce, ó del oro que es lo mismo, es la epidemia reinante.

Contra esta afirmación general y rotunda, no citeis hechos aislados, que tienen su natural asiento en los dominios del Catolicismo. Esa corriente verdaderamente cristiana, que abriéndose paso vá por entre las ruinas amontonadas por el racionalismo, es indudablemente una hermosa esperanza para el porvenir, pero de ninguna manera realidad consoladora y general. No somos pesimistas; creemos que la misericordia divina prepara dias felices á su Iglesia

santa, y nos fundamos para pensar así, en que el Catolicismo florece en ciertos pueblos privilegiados como si fuese una joven planta en vías de desarrollo, no como árbol vetusto y carcomido que se conserva á fuerza de cuidados. Díganlo los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia. Continúa desempeñando esta última su triste cometido de envenenadora de la humanidad, y sin embargo, abriga en su seno instituciones benéficas innumerables, monumentos religiosos sin cuento, obras de caridad asombrosas, peregrinaciones que recuerdan los siglos de más fé, órdenes monásticas, universidades católicas, etc., etc. «Hace cincuenta años, la obra de la Propaganda producía apenas cien mil francos; hoy día distribuye más de seis millones en ambos mundos. Ocho miembros contaba en 1833 la Conferencia de San Vicente de Paul; hoy tiene treinta mil, que socorren de casa en casa más de cien mil familias. Los Hermanos de las Escuelas cristianas, las Hermanas de la Caridad, las Congregaciones y las Órdenes religiosas de todo género se extienden y prosperan; las Hermanitas de los pobres, nacidas ayer, alimentan en sus asilos veinte mil ancianos. Cinco Universidades católicas se reparten el suelo francés, don-

de hace cinco años no existía ninguna. Por otra parte, jamás el Papado ha ejercido sobre el mundo atracción tan poderosa, y esto por el solo ascendiente de su fuerza moral. Existe, pues, realmente un conjunto de cosas que indica retorno á la verdadera fé, y como una resurrección del espíritu cristiano¹.» Esto es tan consolador como verdadero, y no hemos tenido el menor escrúpulo en hacer completamente nuestras las palabras citadas del sabio Cura párroco de Santa Isabel, en Versalles.

¿Queremos decir con esto que el Catolicismo impera en las almas de la mayoría de los franceses? De ninguna manera. En Francia, como en la mayor parte de las naciones, por desgracia, no Jesucristo sino el demonio de la sensualidad, es el verdadero rey de las gentes. El dios del siglo es el placer, y no es Francia la que menos incienso quema en los altares de la moderna divinidad. Deslumbradora y hasta cierto punto admirable es la cultura material de la nación vecina. No busqueis, sin embargo, bajo este ropaje brillante la menor cultura moral, porque no existe. Francia, como Europa, y

¹ Deserges; *Les erreurs modernes*. Paris, 1878, páginas 1 y 7.

aun nos atrevemos á decir el mundo todo, es un inmenso sepulcro blanqueado, dentro del cual moran la degradación y la podredumbre.

Ese movimiento febril, esa agitación pasmosa, esa actividad incesante, distintivo peculiar de la vida moderna, es producto evidente de la sed de goces que abrasa á las gentes. El mundo entero se mueve tras el negocio, cuyo representante genuino es el dinero, omnipotente señor que se busca para proporcionarse con él toda suerte de placeres. Con dinero, todo, hasta lo más ridículo y vergonzoso, todo es hoy posible en el mundo: verdad desconsoladora que está en todas las conciencias, incluso la de los mismos entusiastas partidarios de ese conjunto absurdo de principios y de hechos que ha dado en llamarse civilización moderna.

«Hoy, dice el gran novelista Navarro Villoslada, el arte es oro, la literatura es oro, oro la política, la revolución y hasta la misma persecución religiosa que tiene por objeto destronar al Soberano Autor de todo lo criado. Desde que se ha caído en la cuenta de que para hacer negocios inmorales estorba la ley basada en el amor de Dios sobre todas las cosas y en el amor del prójimo como á nosotros mismos, la primera necesidad ha sido declarar

abolida la moral cristiana, sustituyéndola con la llamada moral universal, cuyo dios es Pluto, el dinero.»

«Este dios tiene una religión que se llama hacer negocios, templos denominados Bolsas y Bancos, fieles de cuyo nombre no quiero acordarme, y hasta herejes que rompen la unidad de la ortodoxia con las sectas socialistas y comunistas.»

Elocuentemente dicho. Debajo, sin embargo, de ese manto brillante, tejido con negocios de todo género, papeles más ó menos mojados, simios de la moneda, usurarias acciones de Banco, empresas ingeniosas que enriquecen á los listos y dejan en cueros á los tontos, inventos portentosos, aplicaciones delicadas, etc., se oculta el resorte único de agitación tanta, el macilento soberano del mundo de la materia: el *placer*, en una palabra.

¿Comparte acaso su soberanía con el placer intelectual y moral? De ninguna manera. El placer *sensual* es el único á que nos referimos. Verdad es que progresan las ciencias, las artes y las industrias; pero no las que dicen relación directa al perfeccionamiento del espíritu. La teología, la moral y la filosofía, si no han retrocedido, permanecen estacionarias; el mundo

moderno las desprecia y hasta les disputa la denominación de *ciencias*. Por antonomasia se da este nombre á las ciencias físicas, naturales y de aplicación que á la materia se refieren. Éstas son las únicas que se cultivan por la generalidad, y las únicas que adelantan, no porque sus adeptos, enamorados de la verdad, la busquen en la naturaleza y con descubrimientos continuos y aplicaciones sorprendentes quieran perfeccionar su inteligencia, satisfaciendo su curiosidad ó deseo nobilísimo de saber, sino porque las ciencias dichas son las únicas que, aplicadas á la vida, aumentan nuestras comodidades y refinan los placeres de los sentidos. ¡Con qué despreciativa ligereza suelen hablar sus sacerdotes de las ciencias morales! ¡Qué importancia conceden, en cambio, á la molécula, á la burbuja, á las pintas de un insecto, á los pelos de una mosca! ¡Desventurada humanidad que en tales naderías se ocupa y á tan grande refinamiento sensual se entrega!

Épocas ha habido, nos dirán tal vez, en que la sensualidad era más desenfrenada y el placer señor más absoluto del mundo. No lo ponemos en duda, sobre todo remontándonos á las sociedades paganas. Pero ésta es precisamente nuestra tesis: las sociedades modernas, en vez

de conservar incólume, y cada día más brioso y potente, aquel cristiano y vivificador espíritu á que deben su regeneración, vuelven los ojos al paganismo y se exponen á desandar en pocos años el camino tan trabajosamente recorrido durante diez y nueve siglos.

La *sensualidad* impera en el hogar doméstico. Ya no son en él suficientes el orden, el aseo, las condiciones higiénicas, el buen gusto, y hasta si se quiere las comodidades que la flaqueza humana pide. Llenas están las casas más modestas de alfombras, sillones, tapices, caloríferos, grandes espejos, bronces, porcelanas y pinturas libres, y hasta obscenas muchas veces.

Si desenfrenado es el lujo de las habitaciones particulares, no lo es menos el que ostentan los edificios públicos. ¿Para qué hablar de los teatros, casinos, cafés, círculos, academias y ateneos? Todos sabemos que, mientras desaparecen y se derrumban las iglesias del verdadero Dios, se multiplican los templos suntuosos del placer, para cuya construcción y sostenimiento no faltan nunca capitales ni fieles innúmeros. Hasta los mismos santuarios de la ciencia se rodean de tan lujosas y refinadas comodidades, que no es maravilla se dilucide

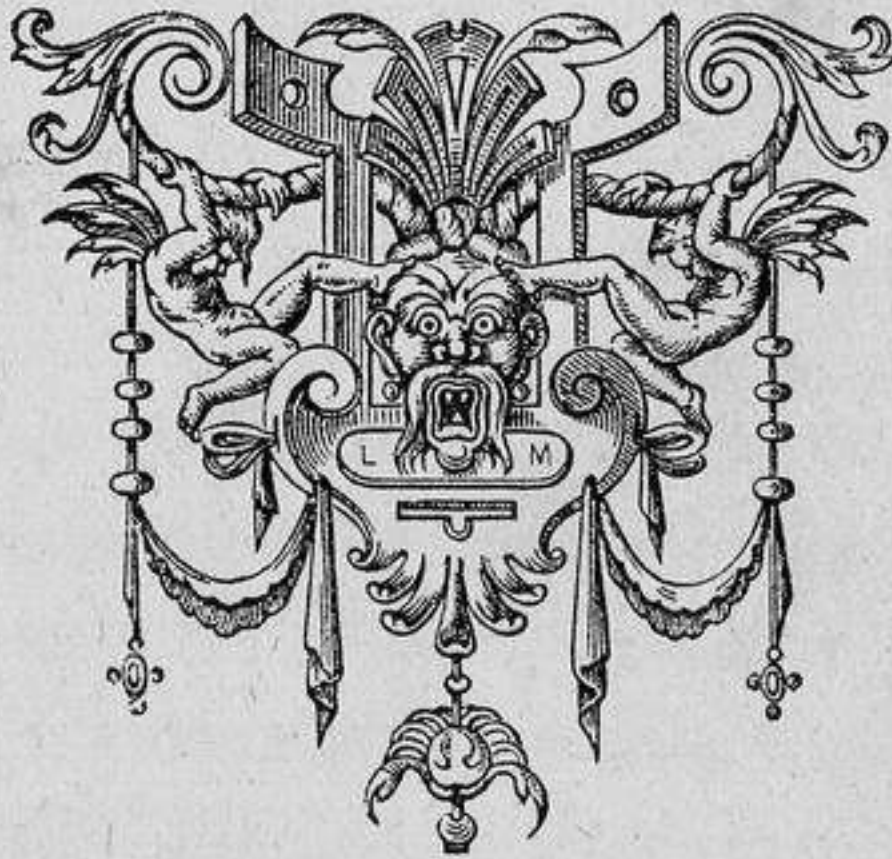
en ellos tan prolijamente la cuestión social. Permítasele al socialista que viva en tales salones, y el pavoroso problema quedará satisfactoria y prácticamente resuelto.

Esos palacios suntuosísimos, llamados *oficinas* por la á veces irónica castellana lengua, ¿pertenecen acaso á una nación rica y venturosa que puede permitirse tales despilfarros? Nada de eso: la inmensa mayoría de los españoles somos pobres; no pocos agricultores y braceros son miserables, que no pueden con la carga. Esas oficinas significan que España, aunque empeñe para ello la hacienda de nuestros nietos, quiere vivir á la moderna, dobla también la rodilla ante el dios del siglo, é instala á sus funcionarios como príncipes.

Pero... ¿para qué seguir? La sensualidad lo vá invadiendo todo. Impera en los trajes, en las costumbres, en los espectáculos públicos, en la industria, en las bellas artes, y hasta en la ciencia misma. El *placer* es el motor universal, y esto es un manifiesto retorno al paganismo.

¿Qué hacer para contener y rechazar la invasión? *Instaurare omnia in Christo*; destronar al dios del siglo; imitar la vida y costumbres de los primeros cristianos, y empezar la restau-

ración por reformarse cada cual á sí mismo,
para que haya un pagano práctico menos y un
verdadero cristiano más.





LA QUIETUD DEL ESPÍRITU.

MINUTOS hace nada más, alzábanse los manteles en la casa contigua á la parroquial iglesia de Vallehermoso. Con ellos dejé la mesa, tomé la capa y dos libros y sin haber perdido al pueblo de vista, me encuentro en el monte. La tarde es magnífica; el sol, sin quemar, calienta; cuatro ó cinco nubecillas, blancas como vellones finísimos, se presentan en el claro azul del firmamento. Mi butaca es una montañuela, desde la que diviso el valle todo, el plateado rio que lo fertiliza, los oscuros pinares de enfrente, la humareda y negros montones de la forja, el molino y, á lo

lejos, en su occidental extremo, la aldea vecina. Descansan mis espaldas en el tronco de un pino, cuya armoniosa copa no deja pasar otros rayos de sol que los necesarios para conservar cálido el ambiente que me rodea. Dos amigos me acompañan: *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha* y el *Genio del Cristianismo*. Gracias á sus primores literarios, no decaerá la conversación, que hijos son aquél del ingenio español más grande, y del mejor prosista francés éste. Abro la inmortal concepción de Cervantes y en su primera página encuentro lo que sigue: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, *la quietud del espíritu*, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y contento.»

Verdad será, dije suspendiendo la lectura y cerrando el libro para dar tiempo á la reflexión. Musa más estéril que la mía, añadí, no es dable; sosiego mayor que el que en este monte se disfruta, lugar más apacible, valle más ameno, cielo más hermoso y fuentes que mejor murmuren, es difícil encontrarlos. ¿Qué me falta, pues? ¿Acaso la quietud del espíritu? ¡Ah! lec-

tor amigo, sábeta que mi ignorada existencia se desliza sin grandes pasiones ni deseos ambiciosos que la inquieten; y nadie pudo apropiarse mejor aquellos hermosos versos de Fr. Luís de León:

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño,
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

¿No ves en ellos retratada la paz, la tranquilidad absoluta del alma que los compuso? Leyendo versos tan delicados, imagínome al poeta su autor semejante á lago de pintorescas riberas, cuyas tranquilas ondas no embravece ja-

más tempestad alguna. Cierto que tampoco le supongo inmóvil, como sólida superficie de congelado estanque; el céfiro riza frecuentemente sus aguas y el lago se sonríe sin agitarse, que si es señal el movimiento de felicidad y vida, también lo es el desorden de dolor y muerte. Y hé aquí cómo, sin quererlo, acabo de apuntar la causa de la quietud del espíritu.

Á veces, cuando tengo la dicha de sorprenderme en tal estado, me pregunto: ¿de dónde proviene este bienestar general que experimento? ¿de dónde esta paz inalterable, este contento y satisfacción que el alma goza? Y si para contestar con acierto, me recojo por breves instantes dentro de mi conciencia, advierto que se deriva siempre de un bien realizado, de un deber cumplido, de la ausencia, en suma, del remordimiento. Ríanse enhorabuena los hombres sin fé: sus carcajadas no han de impedir que la inteligencia conozca y proclame uno de los hechos más claros del mundo moral. *Conduce la ciencia sólida á la religión; y la religión y la ciencia son condiciones necesarias de toda dicha.*

Sí, no se concibe la quietud del espíritu cuando el entendimiento, la más noble de sus facultades, no está sobre inamovibles bases asentado. Anhela la posesión de la verdad,

como el ojo la de la luz y en tanto su anhelo satisface, se agita sin descanso, ahogándose á la vez en el piélago insondable de la duda. Por el contrario, para el hombre de fé todo es fijo y grato. Conoce su origen, su fin y la senda que á este conduce. Elevado sobre las terrestres miserias, contempla impasible el curso de su vida, enderezándola por el camino del bien. Hierve la humanidad que le rodea, se agita sordamente, estalla al fin y el estampido del cañón no le conmueve, ni la desaforada gritería le amedrenta, ni el derramamiento de sangre le aterra, ni el reparto del botín le excita. Para quien la mirada tiene fija en esa Providencia adorable que sobre los mundos vela, todo es baladí é inane. Y no es esto fatalismo, no; es, por el contrario, sumisión respetuosa á las leyes morales, que el universo rigen. La *fé religiosa*, ó sea la creencia fija, es pues circunstancia necesaria para la tranquilidad del espíritu.

Pero no basta, preciso es además, que el bien concebido por la inteligencia lo realice la voluntad. Fuente la más abundante de inquietud y desasosiego es el remordimiento, hijo á su vez del bien omitido, ó del mal realizado. Nunca olvidaré las enérgicas frases de cierto ilustre publicista católico: «Alrededor del mal-

vado, dice, me parece que veo sin cesar todo el infierno de los poetas, *terribiles visu formæ*, las zozobras devorantes, las pálidas enfermedades, la innoble y precoz vejez, el miedo, la indigencia (triste consejera), la falsa alegría del espíritu, la guerra intestina, las furias vengadoras, la negra melancolía, el ensueño de la conciencia y de la muerte. Los más grandes escritores se han dedicado á escribir el inevitable suplicio de los remordimientos; pero Perseo me ha sorprendido sobre todo cuando su pluma mágica nos hace oír, durante el horror de una oscura noche, la voz de un culpable atormentado por ensueños espantosos, arrastrado por su conciencia á la orilla movediza de un precipicio sin fondo, exclamando consigo mismo: *¡Estoy perdido! ¡estoy perdido!* mientras para concluir el cuadro, nos enseña el poeta á la inocencia durmiendo en paz al lado del perverso atormentado.» ¡Qué escena, lector amigo, y á qué de reflexiones se presta! Mas no quiero abusar de tu bondad y me limito á señalarte otra de las condiciones necesarias á la quietud del espíritu y es el *cumplimiento del deber*.

Sacrificios impone esta condición que á la carnal naturaleza humana cuestan heróicos esfuerzos. Descomunal es la batalla que en la

arena de la moral libran frecuentemente el corazón y la cabeza; pero no todo afecto le ha sido vedado al hombre. Pasiones hay santas, hijas unas veces de la satisfacción de las necesidades y completamente facticias y de mayor mérito otras. Con todo, la palabra pasión es por lo común, sinónima de padecimiento ó perturbación moral y cuando el desorden invade las regiones del sentimiento, desaparece la quietud en la del espíritu. Dulce es la vida del corazón y sublimes los amorosos transportes cuando digno de ellos es el objeto amado; mas sé cauto, amigo mío, y no des entrada en tu pecho al precursor de la borrasca, que el naufragio es fácil en los bajíos del corazón. Devore enhorabuena la ambición, el odio, la sensualidad, la venganza y esas mil y mil furias de entrañas insaciables al mundano, sumergido en el revuelto mar de las *pasiones*, que el hombre sensato prefiere á todo goce de relumbrón la calma de su conciencia.

Sueñen otros á su vez en fantásticas quimeras, bienes imaginarios y combinaciones cabalísticas, que el espíritu modesto y práctico, en paz con Dios y consigo mismo, gozar quiere del bien que debe al cielo, pues nada hay semejante á *una fé ciega, al cumplimiento del deber y á*

la carencia de destructoras pasiones y deseos irrealizables.

Bramen alrededor de quien tales joyas posee las furias todas, derrúmbense con estrépito las sociedades, niegue la evidencia misma el escepticismo, conculque el orden moral el satánico espíritu de rebeldía, suicídense en aras de su egoismo las pasiones y trastorne, por último, el mundo físico, intelectual y moral el deseo más quimérico y ambicioso, siempre, por encima de confusión tanta, vivirá feliz é inalterable el espíritu que sabe conservar su *quietud* y calma en medio de caos tan espantoso.

Según, pues, el Manco de Lepanto, ninguna gran parte le falta á mi estéril musa para ser fecunda, y aunque yo imagino que mi parto no puede causar á nadie ni maravilla, ni contento sin el *mens diviniior*, que requiere Horacio, puesto que en mi bolsillo había papel y lápiz, preparé aquél, agucé éste y por hacer la prueba, puse inteligencia y manos á la obra. Si tu aprobación lograre, dará por bien perdido el paseo y lectura sabrosa el autor de estas líneas, tu amigo devotísimo.



EL TÍO MARISANTA.



NIGNORO si siempre ha sucedido lo mismo y no me atrevo á preguntárselo á la Historia, conspiración permanente contra la verdad en opinión de personas graves y fidedignas. No obstante, parece averiguado (pues lo pregona á voz en grito el mundo todo) que la humanidad continúa siendo doliente; en otros términos, que la felicidad no es patrimonio del hombre. Y sin embargo, aunque rara vez y donde menos se piensa, el curioso observador tropieza con personas verdaderamente felices, felices, se entiende, en cuanto lo permite este mundo sublunar nuestra

morada. Prueba lo anteriormente dicho el tío Marisanta, vecino honrado de cierto lugar y temeroso de Dios, que, con su permiso y el de mis leyentes benévolos, por primera vez sale hoy á la escena pública.

Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrosada, piel curtida y de pocas arrugas, encías no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se prolonga hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla y calzones, chaqueta y capote con mangas y capucha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral. Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni le aguijonean deseos irrealizables, ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterra la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho y éste es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano. Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—Pitico, D. Manuel, pitico; aun estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene usted?

—No me acuerdo; pero usted sacará la cuenta. Cuando la guerra del francés ya era yo mozo... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía usted al casarse?

—Me paice que veintidos ó veintitres.

—Entonces está usted cerca de los noventa¹.

—¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer, cuando vinieron aquellos renegaos!

—¿Hizo usted la guerra?

—Sí señor, y á mucha honra. Aun me bailan los pies y me retoza la sangre en el cuerpo pensando en la corrida en pelo que les dimos á los franchutes.

—¿Y quién le puso á usted el mote de Marisanta?

—¡Palleta! don Manuel, eso es muy largo de contar y de seguro le hará dormir mi charla.

—Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

¹ Este artículo se escribió en Octubre de 1877.

—Pero, ¿de veras quiere usted que le cuente mi historia?

—De veras.

—Atención, pues, y mano al botón. ¿Se acuerda usted de mi padre?

—No señor.

—Pues era el más pobre del lugar, y entre chicos y chicas tuvo nueve hijos. Yo nací el tercero y mientras mamá no tuvo hambre; pero apenas me destetaron empecé á no comer siempre que tenía ganas. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que por caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algún rosigón de pan blanco, me sabía á gloria. Así que me fuí solo, me enviaron á la escuela y á la doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. Descalzo de pié y pierna y sin más ropa que la camisa en verano y unos calzones con mil remiendos en invierno, ¡con qué gusto corríamos por el lugar, hacíamos molinos en los regajos y nos peleábamos en las eras á pedrada seca! A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cèsta y una escoba y me dedicaron á recojer estiércol por calles y caminos. ¿Pues querrá usted creer que

aun me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—Malo era usted por lo visto.

—Malo no señor, travieso, pues aunque me vé usted tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y buen humor.

—Vamos, que algo queda.

—Pues sí señor, que el que tuvo retuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia vá... ¡quién me ha visto y quién me vé!... Luego, de mozalbete, me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana, y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al rey y se cambió la tortilla.

—¿Mejóro usted de fortuna en el servicio?

—¿Quién habla de mejorar, santo varón? Nunca he llevado vida más aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin... usted, que es muy leido, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—¿Tendría usted algún ahorriillo?

—Sí señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer y la Providencia Divina, que es

un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre y este fué el pan nuestro de cada día, durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—¿Y los hijos?

—Tuvimos seis y por lo visto cada uno traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión y cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca: los cinco cabían bajo un panderero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luego me fuí acostumbrando á todo y robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacía su difunta madre. Los domingos barría la casa y, cuando no tenía otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo y me marchaba muy serio al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usted, aun me quedaba tiempo para ir todos los días á misa de alba y al rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veían hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote... que usted sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida; pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan que llevarse á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios y ahí los tiene usted hoy día, colocados y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive usted con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero, mientras me pueda ganar la vida, no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijos.

—Pues qué, ¿trabaja usted aún?

—Sí, señor; paso el día derecho, apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede usted resistir?

—Perfectamente, y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aun puedo tirar algunos años. Mire usted, yo cómo de todo, nada, nada me hace daño, duermo como un bendito y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo mi jergoncico para dormir; otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algún cigarrillo

me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma, que ayuno de tabaco; pero el día que menos, ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone usted tantas privaciones?

—Por un por si acaso, D. Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para sacarle del ahogo.

—Por lo visto, no reniega usted de su suerte.

—¿Quién piensa en semejante cosa, D. Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—Pocos imitan la conducta de usted: la mayor parte de los braceros del lugar maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—¿Y sabe usted por qué? Yo se les digo cantao y rezao y á todas horas en la fábrica. Porque no tienen honra ni temor de Dios, y donde no hay religión no busque usted resignación para conformarse con los trabajos, ni privaciones para con el ahorro ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—Habla usted como un Santo Padre.

—Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasado tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero compadre mío: «Mira, chico, si Dios no lo remedia, el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,
alegre mi mocedad,
alegre mi casamiento
y alegre en la eternidad.»

—Muy bien (contesté riéndome): falta sólo que se sepa quién es el muerto.

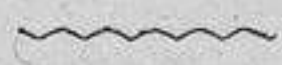
—Tiene usted razón; pero se remedia poniendo encima.

«Sepultura del tío Marisanta.»





EL VANIDOSO.



Vanitas vanitatum,
et omnia vanitas.

Ecclesiastes, c. I, v. 2.

I.



A vanidad vive muy cerca del orgullo
y no lejos de la soberbia.

El hombre vano está pues en peligro inminente de convertirse en orgulloso y soberbio.

Aunque diferentes en grado, los tres vicios dichos entrañan la misma esencia maliciosa, pues todos ellos proceden del amor propio exagerado y mal entendido.

No obstante, toleramos mejor al orgulloso y al soberbio que al vanidoso; porque el orgullo

y la soberbia se levantan generalmente sobre ciertas condiciones reales de superioridad, de las cuales se abusa, al paso que la vanidad, semejante á los globos, se apoya en el aire y contiene solo gases impalpables.

Las naderías, lo baladí, lo pequeño y despreciable, son los cimientos sobre los cuales construye el vano su castillo de finchazones insufribles. Al efecto, acopia cada uno materiales distintos y emplea estilos arquitectónicos diferentes; de aquí esa multitud variada de tipos, que componen el tipo del vanidoso y cuyas debilidades y miserias no es fácil clasificar, ni reducir á número. Todos ellos, como Narciso, se contemplan en el espejo de sus propias perfecciones, y se enamoran unos de su cuerpo, de su espíritu otros, y algunos de sus bienes.

Vanidad de la hermosura, vanidad del talento y vanidad de la riqueza: tres grandes vanidades á las cuales pueden reducirse todas las demás, y que conviene sacar á la vergüenza pública para honesto solaz de todos y fraterna corrección de algunos.

II.

EL VANIDOSO ELEGANTE.

El más tonto y ridículo de los vanidosos es el elegante, ó sea aquel que tiene puestos sus sentidos y potencias en el vestido, tocado y condimento de su almibarada y repulsiva persona.

La elegancia es debilidad característica de esa innumerable caterva de jóvenes, más ó menos verdes, y de niños más ó menos hombres, que se tienen á sí mismos por buenas figuras, reales mozos, simpáticos, agraciados y hasta hermosos y á quienes la gente del oficio (no el Diccionario de la Academia) llama *pollos*, *sietemesinos*, *pichones*, *lions*, *dandys*, *gomosos*, etc. y el pueblo lechuguinos ó pisaverdes.

Constantemente asomados á las ventanas de sus sentidos, ocupados y aun preocupados en la parte cortical del individuo, descuidan el meollo ó parte interna, que va poco á poco liquidándose, hasta que el seso se les vuelve agua. Lo serio, importante y digno es antipático á su naturaleza superficial y no es posible que arraigue en sus cabezas huera.

Su cuerpo es el dios que adoran y contemplan sin cesar, de frente ó de soslayo, en las lunas de los espejos; en los cristales de los escaparates; en las copas, botellas y platillos de los cafés; en los brillantes gemelos de sus blanquísimas y acartonadas camisas; en toda superficie pulimentada que divisan sus ojos y hasta en la sombra que proyectan.

Una arruga imprudente, una prenda *cursi* ó un color *fané* atacan sus nervios, los desvela y sume en desventura horrenda. Sus amigos íntimos son los sastres, camiseros, zapateros y peluqueros *comme il faut*. Verdad es que estos *artistas* (menestrales es su verdadero nombre) los explotan primero, y después se ríen de ellos en sus barbas; pero, en cambio, los adoban admirablemente y, como ellos dicen, los ponen *presentables*.

No hay vanidoso-elegante que no se tenga por Tenorio irresistible. Todas las mujeres se mueren por sus pedazos. Una mirada suya, como si sus ojos fuesen soles ardientes y de manteca el corazón de la mujer, basta para derretir los más empedernidos pechos. Verdad es que reservan tales miradas para casos extremos.

Ordinariamente se presentan en público perfumados, altivos y desdeñosos. Abusan al-

gunos de los quevedos, y poco á poco van afe-
minándose todos hasta lo inverosímil. Esto no
obstante, cautivan las miradas de los tontos y
no falta quien envidioso y extasiado los con-
templa.

Si fuese pintor y se me pidiese un retrato
de tipejo semejante, lo pintaría enamorado de
sí mismo, satisfecho, arrogante, vestido como
el último figurín y contemplándose en los cris-
tales de sus lentes, mientras aparenta mirar á
una dama.

III.

EL VANIDOSO POETA.

De más levantados, aunque no menos ridí-
culos pensamientos, otros vanidosos se enamo-
ran de su propio espíritu, y como no pueden
verle cara á cara, se extasían contemplando su
talento, inspiración y fantasía y, para martirio
de sus semejantes, dedícanse con entusiasmo al
cultivo de las letras y ciencias.

Entre estos tales figuran en primera línea los
malos poetas, que son los más vanos é insufri-
bles de los escritores todos, *la idiotex y la arro-
gancia del mundo*, como los llama Cervantes por

boca del *Licenciado Vidriera*. «Qué es ver á un poeta destos de la primera impresión (prosigue el Fénix de nuestros ingenios) cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvadas que les hace diciendo: vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasión hice, que á mi parecer aunque no vale nada tiene un nosequé de bonito? y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melífluo y alfeñicado? Si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no lo he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues qué es verlos censurar los unos á los otros? qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entrete-

nimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? y del que quiere que se sienta y tenga en precio la necesidad que se encierra debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales?¹» No puede decirse más en menos palabras.

Este tipejo, que ya Platón desterró de su república, viste entre nosotros trajes diversos, según su suerte, casi siempre negra, se lo pide. Los hay melífluos y jeremíacos, que pasan la vida escribiendo *fantasías é impresiones*, salpicadas de tales ayes y suspiros, que parten el corazón... de los que bostezan y se ríen en sus barbas. No están sordos; pero avezados á soñar despiertos, toman las risas por aplausos y los bostezos por signos inequívocos de la conmoción del auditorio. Gentes inofensivas, enamóranse de sus pecados literarios y no hay silba, por ruidosa que sea, que los apee de su asno.

Refúgianse otros en las redacciones de los periódicos, de esas modernas máquinas de co-

¹ *Novelas Exemplares* de Miguel de Cervantes Saavedra, t. I, p. 386; Madrid, 1783.

rrupción, azote de la literatura, remedo de la ciencia y polilla de la sociedad. Nuestro héroe empieza, por lo común, pegando y llenando fajas, y si sobra en sus dedos el engrudo, falta en cambio ortografía en sus escritos. Desde aquel día se hace llamar á boca llena *redactor* de tal revista ó de cual periódico; se dá lustre de escritor en las lunetas del teatro que de tarde en tarde le regala el director del periódico, y sumándose con éste, habla en plural, como aquel lego que, porque llevaba los hábitos de cierto famoso orador de su convento, decía: *Mañana predicamos* en la Catedral. Asciende luego á gacetillero, y si, merced á su nuevo encumbrado oficio, logra ver en letras de molde, interpolados con las gacetillas, los menos malos de sus versos pésimos, ya no hay cristiano que lo resista, ni que se vea libre de sus miradas olímpicas y protectoras. Imagínese lo que sucederá el día en que se le permita emborronar alguno que otro suelto de fondo y tome posesión de la sección bibliográfica, porque para esto de crítico todos los gacetilleros valen y no se necesitan más estudios que los que se cursan pegando fajas. ¡San Antonio bendito! ¿Quién será osado á hombrearse entonces con el famoso escritor, muy conocido en su casa,

pero que desde los zancos de sus bibliografías reparte reputaciones á manos llenas, y en menos que canta un gallo convierte á sus compañeros de engrudo y gacetillas en poetas inspiradísimos, literatos eminentísimos, teólogos profundísimos, filósofos sapientísimos, hablistas elegantísimos, escritores distinguidísimos, y tiene siempre en el bolsillo un almacén de soberbios superlativos con que alimentar la soberbia de sus cofrades? Pero ¡guárdeos el cielo de caer en sus manos no perteneciendo á la cofradía! Nada ha escrito, ni escribirá el ilustre Zoilo que valga un comino (si se exceptúan sus artículos y alguna que otra abigarrada traducción); y, sin embargo, desde la trípode de su vanidad calificará vuestro libro de *esperpento* y lanzará miradas desdeñosas y olímpicas sobre las academias, que nunca le han de abrir sus puertas. ¿Cometeis la torpeza de ir á verle? Os recibirá desdeñosamente en el *sancta sanctorum* de la redacción, sin interrumpir sus gacetillas, ni siquiera levantar la cabeza, y no os devolverá la visita. ¿Teneis el atrevimiento de apartaros de sus opiniones, aunque sea en aquellas cosas que Dios entregó á las disputas de los hombres? ¡Infelices! ¿Se publican vuestros escritos con aprobación y licencia del Ordinario? No importa. El

crítico-periodista, que quizás fué guardia civil ó teólogo en sus mocedades y colgó el fusil ó el manteo por puro amor, no á la mujer (¡Dios me libre de pensarlo!) sino al apostolado se-
glar, descolgará el colgado hábito, evocará recuerdos canónicos, y si no se atreve á pronunciar contra vosotros anathema solemne, cuando menos dirá lleno de ardiente caridad y de unción santa, por supuesto, en letras de molde para que nadie lo lea, que sabeis á..... hereje.

IV.

EL VANIDOSO SABIO.

Tipejo semejante se disfraza otras veces de hombre de ciencia, de profesor eminente, y si por chiripa logra cátedra donde lucir sus habilidades sabias, tened por seguro que hará las delicias de sus colegas y discípulos. Se le conoce á la legua: vedle. Marcha erguido como si llevase espaldas, cuello y cabeza ensartados en un asador; por no doblar la cerviz, para mirar detrás ó á los lados, gira todo su cuerpo sobre los talones como un recluta; pisa firme y estrepitosamente; taconeá para anunciarse; estornuda

recio y sin necesidad; abre y cierra las puertas desdeñosamente y pegando porrazos sin tiento; los puros que en la calle gasta no son habanos, ni filipinos, sino del estanco, pero nadie los fuma como él; las boquillas que usa proceden de las últimas exposiciones de Viena, Filadelfia y París, son de ámbar y su valor incalculable; escupe por el colmillo; habla sibilíticamente, interrumpiendo siempre con su voz de sochantre á los que hacen uso de la palabra; no atiende nunca á los demás y se permite mirar á todo el mundo por debajo del hombro y al través de las indispensables gafas de oro. Señas particulares: se dedica á los estudios filológicos, prehistóricos ó cráneos-cópicos (lo mismo da), materias acerca de las cuales ha publicado libros famosos; pero, en cambio, escribe de su puño y letra y en documentos oficiales *advervio, llebar, genitibo* y otros excesos.

V.

EL VANIDOSO RICO.

Por último, los que fundan la vanidad en sus bienes son de dos clases, pues enamorados

están unos de sus talegos y otros de sus pergaminos. Éstos son los menos, y su tiempo pasó á impulsos de las modernas democracias niveladoras y de la general convicción, que opina que la única verdadera nobleza es la del alma. Aquéllos, en cambio, nacidos muchas veces del seno mismo de la hez social, improvisando fortunas colosales, cuyo origen y crecimiento nadie conoce, hacen tan continúa como ridícula ostentación de sus riquezas, ante las cuales pretenden sin duda que todo el mundo se prosterne. Gruesas cadenas de oro, mejores para amarrar mastines que para sostener el reloj; brillantes como garbanzos en la pechera y puños de la camisa; tantos ricos anillos como dedos; bastones de valor, que nadie lleva; trajes de tanto coste como gusto pésimo; enormes sombreros de jipi-japa; trenes deslumbradores; fiestas intempestivas; convites que no agradece nadie y todos aceptan; palacios, cargos de relumbrón, cruces y hasta títulos comprados á peso de oro, son las notas características de estos Cresos de la vanidad. Por lo común no han tenido nunca otra ciencia que la de saber hacer dinero, Dios sabe cómo; pero, aunque degüellan el castellano, acerca de todo disputan, alegando como razón suprema de su sinra-

zón habitual la pregunta siguiente: ¿Cuántas onzas apuesta usted?

VI.

Para concluir: ¿cuál es el más ridículo, el vanidoso enamorado de su cuerpo, el vanidoso enamorado de su espíritu, ó el vanidoso enamorado de sus bienes? Aunque hacen á veces las delicias de las personas sensatas, todos ellos son igualmente necios y despreciables. Es, sin embargo, la vanidad, cosa tan ingeniosa y sutil, que con el más frívolo pretexto penetra en el humano corazón y se oculta en sus entretelas. ¿Quién sabe si esta sátira, con la que me he propuesto fustigar al vanidoso, no será también hija de alguna recóndita vanidad? Al que tal crea le diré lo de Temístocles: *pega, pero escucha.*





SANTA MARIA DE LA PLANTA.



ocuparme voy en cosas de Roma, capital de la cristiandad, antesala del cielo; y no quiero hablaros de las basílicas grandiosas, ni de las soberbias ruinas de la antigüedad, ni del Coliseo asombroso, ni de los museos deslumbradores, ni de las reliquias venerandas. No: sin remontar tanto el vuelo, quisiera impresionaros santamente con el solo recuerdo de una pobre ermita. No os extrañe que os hable de una ermita en la ciudad de los cuatrocientos suntuosos templos; el caso más grande de los siglos acaeció en un pesebre.

Si vais á Roma, y, como es consiguiente, hacéis alguna excursión hacia las antiguas *tumbas* ó

sepulturas, esto es, visitais las catacumbas de San Calixto y San Sebastián, saldreis por la antigua puerta Capena ó Appia, que hoy lleva el nombre del mártir de las saetas, y os encontrareis en un mal camino carretero, tan lleno de baches como de polvo, por donde antiguamente corría la celebérrima vía Appia. Sin dejar este camino, á un kilómetro poco más ó menos de la puerta dicha y á la izquierda yendo, encontrareis una pequeña y pobre iglesia dedicada á Santa María de la *Planta*, y llamada vulgarmente: *Domine, ¿quo vadis?* No paseis de largo; entrad en la ermita, y medita un poco.

Ocupaba Nerón el trono imperial. Rugía feroz en torno de la naciente Iglesia la primera persecución. La casa del senador Pudens no era ya asilo seguro para el primer Papa. Ponían en práctica los fieles aquel consejo del divino Maestro: *Si persequuntur vos in civitate una, fugite in alia*; y con el santo fin de que se salvase su preciosa vida, aconsejaron al Príncipe de los Apóstoles que hiciese lo mismo. Se decidió San Pedro á complacerles; pero al huir por la vía Appia, en el mismo lugar que hoy ocupa la modesta ermita, se le apareció Jesús con la cruz á cuestas y caminando hacia Roma. Reconocióle San Pedro, y le preguntó asombrado:

—*Domine, ¿quo vadis?* ¿A dónde vais, Señor?

—A Roma, á ser crucificado de nuevo (contestó el Redentor del mundo).

Desapareció Jesús, dejando grabadas sus plantas sacratísimas en la piedra sobre la cual se apareció. Comprendió la lección San Pedro y tornó á Roma, en donde, poco después, aunque cabeza abajo, tuvo la dicha de ser crucificado como su divino Maestro.

La piedra de las sacrosantas huellas la podreis ver entre las reliquias que se veneran en la basílica de San Sebastián. La que hay en Santa María de la *Planta* es un fac-símile.

Fué San Pedro el Apóstol de los grandes arrepentimientos. La noche de la Pasión negó tres veces á Jesús, pero lloró con amargura (*flevit amare*) su pecado: huyó de la persecución neroniana; pero murió en una cruz. ¡Desdichados nosotros que negamos continuamente, con nuestras malas obras, á Jesucristo y abandonamos nuestro puesto al pié de la cruz, sin que lágrimas de arrepentimiento, ni la más pequeña mortificación borren después nuestros pecados!

Jesucristo, nuestro Dios y Señor, nos sale frecuentemente al encuentro como á San Pedro, y mostrándonos la pesada cruz, nos dice que que vá á ser de nuevo, en tal ó cual punto,

crucificado. Y nosotros, desagradecidos é insensibles, le dejamos marchar en busca del moderno Gólgota, é impávidos, seguimos huyendo, huyendo, para no presenciar ni oír siquiera el ruido de la persecución. No: esta conducta ni es caballerosa ni cristiana. Si la tempestad arrecia, debemos armarnos del valor necesario y de la serenidad indispensable para hacerla frente. En esos supremos momentos de peligro es precisamente cuando se conoce al buen soldado y al hombre de fé: todo, hasta la vida, lo pospone al cumplimiento de su deber, á la defensa de su santa causa. Abroquelémonos, pues, con la oración y la penitencia contra las modernas persecuciones fieras ó mansas que la Iglesia, nuestra común madre, sufra; imitemos la conducta del primer Papa, que si tuvo la debilidad de retirarse por la vía Appia hasta la ermita *Domine*, ¿*quo vadis?* corrió, en cambio, valeroso, al lugar donde hoy se levanta San Pedro *in Montorio* y supo morir en una cruz; y por último, tomemos por modelo al Papa actual, que desde la soledad en que hace morada, desde esa moderna cárcel Mamertina llamada Vaticano, está dando al mundo ejemplo insigne de paciencia y valor.



EL ZAPATERO REMENDÓN.

No vayas á pensar, lector amigo, que intento endosarte un artículo de costumbres, cuyo protagonista sea el zapatero de viejo ó remendón, nada de eso. Mal pudiera, por otra parte, llevar á cabo aquel propósito quien nada entiende de remontas, tacones y medias suelas. Mero narrador, me limito á referirte una historieta.

No siempre los proverbios son verdades inconcusas y á veces la excepción confirma la regla. *Nadie está contento con su suerte*, dijo el Sabio, y repetimos cuando se nos antoja los ignorantes, y lo repetimos en latín para que mejor nos en-

tiendan. Pues bien, un zapatero remendón de cierta ciudad antiquísima, cuyo nombre no quiero escribir, desmintió con su conducta al Sabio y el proverbio.

Es el caso, y va de cuento, que nuestro zapatero y su mujer habitaban un sotabanco en cierto callejón de mala muerte, al que caían algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros como observador y caritativo el señor Obispo su vecino; pero no fué la extremada pobreza, sino la imperturbable conformidad y buen humor del matrimonio zapateril, lo que chocó al señor Obispo.

Levantábanse los zapateros al romper el alba, abrían la puerta de su choza, y en tanto que el marido recojía y ordenaba para el trabajo las herramientas de su oficio, la mujer barría y regaba el trozo de calle fronterizo á su morada. Sentábanse después sobre el umbral de la puerta, y machaca que te machacarás él, y cose que te coserás ella, con tachuelas y cáñamo encerado remendaban botas y zapatos, que á su dueño llevaba la zapatera presurosa, para con el producto del remiendo cubrir después los nada blancos manteles. Inútil es advertir que continuas canciones entonadas á duo, con el monótono repiqueteo del martillo por

acompañamiento, y conversaciones animadas y picantes, sazocaban el trabajo del día. Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral la hora de comer, recogían sus bártulos y sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus cebollas ó sardinas asadas, que, con un pan moreno de á libra, repartían entre los dos amigablemente y devoraban en pocos segundos, con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, repetíanse las canciones, la charla, el martilleteo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, semejante á la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba á su olivo, recogíanse los zapateros en su choza, durmiendo en ella á pierna suelta el sueño de los felices.

El Sr. Obispo, que desde las ventanas de su palacio espiaba á sus vecinos, al ver tanta resignación unida á pobreza tanta, se compadeció del matrimonio, y llamando al zapatero, le dijo:

—Me han dicho que es usted maestro en el oficio; ¿por qué, pues, no pone zapatería de nuevo?

—Señor, contestó el zapatero, si no tenemos

para comer, ¿cómo quiere su ilustrísima que compre los materiales necesarios?

—No hay que apurarse por tan poca cosa. Tome usted cien duros y empléelos en lo que tenga por conveniente.

—Pero, señor, ¿cómo he de pagar yo?.....

—Ya están pagados. Con que á trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta el presente, y á ver si logra usted reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, dió torpemente las gracias á su ilustrísima, bajó de cuatro en cuatro las escaleras de palacio y voló en busca de su mujer, la cual medio perdió el juicio al ver tanto dinero en sus manos.

Recogieron las herramientas y las botas y zapatos á medio remendar, y entraron en la casa á resolver el árduo problema.

¿Qué iban á hacer con aquellos cien duros?

Por de pronto concluyó el trabajo, dejaron el umbral de la puerta, callaron sus gargantas y huyeron las conversaciones picantes de sus labios. Verdad es que aquel día no comieron sardinas y cebollas asadas, según inveterada costumbre; pero también es cierto que desveláronse de tal manera pensando en que podían robarles durante la noche su tesoro, pues no

había llave ni cerradura alguna en la casa, que á la postre se coló la aurora, no por las rosadas puertas de Oriente, sino por la lóbrega de la habitación zapateril, sorprendiendo al matrimonio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

Transcurrieron varios dias en situación tan angustiosa y sin que ninguno de los cónyuges se atreviese á tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta y obtenido el beneplácito de su mujer, tomó el dinero y se lo devolvió al Sr. Obispo diciéndole:

—Señor: cuando éramos más pobres que las ratas, sobraban en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que su ilustrísima nos dió estos dos mil reales, no hemos vuelto á ver hora buena. Con que aquí los tiene su ilustrísima, y Dios premie en la gloria su caridad.

Suspenso el Sr. Obispo, tomó el dinero instintivamente, y por primera vez en su vida dudó de la exactitud del proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*



LA CARIDAD.

Sine caritate opus externum nihil prodest.

De Imitatione Christi,
lib. I, c. XV, n. 1.

I.

EL vulgo llama caritativo al que da limosna; el cristiano al que misericordioso practica el bien; el místico al que se abrasa en divino amor; y el filósofo al compasivo, benévolo, beneficioso, etc.

Estas apreciaciones diversas coinciden en un fondo común, y para el vulgo, para el cristiano, para el místico y para el filósofo el *amor* es elemento esencial de la caridad.

Ama el que da limosna; ama quien el bien practica; quien arde en amor divino ama tam-

bién; y por último, compadecerse, querer el bien y obrarlo ¿qué es sino amar?

Mas según San Agustín, Bossuet y el Padre Senault, los afectos del hombre (pasiones, cuando son exagerados) todos pueden reducirse al amor.

«El odio que se profesa á un objeto, no viene sino del amor que se tiene á otro; el deseo no es mas que un amor que se extiende al bien que no se tiene, como la alegría es un amor que se aplica al bien que ya se posee; el atrevimiento es un amor que acomete lo más difícil para poseer el objeto amado; la esperanza es un amor que se lisonjea de poseer el mismo objeto, y la desesperación un amor sin consuelo al verse privado de él para siempre; la cólera es un amor irritado, porque nos quieren quitar un bien que nos esforzamos en defender, etc. Por último, quitad el amor y ya no hay pasiones; poned el amor y las vereis nacer todas como por encanto¹.»

«El deseo es la carrera del amor, el temor es su fuga, el dolor es su tormento y la alegría es su reposo².»

¹ Bossuet.—*De la connaissance de Dieu et de soi meme.*

² San Agustín.

«La razón nos obliga á creer que no hay más que una pasión, y que la esperanza y el temor, el dolor y la alegría son los movimientos ó propiedades del amor¹.»

Si pues hasta los afectos malévolos pueden referirse al amor, la simpatía, amistad, cariño, compasión, gratitud, beneficencia, patriotismo, etcétera, afectos todos benévolos, necesariamente tienen que ser elementos constitutivos del amor mismo, sentimiento tan natural al hombre como el canto á los pájaros, complejo es verdad, pero susceptible de escrupuloso análisis. ¿Podremos definirle? No es fácil comprender en una sola fórmula elementos tan distintos, aunque análogos. Leibnitz dice que amar es deleitarse en la contemplación de la felicidad ajena.

Caridad será, pues, ese sentimiento inferior que nos induce á amar el bien en todo orden y á practicarlo. El *bien*, hé aquí el objetivo de la caridad; *amarle*, su elemento teórico; *realizarle*, su elemento práctico.

Santa Teresa de Jesús, que ponderaba el horrible estado de Lucifer diciendo: «¡el sin-ventura *no ama!*» es el tipo más perfecto de la

¹ P. Senault.—*De l'usage des passions.*

caridad teórica; San Vicente de Paul el más acabado modelo de la caridad práctica.

No obstante, *sine caritate opus externum nihil prodest*, es decir, no hay verdadera caridad donde sólo existen buenas obras: ambos elementos se completan mutuamente. Por consiguiente, no socorre al menesteroso la mano que le arroja una moneda, sino el corazón que determina el movimiento.

II.

Considerada la caridad en el orden filosófico es un hábito del alma; en el orden religioso una virtud, estrecho lazo de unión entre la fé y la esperanza, y en el orden social una necesidad práctica.

Tanto por ser acto anímico y natural al hombre, cuanto porque su práctica es necesaria á las sociedades, la caridad es un deber.

Los deberes de caridad son, por consiguiente, naturales, y grabados fueron al principio en todo corazón humano, para traducirlos después en el primero y más importante precepto del Decálogo: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo.*

Si los deberes de caridad son naturales,

obligan á la humanidad entera; y el hombre, por sólo serlo, tenido está á ser caritativo con sus semejantes, esto es, benévolo y beneficioso, que tanto la *benevolencia* como la *beneficencia* son componentes del todo sublime llamado caridad.

Si purificamos nuestro corazón de todo sentimiento que pueda ofender á otro hombre, seremos *benévolos*. Si realizamos el bien, practicando obras de misericordia, seremos *beneficiosos*.

Se oponen á la benevolencia el odio, la venganza, la envidia, la cólera, la ingratitude, el orgullo, el egoismo, la desatención, y, en suma, todo afecto malévolos que implica falta de amor á nuestros semejantes.

Opónense á la beneficencia la práctica del mal (estado positivo) y la omisión del bien (estado negativo).

En tesis general y absoluta las malos son en sociedad los menos. No por esto puede afirmarse que los buenos sean los más. Por desgracia, moralmente hablando, en las sociedades modernas predomina el *indiferentismo*, enemigo el más terrible de la beneficencia.

Otro adalid semejante, mónstruo compuesto de cien perversas pasiones, pretende concluir con la benevolencia, que es el más

hermoso elemento de la caridad. ¿Qué nombre darle? Fernán Caballero, el Walter-Scott español, le llamó *malevolencia*; y á la verdad que ni aún etimológicamente considerado, puede hallarse nombre más propio.

A la malevolencia pues y al indiferentismo práctico ó inacción, podemos reducir los enemigos capitales de la caridad.

III.

Tan inconmensurable es el escepticismo que se ha apoderado de las inteligencias y corazones todos, que no hay verdad, por evidente que sea, ni virtud, por elevada que esté, que nuestro pirronismo práctico moderno no ponga en tela de juicio. Tan connaturalizados estamos ya con la calumnia, la injuria, la murmuración y el juicio temerario, que el que no se encenaga en este lodazal inmundo, cuando menos oye impasible al calumniador y presencia impávido cómo de palabra y obra, delante y detrás, se pisotea la honra de sus semejantes.

Nuestra refinada malicia no perdona la acción más inofensiva é indiferente.

¿No causa verdadero pasmo la ligereza con

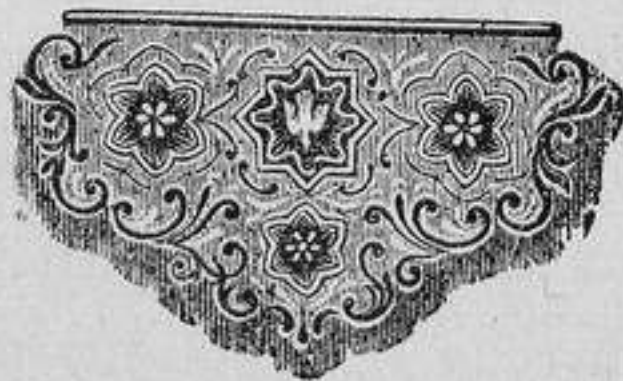
que esa turba de Tenorios imbéciles, hastiados del mundo, según aparentan, antes de haber llevado á sus labios la copa de la vida, hacen y deshacen reputaciones?

¿Hay autoridad, hombre público, sabio, literato, ministro del altar, ni persona privada siquiera, á quien no alcancen los tiros de la maledicencia?

La caridad es incompatible con semejante gangrena social.

Razón tenía el venerable desterrado de Patmos para sintetizar la doctrina evangélica en su tan repetida frase: «Hijos míos, amaos los unos á los otros.»

Sí, amémonos mutuamente, es decir, seamos todos benévolo, practiquemos el bien en todo orden, esto es, seamos beneficiosos, y el indiferentismo y la malevolencia desaparecerán de la sociedad.





EL MODERNO DECORO SOCIAL.

I.

QUESTA no poco trabajo, lectores míos, encontrar materia digna de vosotros y que desenvolver sepa mi torpe pluma. Quisiera yo entreteneros agradablemente y no perder el tiempo, conciliación difícil para mi menguado ingenio. Por fortuna nos conocemos y caritativamente nos toleramos. Yo acepto resignado vuestras críticas, y vosotros escucháis benévolo mis amonestaciones impertinentes. Pero ¿no os parece que somos excesivamente tolerantes?

Cierto que está de *moda* la tolerancia y moda que *hace furor* (como dicen los elegantes ver-

dugos de la castellana parla); pero la tolerancia supone indiferencia, y la indiferencia escepticismo, y el escepticismo, semejante al hielo polar ó africano sol, todo lo marchita, incluso las flores ocultas en el invernadero del corazón. En cambio, me direis, aunque confundidos, vivimos todos contentos y felices, gracias al lazo común de la tolerancia. Pero semejante confusión, ¿es lícita? ¿es ni siquiera conveniente? Santo y noble que suframos con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos y toleremos sus defectos. Todo el mundo sabe que en esto consiste una de las obras de misericordia. Pero ¿tenemos la misma obligación respecto á los pecados y crímenes de nuestros semejantes? De ninguna manera. Para cumplir los preceptos evangélicos debemos amor, no solamente á los pecadores y criminales, sino, lo que es más duro, á nuestros mismos enemigos; pero esta misma santa caridad nos prohíbe transigir, ni poco ni mucho, con el crimen y el pecado. Amor al delincuente y guerra al delito: ésta es la síntesis de la doctrina católica sobre el asunto.

Pues bien: la sociedad moderna, que desgraciadamente se aleja cada vez más de las vías católicas, inficionada del virus pernicioso de mal entendida tolerancia, va perdiendo poco á

poco su antiguo decoro nobilísimo, salvaguardia eficaz de las buenas costumbres y de la vergüenza pública. No es difícil probarlo, y la prueba puede ser entretenida y útil.

II.

La virtud y el honor son las únicas condiciones personales que católica y aun racionalmente pensando debía exigir la sociedad á todo individuo que aspirase á figurar en ella, y si se quiere simplificar el asunto, la virtud tan sólo, pues sin ésta es imposible el verdadero honor. En otros términos: todas las puertas sociales deben estar abiertas de par en par para el hombre honrado, y herméticamente cerradas para el vicioso. Esto es lo único racional, digno y hasta conveniente.

¿Sucede así?

Nada de eso. La sociedad, en sus diferentes clases y círculos, tiene sus pretensiones y exigencias: unas razonables, otras ridículas; pero, generalmente hablando, para nada se cuida de la honradez de los asociados y á ninguno exige certificación de buena conducta. Se anuncia la presentación de un individuo en una casa, casi-

no, tertulia, reunión, etc., y nadie, absolutamente nadie pregunta:

—¿Es honrado?

¡No faltaba más! ¿Qué le importa al amo de la casa, ni á la tertulia, ni á la sociedad? Eso sería invadir el sagrario de la humana conciencia, sorprender secretos de la vida privada, que no deben ser nunca del dominio público.

A lo sumo, y esto únicamente cuando los que reciben tienen ciertas ínfulas, suelen decir:

—¿Es decente?

No cometas, lector amigo, la torpeza de confundir la honradez con la decencia. Se puede ser un bribón de marca mayor y á la vez la persona más decente del mundo. ¿No lo sabías? Oye, pues.

—Señora, es tan *decente*, que su familia está emparentada por parte de una cuñada de un primo segundo de este chico con los marqueses de Altos-humos.

—No diga usted más.

¿Para qué había de decir? El chico era un granujilla que pasaba las noches en claro de timba en timba y de zahurda en zahurda, y los días en turbio y en la cama. No se puede pedir más decencia.

Otro:

—Caballero, tan *decente* es este señor, que tiene en mi pueblo un palacio, grandes fincas y ricas dehesas.

—Basta, basta.

Y en efecto, había de sobra, pues el palacio perteneció en tiempos á la mitra, las fincas á los frailes y las dehesas al lugar, habiéndolo adquirido todo aquel *decentísimo* señor por cuatro papeles mojados, durante la primera desamortización.

Uno más:

—Señor presidente, el nuevo socio es todo un caballero coronel, del cual respondo.

—No es necesario: su empleo es la mejor garantía.

Y era verdad. Sargento hacía pocos años, merced á unas cuantas conspiraciones afortunadas y á haber militado en todos los ejércitos regulares é insurgentes, con la mayor *decencia* imaginable, había conquistado su nuevo empleo.

Pero ¿para qué seguir? En el lenguaje social *decente* es todo el que lleva levita, y tiene dinero, y fuma habano, y rompe copas, y juega alto, y se acuesta al romper el día, y habla recio, y maltrata á los criados, y tiene tratamiento, y ocupa alto rango, y... mil cosas más, aunque no tenga conciencia, ni la menor noción del deber,

ni en su vida haya oído hablar de la verdadera decencia.

¿Decís que exagero? Entonces no habeis frecuentado la sociedad.

Pero doblemos la hoja y cambiemos de espectáculo.

III.

Estamos en un casino. ¿Quién es ese caballero de edad indefinible, cara escuálida, fruncido entrecejo, traje raído, que apura una colilla hasta quemarse el bigote, que solitario saborea su café y deja después sobre la bandeja ocho cuartos primitivos, teniendo la generosidad inconcebible de regalar al mozo el ochavo que falta? Es un usurero, que presta al mil por uno y que se goza en la agonía de sus acreedores, como de seguro no lo hace el tigre hambriento al desgarrar las entrañas de su víctima.

—Se comprende su soledad.

Comprendeis, pues, muy poco, amigos queridos: está solo para que no se le pegue algún gorrón, problema más difícil de resolver que la cuadratura del círculo.

Vedle, ya ha concluido, sale de su rincón y todo el mundo le saluda, le estrecha la mano,

le dá palmaditas en el hombro, pasea con él, habla largamente, y hasta tiene la dignación de poner al alcance de sus uñas nuevas presas. Se le trata, en fin, lo mismo, por no decir mejor, que á la persona más honrada.

Primera muestra del moderno decoro social.

Pasemos á una reunión cualquiera, donde se *hace* música (frase de tan mal gusto como *buen tono*), se toman tés (á veces *literarios*), se murmura, se come ó bebe y se baila. ¿Quién es aquella erguida señora que reparte miradas como dardos, arrastra un mar de seda sobre la blanda alfombra y enseña los desnudos hombros? Con seguridad no se sabe. Se ignora su verdadero nombre, su familia, su patria, su edad y hasta su condición. Pasa por *señora* de un alto funcionario público, pero todo el mundo pronuncia aquel nombre irónicamente entre cuchicheos y maliciosas sonrisas.

—¿Y se la admite en sociedad?

—Se la admite.

—¿Y alternan con ella las verdaderas señoras?

—Alternan sin el menor escrúpulo la mayor parte; algunas hasta envidian su alta posición oficial y su deslumbrador lujo; los jóvenes siembran flores á su paso, y los hombres graves se descubren picaresca y ceremoniosamente.

Segunda muestra del moderno decoro social.

Entrad conmigo ahora en una oficina pública. Ahí teneis un jefe de... cualquier cosa, porque lo mismo sirve para un fregado que para un barrido. Cobra pingüe sueldo; se come cuanto material oficinesco digerir puede, en tanto que sus oficiales, sentados en desvencijadas sillas, escriben sobre mesas cojas y mendigan por los rincones papel y plumas; mucho habría que hablar sobre la limpieza de sus manos; las cruces y calvarios que *cuelgan de su pecho* en toda solemnidad, recuerdan, en cambio, cierto ingenioso epígrama que no hay para qué repetir; es una nulidad completa; no abre la boca mas que para degollar la gramática y decir dislates; pero, eso sí, es demócrata hasta los tuétanos, tanto que, aunque su Dios único ha sido y es cierto duque, después príncipe, de quien ya nadie se acuerda, ha servido y sirve á cuantas situaciones conservadoras y reaccionarias quieren colocarle; llámanle algunos majadero con ribetes de bellaco; sus subordinados y los que bien le conocen le apellidan (detrás por supuesto) solemnísimo bribón; traga á dos carrillos, y como todo le sale á pedir de boca, pues la fortuna se enamora con preferencia de

los brutos, se rie del mundo entero y reparte á los cuatro vientos protectoras sonrisas. Es, en fin, un espantajo que hace reir á cuantos le conocen; pero ante quien, cuando no está cesante, todo el mundo se descubre, muchos le adulan y algunos le obsequian y consideran como si fuese el preste Juan de las Indias.

Tercera muestra del moderno decoro social.

IV.

Si para muestra basta un botón, sobran dos de las que he tenido el honor de presentar á mis lectores. Tratando ahora en términos generales la tesis de este artículo, es indudable que el nivel del decoro social ha descendido tanto, que se aproxima al sucio suelo. El usurero, la mujerzuela, los funcionarios indignos, los comerciantes quebrados fraudulentamente, los ex-presidarios, los secuestradores de levita, los tahures, los eternos enemigos del orden social, los bribones de todos grados y matices, en una palabra, disfrazados de personas *decentes*, tal cual se entiende hoy día la decencia, no sólo se pasean impunemente por donde se les antoja, sino que alternan y hacen vida común

con las personas dignas y honradas, como si entre éstas encontrasen su propio asiento. No solamente á España, como hizo cierto general célebre en un momento de indignación y franqueza, sino al mundo entero, podemos calificar sin escrúpulos de *presidio suelto*. Y ¿quién tiene la culpa de tan grave daño? Complejas y numerosas son las causas del presente estado moral de los pueblos; pero una de tantas es, en mi concepto, la tolerancia excesiva de los hombres de bien, hija de su ceguedad y cobardía inconcebibles. La decencia bien entendida y el verdadero decoro social mal se compadecen con tan vituperable tolerancia. Cumpla el hombre honrado con su deber, y ese cieno inmundo que enturbia las limpias aguas del trato social y flota á veces en la superficie, bajará de nuevo á las profundas cloacas, que son su morada habitual y natural elemento.





LA JOYA DE RODENAS.



CUANTO paso á referir es histórico hasta en sus más pequeños detalles. Entre un *menaquero* (conductor de mineral de hierro, allí llamado *mena* ó vena) y yo, se trabó en cierta ocasión el siguiente diálogo:

—¿Qué hay de bueno por Rodenas, Deodato?

—Nada de particular, D. Manuel.

—¿Y la cosecha?

—Buena.

—Oí decir que se había apedreado.

—Fué en Tordesilos.

—Pues mucho es que no os tocó también á vosotros algún ramalazo.

—¡Quiá!... Nosotros estamos libres de granizadas y pedriscos.

—¿Sin duda porque sois más bonitos que los de Tordesilos?

—No, señor... porque en seguida que asoma la mala nube, sacamos en procesión la reliquia de San Deodato.

—No lo sabía.

—Pues sí, señor; desde que la tenemos no hay ejemplo de que se haya vuelto á apedrear en Rodenas.

El acento de sinceridad y convicción con que aseguró lo dicho el menaquero, me hizo tomar la pluma; escribí al señor cura párroco de Rodenas, D. Ramón Mínguez, y á la vista tengo su ilustrada contestación, en la cual voy á inspirarme, copiando á veces sus mismas palabras, para referir hechos, más ó menos extraordinarios, pero siempre rigurosamente exactos é históricos.

En el antiguo reino de Aragón, provincia de Teruel, partido de Albarracín, hay un pueblecito, *Rodenas* llamado, quizá por lo mucho que abunda la arenisca roja ó *rodeno* en aquellos contornos. Es lugar tan humilde como an-

tiquísimo, pues ya figura su iglesia parroquial durante la dominación goda. Así se desprende de la Bula de Alejandro III, fechada en Frascati á 22 de Enero, año de 1172, dirigida á D. Pedro de Tarroxa, obispo de Zaragoza, en la cual, queriendo el Sumo Pontífice que se respeten las demarcaciones eclesiásticas aprobadas por los concilios de Toledo durante el reinado de Wamba, designa por su propio nombre la parroquia de Rodenas como límite de la diócesis de Zaragoza. Más tarde se incorporó á la diócesis de Albarracín, creada posteriormente.

Entre las sierras de Albarracín y Molina, al pié de una cordillera con cerros como el de San Ginés, que mide 1.567 metros de altura sobre el nivel del mar, dominando la cuenca y ribera del rio Giloca, sobre un torrente surcado en todas direcciones por venas y bolsadas de mineral de hierro, Rodenas y su término ocupan la situación topográfica más á propósito para que naturalmente descarguen sobre aquel país frecuentes y temerosas tormentas. En efecto, no parece sino que todo está sabiamente combinado para que sobre el término de Rodenas se citen y reunan las nubes que, por Orihuela del Tremedal y Bronchales, descienden

de la Sierra de Albarracín á los Santos de la Piedra, y por Alustante y el cerro Laurero de la Sierra de Molina; y las que ascienden de la cuenca del Giloca por Sierra Menera, unas, y cruzándose otras desde Peña Palomera á San Ginés. Nada de particular tiene, por lo tanto, que las cosechas se apedreasen con frecuencia suma en el término de Rodenas, y que la miseria hiciese emigrar á sus habitantes. De esta manera se explica que, á pesar de su antigüedad remotísima, la población de Rodenas no excediese nunca de 50 vecinos. A tal extremo llegaron las cosas que, según tradición no interrumpida y por los ancianos del lugar atestiguada, durante diez y seis años seguidos se perdió la cosecha, arrasada por la piedra y el granizo.

En tal desolación y á principios del siglo pasado, por conducto del Rmo. P. Timoteo Martinez Rubio, natural de Rodenas y Visitador general de los Capuchinos, que iba á Roma para otras urgencias, pidió el pueblo al Sumo Pontífice una reliquia de algún Santo que del azote de la piedra lo librase; y Su Santidad, bondadoso, regaló á Rodenas una canilla de San Deusdedit, Diosdado ó Deodato (que con los tres nombres dichos se le designa), abad

que fué del celebérrimo monasterio de Monte Casino (donde está depositado su cuerpo), encarcelado por orden del tirano Sicardo, y muerto de hambre y de miseria en su prisión el día 9 de Octubre del año 834. Graves fundamentos hay para creer que la solicitada reliquia llegó á Rodenas en 1709.

*
* *

El preciado hueso que me ocupa parece ser el radio del brazo derecho de San Deodato; mide 19 centímetros de largo, y á pesar de tener más de mil años está admirablemente conservado, sin que se hayan desprendido de él hasta la fecha mas que alguna que otra pequeña esquirla. El relicario, que lo contiene, figura un brazo, con su correspondiente mano de plomo, perfectamente modelada y encarnada, y mide unos 50 centímetros de alto por 20 de base. El pedestal es de madera sobredorada, y el brazo está revestido por una gruesa chapa de plata que imita la tela de la manga, sembrada de grandes flores cinceladas y con ocho piedras (del tamaño de un guisante grueso), cuatro esmeraldas y cuatro topacios en la bocamanga. En el centro del brazo hay un cristal por donde se ve y adora la reliquia.

*
* *

Público y notorio es lo acaecido en Rodenas y su término desde que esta parroquia tiene en su poder joya tan preciosa. No hay noticia de que haya vuelto á apedrearse la cosecha una sola vez, si cuando la tempestad se aproxima al pueblo ó se cierne sobre aquellos campos acude Rodenas á la poderosa intercesión de San Deodato, sacando procesionalmente su reliquia. El señor Cura párroco actual ya nombrado asegura que durante los catorce años que lleva al frente de aquella parroquia no ha recurrido en vano una sola vez á San Deodato, acaeciendo no pocas que, á la vista de la santa reliquia, instantánea y milagrosamente se ha convertido en lluvia inofensiva y abundante la desoladora piedra que había empezado á caer en seco. Entre los actuales habitantes del pueblo no hay memoria de que, por piedra ó granizo, haya vuelto á perderse la cosecha mas que en 4 de Junio de 1856, día en que, por hallarse el difunto señor Cura auxiliando á un enfermo, no pudo acudir á la iglesia y sacar la reliquia. Hay más: ocurre en ocasiones (y este año ha acontecido dos veces) que nubes de piedra ó granizo descargan sobre los pueblos limítrofes, y si son impelidas por el viento hacia Rodenas, al llegar al mojón divisorio la piedra

se convierte en agua y las nubes se desatan en benéficas lluvias sobre el privilegiado término.

San Deodato no sólo preserva á Rodenas de la calamidad de la piedra y granizo, sino que ha libertado también á sus moradores de otros males contagiosos. Tal aconteció la primera vez que llevaron procesionalmente la efigie y reliquia del santo Abad, quedando curados de repente Sebastián García y toda su familia de unas tifoideas pertinaces que venían padeciendo.

Así como intercede solícito con el Señor para que premie á los que le invocan; le es sin duda desagradable que hagan burla de sus restos. Buena prueba es de ello lo ocurrido á los naturales de Villar del Salz, que habiendo acudido en rogativa, como tienen de costumbre, á la ermita de N. S. de los Poyales, hicieron burla de la efigie de San Deodato, que veían por primera vez. Una mula, de las que con comestibles suben á la rogación, mataba entre tanto á dos niños de los burladores, y antes de que la procesión regresase á Villar del Salz, descomunal pedrisco había ya barrido las cosechas de aquellos temerarios.

Terminemos pues este verídico relato rogando al Señor que por la intercesión poderosa


del bienaventurado Deusdedit guarde nuestros campos y cosechas de granizadas y pedriscos.

La carta autógrafa de D. Ramón Mínguez, actual rector de la parroquial iglesia de Rodeñas, que contiene los pormenores referidos, queda en mi poder á disposición del que guste leerla.





SOMOS CENIZA.

UANDO aun dura para muchos el Carnaval diabólico con sus desenfrenos y locuras, vosotros, mis piadosos lectores, regresais de vuestras respectivas parroquias, compungido el corazón, la cerviz humillada y con la *ceniza* en la frente. Vuestra actitud ejemplar me demuestra que habeis comprendido la importancia grande de la sagrada ceremonia, y para vosotros sería inútil todo recuerdo y comentario acerca del asunto; pero es el triste caso que el Miércoles de Ceniza y precisamente á la misma hora que vosotros, se retiran también á sus casas, en busca del des-

canso que su disipación no les ha proporcionado durante la noche, algunos desventurados, grotescamente vestidos, cubierta la faz con una máscara y llena la conciencia de negros remordimientos. Difícil es que estas páginas caigan en sus manos; pero, por si acaece lo contrario, quiero recordar á estos tales y á cuantos lo necesiten, que *somos polvo ó ceniza y en polvo nos hemos de convertir.*

No há mucho leí en la puerta de un cementerio la siguiente inscripción latina: *Fui, non sum; estis, non eritis*, que en romance significa: *Fuí, no soy; sois, no sereis*, gran verdad de todos sabida y por la mayor parte olvidada. Todo nos grita en torno nuestro que en un plazo brevísimo, tal vez en el momento mismo de pensarlo, dejaremos de existir; bajaremos al sepulcro á hacer compañía al cadáver de aquel que desde la puerta del camposanto nos dice: También yo era como vosotros, formando parte de ese mundo que absorbe vuestros sentidos y potencias; tampoco yo pensaba nunca en este inmenso osario, á donde al fin y en la flor de mi vida han venido á parar mis restos mortales: y sin embargo aquí me teneis convertido en polvo y gusanos, cuando yo me prometía aún largos años de goces y de existencia. Todo pasó cual verdura de

las eras, como ave voladora y sombra fugitiva, y pasó para nunca más volver, sin que me quede otro consuelo que el de gritaros desde el fondo de mi sepulcro: *¡Estis, non eritis; sois, no sereis!*

Y efectivamente, nada más fugaz que esta vida, en cuya posesión vivimos tan tranquilos y ufanos. Corre veloz á su término, y para todos corre, lo mismo pobres que ricos, sin que dicha regla tenga excepción posible. Acertadamente decía el poeta Jorge Manrique:

Nuestra vida son los rios
 Que van á dar en la mar,
 Que es el morir:
 Allá van los señoríos
 Derechos á se acabar
 Y consumir:
 Allí los rios caudales,
 Allí los otros medianos
 Y más chicos
 Allegados son iguales
 Los que viven por sus manos
 Y los ricos.

Todos por naturaleza somos iguales ante la muerte, porque todos somos hijos de Dios; y todos por consiguiente estamos sometidos á las

mismas miserias y trabajos. ¡Igualdad sublime que la Iglesia nuestra cariñosa Madre recuerda frecuentemente á los cristianos todos por medio de sus ceremonias para que ninguno se ensoberbezca y todos caminen con pié firme por la senda de la salvación! A todos pone la *ceniza* en la frente, desde el más poderoso monarca hasta el vasallo más humilde, desde el Papa hasta el último acólito, para recordar á todos que somos polvo, podredumbre y miseria, y en miseria, podredumbre y polvo nos hemos de convertir. No hay remedio. Estos ojos, que con tanto esmero cuido y guardo hasta entre cristales, y en los cuales, al mirar provocativamente á los demás, me miro, no tardarán mucho en perder su brillo natural vidriándose y siendo pasto de gusanos. Estas manos delicadas, cuya piel constantemente guardo entre finas pieles y suavizo con jabones preciosos y perfumes, descarnadas y roidas hallaránse luego, entre tierra y lombrices, sepultadas. Este olfato, para el cual sólo busco aromas; este oído, que sólo con armonías se deleita; este paladar, que corre desalado tras manjares exquisitos; este cuerpo, en fin, tan mimado y atendido en sus más pequeños caprichos y necesidades, día llegará, ciertamente no lejano, en que vuelva al barro

de que procede, y donde todo es silencio nunca interrumpido, malos olores, sabores detestables, miseria y podredumbre.

Sí, lectores míos, sí; somos polvo y polvo deleznable, y en polvo necesariamente nos hemos de convertir. Si dedicásemos siquiera un minuto diario á esta consideración, seguramente ni pecaríamos tanto, ni absorberían nuestras potencias y sentidos, como los absorben, las cosas mundanas.

Pero es que no sólo es polvo nuestro cuerpo. También nuestra alma, aunque inmortal, está llena de miserias é imperfecciones. Esa inteligencia tan penetrante con que tuvo á bien adornarla el Criador, frecuentemente la empleamos en disfrazar la verdad, convirtiéndola en sacerdote del error, al servicio exclusivo de nuestros vicios y pasiones. Esa voluntad, que debiera ser roca inquebrantable contra el mal, se ablanda y doblega á veces llenándole de caricias y estrechándole ardientemente entre los brazos. Y esa sensibilidad, por último, dada al hombre para que goce santamente en la contemplación de las bellezas de la naturaleza y del arte, la embotamos por el contrario con goces inmundos, que nos acercan al bruto tanto cuanto nos separan del ángel y del

mismo Dios, á cuya imagen y semejanza fuimos criados. ¡Cuánto polvo moral! ¡Cuánta miseria!

¿Y hay algún medio de regeneración? Indudablemente. Limpios ya del pecado de origen en las aguas del Bautismo, lavemos nuestros demás pecados por medio de la penitencia. Para eso se nos ha hecho con *ceniza* la señal de la cruz en la frente, para que aprendamos á hacer penitencia en público, sin avergonzarnos, sin temor á la sonrisa del indiferente, ni á la blasfemia del impío, y sólo por amor y á imitación de Nuestro Señor, el Justo por excelencia, y sin embargo el gran penitente del mundo.





PROPINA PARA EL POBRE.



DXIGE la moda, que se gratifiquen con propinas hasta los servicios más insignificantes. Tan generalizado está este abuso, que contra él son ineficaces las prohibiciones y los propósitos. Establecimientos existen, en cuyos anuncios ó reglamentos se previene que todo mozo que reciba propina, será despedido en el acto. Esto no obstante, si no se da espontáneamente, la piden. Desgraciado del que, en un café, al pagar el gasto, no suelte el consabido medio real para el mozo. Que no vuelva á poner en él los pies, porque más fácil le será hacer saltar la piel de sus

manos á fuerza de palmadas, que conseguir ser atendido. Y luego ¿qué dirían los circunstantes? Ese hombre es un miserable avaro, sería la frase más benévola que pronunciaran sus labios apenas el enemigo de las propinas volviese la espalda. Pero ¿qué más? Hasta los carteros se niegan á repartir á domicilio los impresos, si no se les abona, contra lo terminantemente preceptuado, el consabido perro chico.

Confesemos, pues, que no hay poder humano que desarraigue la costumbre y suprima las propinas. Contra ellas, no cabe otra cosa mas que resignarse á ir á todas horas con el bolsillo en la mano gratificando á medio mundo.

Todo esto será más ó menos abusivo, pero al fin, cada cual puede hacer de su dinero lo que se le antoje, y no seré yo el loco que se oponga á corriente tan general como irresistible.

Pero me ocurre preguntar: todos los que con tanta generosidad y con profusión tanta reparten propinas por esos mundos, ¿se acuerdan una vez al día, á la semana ó al mes, de dar limosna? Líbreme el cielo de afirmar en absoluto que las propinas están en razón inversa de las limosnas. Habrá quien, por respetos humanos, invierta su dinero en aquéllas, y en

cumplimiento de sus deberes de cristiano tampoco lo escatime en éstas; pero no es esto lo común y ordinario. Por lo general, el que frecuenta mucho los cafés, restaurants, fondas, pastelerías, casinos, casas de juego, teatros, etcétera, que es donde principalmente se abusa de las propinas, rara vez se acuerda del menesteroso. Satisfechas hasta la saciedad todas sus necesidades, no es fácil se le ocurra que, encontrándose él ahito de manjares delicados y succulentos, haya pocos pasos más allá quien casi perezca de hambre; que habiendo apurado varias botellas de añejos y caros vinos, viva no muy lejos quien no pudo comprar una tisana que, tomada á tiempo, quizás le librase de la muerte; que estando perfectamente vestido, entre alfombras y caloríferos, no falta quien tiritita de frío hasta dar diente con diente, por falta del abrigo necesario; que siendo él rico, en una palabra, hay muchos, muchísimos pobres en el mundo.

Y nótese que las propinas son remuneraciones voluntarias de servicios, muchas veces imaginarios y siempre satisfechos previamente ó que debían estarlo por el dueño del establecimiento, mientras que, dando limosna, no se hace mas que cumplir aquellos preceptos in-

eludibles contenidos en las obras de misericordia, cuando nos mandan «dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, etc.»

No es fácil que estas líneas caigan en manos de esos hombres perezosos, que tan malos administradores son de los bienes de los pobres; pero, por si sucediese lo contrario, quiero darles un saludable consejo. Para quien da tantas, debe ser indiferente propina más ó menos. Depositen, pues, diariamente en una alcancía la cantidad más pequeña, que se acostumbra á dar de propina, medio real por ejemplo, y al cabo del año se encontrarán con un capitalillo de 182 1/2 reales, esto es, más de media onza, que pueden repartir por sí mismos á los pobres ó remitir á un establecimiento de beneficencia, ó entregar á una empresa caritativa, ó hacer, en suma, una obra benéfica cualquiera en pro del menesteroso.

Cuando vemos que son tantos y tantos los que derrochan sus caudales neciamente, sin destinar ni siquiera un céntimo al alivio de la miseria del prójimo, el ánimo se contrista y el corazón desfallece.

¿Y no ha de generalizarse entre estos tales la propina para el pobre?

¡Quiera Dios que estas indicaciones no sean una gota más de tinta perdida en el océano de la publicidad, sino que, por el contrario, generalicen la propina para el pobre, con la cual, acumulada, pueden realizarse muchas é importantes obras caritativas!





LA TIA MARIMAMO.

QUÉ quiere decir Marimamo? me preguntará tal vez el lector maligno ó benévolo. Es pregunta á la que yo no puedo contestar, con harto sentimiento mío, pues nadie me gana á galantería para con los que tienen la paciencia de leer mis escritos. Es el uso el árbitro y supremo legislador del lenguaje, y no seré yo quien vaya á pedirle á éste la razón de su existencia. Lo cierto es que la tía Marimamo vive y comercia en trapos por las calles de la más fea capital de provincia que hay en España; y no sólo se gana la vida pregonando á voz en grito su mercancía, sino que

tiempo atrás nos sorprendió agradablemente con algo más que una de sus ordinarias transacciones mercantiles. Hay gentes que, acostumbradas á no penetrar nunca más allá de la corteza de las cosas, juzgan por las apariencias, y como no puede menos de suceder, frecuentemente se engañan. Tal aconteció en la capital aludida con algunos que, al observar en la tía Marimamo aspecto hombruno, estatura gigante, formas angulosas y rostro picado de viruelas, creyéronla incapaz de afecciones femeniles, y por ende, de sentimientos amorosos y tiernos. El tiempo, sin embargo, vino á desmentir á estos tales y á sorprendernos á todos.

Hallábame yo en la puerta de un comercio con cierta señora amiga mía, cuando hirió nuestros oídos la tan conocida voz de la tía Marimamo, que gritaba:

—Mantones y moqueros, ¿quién compra?

Momentos después la vimos subir calle arriba erguida como un pino, risueña como el que no puede ocultar la satisfacción que siente, con la siniestra mano apoyada sobre la cadera, el brazo en jarras, un fardo de ropa sobre el hombro, y asiendo con la diestra á una hermosa niña de ocho á diez años, que la seguía retozona y saltando sin cesar.

—¿De dónde ha sacado V. esa niña? (le preguntó á la vendedora ambulante, mi amiga).

—Calle V., señora, que el gozo me retoza en el cuerpo, porque esto no es niña, es un ángel que me ha enviado el Señor para que dulcifique los últimos días de una solterona.

Y arrojando el fardo sobre el umbral, abrazó á la niña chillando, y la llamó sol, lucero, reina y otras mil maternales lindezas por el estilo, dicho lo cual se sentó sobre su mercancía.

—¿Cómo es que no se ha casado V.? (le pregunté yo).

—Señor mío, (me contestó), no ha sido por falta de vocación, que la tenía, y grande, para el matrimonio; pero no he querido pasar en vida las penas del purgatorio.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Doce matrimonios de mi cuerda, poco más ó menos, hay en mi calle. Pues ¿querrán ustedes creer que unos por borrachos y por brutos otros, no hay día que los maridos no muelan á palos á sus mujeres?

—Vamos, no será tanto, tanto, (replicó mi amiga). Pero á todo esto aun no nos ha dicho usted de quién es esa niña.

—Mía, señora mía. ¿De quién había de ser este pimpollo?

—¿Pues no es V. soltera?

—Mucho que sí, sí señora; pero ¿no sabe usted lo que me pasó hará unos quince días en la ermita del Carmen, junto á la Beneficencia?

—No, señora.

—Pues venía yo del puente con mis mantones al hombro, cuando al pasar por la ermita oí los lamentos y gemidos de una muchacha que, entre dos mujeres, lloraba amargamente abrazándolas sin cesar. La niña era hermosa como un serafín; las mujeres lloraban también en silencio, y levantaban las manos al cielo como implorando misericordia. Me acerqué y les dije:

—¿Qué ocurre, buenas mujeres, para desconsolarse de ese modo?

—¡Qué ha de ocurrir! (me contestaron llorosas); que esta muchacha de nuestro lugar se ha quedado sin padre, ni madre, ni parientes, y como nadie en el pueblo ha querido recogerla y nosotras somos tan pobres, la llevamos á la Beneficencia de parte del alcalde.

—¡Pobrecica! (exclamé yo). Y como si la muchacha comprendiese su desventura, prorumpió en tan amargo llanto y en tan lastimosos

gemidos, que se estremecieron hasta las piedras, y nos echamos á llorar las cuatro como unas Magdalenas.

—¡Desventurada de mí, que no tengo á nadie en el mundo! (decía entre lágrimas y suspiros la rapaza) y aquella voz aguda y lastimera taladró mi pecho hasta las telas del corazón. Me dió un vuelco, una de esas corazonadas irresistibles; me arrojé sobre ella, la estreché en mis brazos, cubrí de besos su cara, enjuagué las lágrimas que corrían de sus ojos, y le pregunté por su nombre de pila.

—Me llamo María de las Nieves, (me contestó).

—Pues bien, María de las Nieves, (le dije), ¿quieres que sea yo tu madre?

—¡Dios se lo pague, madre mía! (añadió la muchacha colgándose á mi cuello). No se pueden ustedes figurar lo hueca que me puse al oirme llamar madre por primera vez en toda mi vida. La tomé de la mano, y echamos á andar hacia la Beneficencia. María pasó allí, de manos de las lugareñas á las del director, y después de los papelotes y requilorios de costumbre, de las de éste á las mías.

Y la tía Marimamo, volviéndose á la niña, le preguntó:

—¿No es verdad, hija, que yo soy tu verdadera y única madre?

Por vía de contestación María abrazó á su madre adoptiva, y tirándola de las faldas la hizo levantar; tomó su fardo, y mientras admirábamos tan notable rasgo de caridad en tan vulgar tipo, se despidió de nosotros gritando:

—Pañuelos y mantones, ¿quién compra?





EL HOMBRE-CERO.

SORPRENDE y admira no poco que en la ambiciosa edad presente, y durante la crisis suprema por que atraviesa el mundo entero, haya todavía personas que con el fin de no tomar parte activa en la lucha, contestan, si se les pregunta por la escuela á que pertenecen: «Yo no soy nada.» Frase sacramental, con la que pretenden conjurar la tormenta que se cierne sobre sus cabezas.

Estas pobres inteligencias, que ni saben ni quieren diferenciar la luz de las tinieblas, la verdad del error; estos entes medrosos que

todo lo sacrifican á su mal entendida comodidad y egoismo; estos *ceros* á la izquierda de las sociedades, rémora y polilla á la vez de todo adelantamiento moral, contribuyen sin embargo mucho á sumir á la patria en un abismo insondable de infortunios y desventuras. ¿De dónde, si no, procede esa apatía espantosa que ningún dique opone á la inundación del mal que nos anega, ni nada tampoco hace por el triunfo del bien que perece? Es máxima inconcusa, confirmada además por la historia, que todo pueblo tiene la clase de gobierno que merece. En esta hipótesis, el mundo moderno es digno de los impíos revolucionarios de baja estofa que rigen sus destinos. ¿A quién culpar de tan negro daño? Prescindo por un momento de los designios inescrutables de la Providencia; vuelvo los ojos en torno mío, y con ira en el corazón y rubor en el rostro contemplo en todas partes numerosa falange de personas, la mayoría tal vez, cruzadas de brazos y repitiendo impasibles, mientras el huracán ruge y la tormenta crece: «Yo no soy nada; nunca he querido mezclarme en cuestiones; ninguno se mete conmigo, y tampoco yo me meto con nadie; todos defienden en mi presencia sus opiniones, sin averiguar

jamás las mías; si algún partido, sin exigirme profesión de fe, me coloca, acepto el cargo; sirvo, hasta donde alcanzan mis atribuciones, á los partidos contrarios; vivo en paz con todos, y me apego al presupuesto como á mi propia sombra.» Tan refinado egoismo merecía que se restableciese en su antiguo vigor aquella costumbre griega, que declaraba *infames* y condenaba al *ostracismo* á cuantos en las discusiones públicas no tomaban parte por ninguno de los bandos.

Efectivamente, no tendrían tan poderosa influencia en el mundo los perdidos y bribones (que son siempre los menos), si con su inacción no les apoyasen los indiferentes. Estos *hombres-ceros*, que representan á todas horas la comedia indigna del Pretorio, lavándose de continuo las manos, á primera vista parecen sólo ridículos; pero, reflexionándolo más, resultan delincuentes. En efecto: delito es el suyo de lesa nación, y del cual responderán en su día ante Dios y los hombres, porque todos los honrados y buenos patricios tienen el deber ineludible de coadyuvar con sus muchas ó pocas fuerzas al triunfo de la buena causa. Tan radicalmente se han deslindado los campos, que no cabe medio ni transacción posible. *Qui*

non est mecum, contra me est: «El que no está conmigo, contra mí está.» Llegará el tremendo día de la batalla, y no valdrá decir: «Nada soy,» porque por la fuerza irresistible de los hechos todos tendrán que tomar parte en la contienda. Dos principios se disputan el dominio del mundo: el Catolicismo y la revolución, el bien y el mal, Dios y el diablo. No cabe, pues, indiferencia ni acomodamiento. Por lo tanto, *ceros humanos* á quienes me dirijo, al vado ó á la puente; imposible es que sostengais por más tiempo vuestro equilibrio afrentoso, que irremisiblemente ha de precipitaros en los abismos. No os encastilleis en la manoseada muletilla «nada soy,» porque, creyendo defenderos, os acusais terriblemente.

Nada, en efecto, sois como hombres de inteligencia, puesto que ignorais de parte de quién está la verdad y la justicia, desconoceis la bondad de los principios primordiales, y dudais hasta de la honradez más notoria. Explicaríase tan supina ignorancia si se tratara de verdades abstrusas y metafísicas, de los más árduos problemas de la ciencia social; pero como la cuestión que se ventila en nuestra infortunada edad es esencialmente práctica, y se reduce á escojer entre el bien y el mal, el hom-

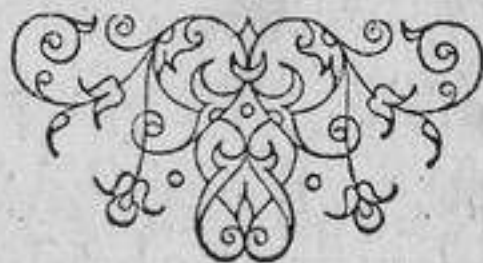
bre honrado y el bribón, tamaña estolidez es indefendible.

Nada sois, tampoco como hombres de sensibilidad, por cuanto los que, sobre ser causa con su apatía y retraimiento de la desventura de la madre patria, la contemplan además tranquilos, no tienen entrañas ni saben sentir.

Nada sois, por último, como hombres de energía, porque quien prescinde de sus muchos ó pocos conocimientos, y pisotea sus simpatías y afecciones con el sólo objeto de no afiliarse bajo ninguna bandera, carece de voluntad propia, y es, como vulgarmente se dice, un *memo* en toda la extensión de la palabra.


Es, por tanto, el *hombre-cero* una verdadera calamidad social, contra cuya egoísta existencia nunca se predicará bastante. Al enemigo franco y conocido se le combate, pudiendo cualquiera guardarse de él. Del *hombre-cero* no se hace ningún caso, considerándosele inofensivo y dispuesto á servir á todo el mundo. Presencia impávido el voraz incendio social, y si los incendiarios le ofrecen en sus filas un puesto, atiza impertérrito la llama. Él es el principal culpable de que se haya aplicado á veces el principio de la libertad individual absoluta, contra lo que la razón dicta cuando dice que nunca hay dere-

cho para ejecutar el mal. Gracias á su incondicional apoyo, se ha podido practicar, aunque de cierta manera, en el mundo, el absurdo principio de no-intervención, contra el sentido común que sostiene que siempre hay derecho á intervenir á fin de aplastar la iniquidad y restablecer la justicia. Sobre *sus* hombros descansa la teoría inicua de los hechos consumados, por hediondos y criminales que sean. En *su* cabeza tiene asiento ese escepticismo general que corroe las entrañas de las modernas sociedades. Sin *su* cooperación negativa sería imposible esta inundación del mal que todo lo arrolla y devasta. Incrédulo en Religión, indiferente en política, escéptico en filosofía y egoísta en las manifestaciones todas de la vida, no es en rigor un verdadero *cero*, como yo me permití llamarle, sino un criminal verdadero, no tanto por lo que hace, como por lo que omite. También hay gravísimos pecados de omisión.





LA PURÍSIMA DE JUANEZ.

ELEBÉRRIMO en los anales de la pintura valenciana es el lienzo hermosísimo de la Inmaculada Concepción que pintó Juanez para la Compañía de Jesús, y que, entre sus joyas más preciadas, posee hoy el Museo provincial de Valencia. No todos conocen el piadoso origen de este cuadro; por lo que, para conmemorar de alguna manera el vigésimoquinto aniversario de la Definición dogmática de la Inmaculada, me ha parecido oportuno decir algo acerca del asunto.

Por los años del Señor de 1526, poco después de la conversión de San Ignacio de Loyo-

la, en Montilla de Guipúzcoa, y de humilde linaje, nació Martín de Alberro. Pastorcillo en su niñez, estudió primeras letras y teología en Valencia, donde se ordenó de presbítero, quedando adscrito á la parroquial iglesia de San Martín. Allí se le apareció la Virgen, de quien era devotísimo, y de resultas de esta visión celestial, cuando ya tenía treinta años, entró en la Compañía de Jesús, el día 11 de Noviembre de 1556.

María Santísima continuó dispensando sus favores al P. Martín, modelo de piadosa humildad, y se le apareció de nuevo varias veces, una sobre un naranjo que había en el huerto del Colegio de San Pablo, que por el año 1579 se trasladó al patio de la portería de la Casa Profesa, y otra en su aposento. Como esta última dió origen al lienzo que nos ocupa, paso á referir puntualmente lo ocurrido, y cedo gustosísimo la palabra al autor anónimo de la *Vida del P. Martín de Alberro, de la Compañía de Jesús*, manuscrito perteneciente al archivo de la Residencia de Valencia, que me ha permitido copiar el ilustre y bondadosísimo Superior actual. Dice así:

«Estando otra vez orando en su aposento, le apareció la misma Virgen y le dijo era de su

agrado y servicio le hiciese pintar una imagen de su Purísima é Inmaculada Concepción, de la misma idea y traza que se le representaba en aquella visión. Vió la más bella de las criaturas en un piélago de glorias, bañada de resplandores, con el rostro más bello y apacible que puede exprimir pluma, dibujar pincel, ni formar idea humana. Su traje era monjil blanco, manto azul, tendida la madeja de oro de los cabellos por las espaldas. Su postura, las manos juntas sobre el pecho, los piés estribando en el cóncavo de la luna; en lo alto descubrió hasta medio cuerpo al natural el Padre Eterno y á su Hijo, sumido lo restante en abismos de luz, asidos entrambos de una riquísima corona imperial, que asentaban sobre la cabeza de su Hija y Madre, asistiendo arriba su Esposo el Espíritu divino en el centro de luminosos círculos de rayos, haciendo su personaje de paloma. Alrededor se descubrían, entre lejos de nubes matizadas, países, alegorías y tipos de la Virgen, el huerto cerrado, el pozo de aguas vivas, la fuente sellada, la rosa de Jericó, la palma de Cades, el ciprés de Sión, el espejo sin mancha, la torre de David, la azucena entre espinas, el olivo specioso, el plátano por la corriente, y los demás geroglíficos que hacían lado á aquel

bellísimo espectáculo. Proto-tipo y ejemplar mostrado en el monte para hacer según su dibujo el retrato de la que es verdadero tabernáculo de Dios.»

»Ofreció á la Virgen agradecido la ejecución de tan justa demanda, y reducir á efecto, si humanos dedos podían, tan celestial idea. Florecía entonces en Valencia Joannes, pintor primoroso, y en su arte el primero de aquellos tiempos, y aun en los nuestros es celebrado su pincel valiente, y queda vivo en los colores muertos de bellísimos lienzos que miramos y admiramos. A este hijo suyo de confesión llamó luego el P. Martín, y le dijo que en todo caso se había de pintar una imagen de la Purísima, declarándole la traza, conforme al ejemplar que le habían mostrado en el monte de la oración. Fuese el devoto pintor, no menos en piedad que en arte insigne, y habiendo bosquejado en un papel lo que antes en su imaginación, llevó el dibujo al Padre; viólo, y dijo: *No está según la idea ni del modo que me ha dicho Nuestra Señora. Hacedlo de otra manera.* Vuelve el pintor con segundo bosquejo, muéstrase-lo al Padre, el cual, agrado de la traza: *Ea, le dijo, confesad y comulgad con devoción antes que comenceis esta obra, y pedid á Dios y á la Virgen*

gracia para hacerla como conviene. Hizo puntualmente Joannes cuanto le dijo el P. Martín, ni tomó vez el pincel, á lo menos para formar las facciones del rostro, sino confesado y comulgado, y hallándose con aliento y temple especial. Aconteciole volver al Colegio de San Pablo, donde pintaba, y estarse parado mirando con grande atención la obra por gran rato sin dar pincelada, por parecerle que le faltaba el espíritu y gracia que requería aquella figura; y esto no una, sino muchas veces. Y así no es maravilla saliese de sus manos un cuadro tan acabado. Cuya sutileza de arte, valentía de pincel, rara perfección y vislumbres de divinidad que aspira, aseguran fué traza del cielo, declarada por boca de la Virgen á su siervo, y mano superior la que guió los dedos del pintor para sacar á luz tan milagroso retrato, que los pintores más alentados no saben mirar sin pasmo. Pintóse en el Colegio de San Pablo, antes que hubiese Casa Profesa, y cuando la hubo fué la más rica alhaja que se llevaron del colegio los nuevos pobladores, con que adornaron el colateral de la parte izquierda de la iglesia que de emprestado acomodaron, y agora queda en la primera capilla después del brazo diestro del crucero de la nueva.»

Allí permaneció este sagrado lienzo, por Valencia toda venerado, hasta mucho tiempo después de la expulsión de los Jesuitas en 1769, y aun después de la matanza de los frailes en 1836. La revolución se ceba primero en las personas; pero á la larga tampoco perdona las cosas, aunque sean de gran mérito artístico. Se arrancó el famoso cuadro de su sitio natural, se llevó al Museo, luego á la parroquial iglesia de los Santos Juanes, más tarde á la iglesia de la Compañía otra vez, y en la actualidad preside una sala del Museo provincial de pinturas, mientras su verdadera y no hace mucho hermosa casa, sigue convertida en corral vergonzoso.

La imagen de María Purísima, se destaca efectivamente en este famoso lienzo de la manera y figura que queda dicho, al referir la aparición. Sobre cintas, arrolladas en sus extremos, campean las inscripciones siguientes. En torno de la paloma, que preside á la Trinidad Beatísima, dice: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*; y debajo de la media luna, sobre la cual apoya sus piés la Inmaculada: *Pulchra ut luna*. Á la derecha, de arriba abajo, al pié de los respectivos objetos simbólicos, artísticamente sobre nubes asentados, se lee: *Stella maris, Turris David, Speculum sine, Cypressus in*

Sion, Sicut liliun in Oliva speciosa, Puteus aquarum y Hortus conclusus. Á la izquierda, de arriba abajo también: Electa ut sol, Porta-Cæli, Plantatio rosa, Fons signatus, Sicut palma in G., Sicut cedrus y Civitas Dei. El Hijo apoya su mano diestra, en la cual ostenta la Cruz, sobre la cabeza de un ángel, y en el lado opuesto, como si le sirviera de sustentáculo, aparece otro por entre las nubes, sobre las cuales flota el Padre Eterno.

El conjunto deleita piadosamente, y arrebatada.

«Yo ví y adoré en Valencia, aunque indigno, repetidas veces esta sagrada imagen, refiere Palomino en su *Museo Pictórico*¹; y lo que puedo decir es que infunde suma reverencia; que está modestísima y hermosa, con una compostura y honestidad peregrina; pero sin aquellas bizarrias del arte que hoy practican algunos, tan ajenas de la gravedad y modestia de tan superior personaje, que más parecen figuras de farsa, volatines ó danzantes, que imágenes reverentes, modestas y sacras.»

No es de admirar esta diferencia. Recuérdese con cuánta diligencia se preparaba espiri-

¹ Tomo III, pág. 396.

tualmente Juanez, confesando y comulgando para pintar, y compárese esta disposición fervorosa con la que, por lo común, anima á nuestros modernos pintores. Á este propósito dice el autor antes citado: «Haga aquí reflexión el artífice cristiano con qué preparaciones se deben pintar ó esculpir las imágenes sagradas para lograr su debida perfección. Confusión grande de aquellos que, groseramente atrevidos, ponen la mano en tan sagrados simulacros sin más reflexión que un alfarero en la casualidad de sus vasijas, y muchos, hallándose en infeliz estado y en desgracia de Dios. ¡Oh bondad infinita y cuánto tienes que sufrir en nuestra miseria!...¹»

Por error tradicional se viene llamando *Juan de Juanes* al insigne pintor autor de esta Purísima. Aunque Fuente de la Higuera se atribuye este honor, se ignora dónde y cuándo nació; pero según su testamento recibido por Cristóbal Llorens, notario de Bocayrent, en 20 de Diciembre de 1579, su verdadero nombre era *Vicente Joanes*. En castellano indudablemente debe decirse Juanez, así como decimos Martínez, Pérez, etc. Casó con Jerónima Co-

¹ Tomo III, pág. 396.

mes, de la cual tuvo tres hijos, llamados Vicente, Dorotea y Margarita; y cargado de virtudes, de honores y de años, en 21 de Diciembre de 1579 murió en Bocayrent, donde á la sazón se hallaba pintando el retablo mayor de la iglesia.

El venerable Padre Martín, después de haber predicho con exactitud su muerte, falleció en el Señor y en la Casa Profesa de Valencia el día 1.º de Setiembre de 1596.

Tan grande fué la celebridad que, aun entre los contemporáneos, dió á Juanez su Purísima, que en las fiestas que celebró Valencia el año 1662 en aplauso y regocijo del decreto de Alejandro VII, expedido en 8 de Diciembre de 1661 en honor de la Concepción Inmaculada, se pintó una imagen de la Purísima, y al dorso un brazo con un pincel, como quien acaba de pintarla, en cuyo extremo decía:

FECIT.

Lema.

Et macula non est in te.

Letra.

No hallarás defecto en ella
Aunque en censurar te afanes,
Porque es de mano de Joanes.



EL NIÑO MISIONERO.

LA lógica práctica no es el fuerte de los revolucionarios: la inconsecuencia y hasta la contradicción inspira frecuentemente su conducta. Vociferan sin cesar contra la Religión y sus ministros, y buscan, para casarse, mujeres piadosas, *beatas*, como ellos dicen, y de frecuente trato con el altar y el confesonario. Si las tempestades demagógicas se desbordan, no se contentan con la policía y el ejército para encauzarlas de nuevo, sino que vuelven también los ojos impetrandó su auxilio al elemento moral, personificado en la Iglesia católica. Odian cordialmente á los Jesuitas y les

confían, no obstante, la educación de sus hijos. Contradicción tan monstruosa entre sus creencias y sus acciones, é inconsecuencia tan palmaria, se explican sólo notando que no hay firmeza en sus principios, ni convicción en su credo, ni valor en su conducta. Anida la *duda* en su conciencia y se curan en salud. Tales reflexiones me inspiró cierta historieta, casualmente llegada á mis oídos, y que para su gobierno y en confianza, por supuesto, voy á contar á mis lectores.

Pues, señor (y no va de cuento), era mi hombre un revolucionario de tomo y lomo, charlatán á lo sacamuelas, blasfemo como un carretero, irreligioso hasta el ateísmo, según él decía, clerófobo, impío, soez, cínico y rojo, en una palabra, tanto ó más que un pimiento riojano. Semejante aborto del infierno tenía, sin embargo, dos buenas cualidades, pues era buen marido y buen padre, como si dijéramos, un demonio fuera de su casa y un santo varón dentro. ¿Es esto posible? En absoluto, no: bajo cierto punto de vista, sí. La verdad es que estaba perdidamente enamorado de su mujer é hijo único, y como el amor ablanda tanto, la fiera no rugía en el hogar doméstico, reservando su coraje para los clubs, los ateneos y la prensa.

La mujer de nuestro héroe era cristiana ferviente y piadosa en alto grado, contraste que le hacía orar á todas horas por la conversión de su marido, mientras temblaba por la suerte de su hijo. Cristianamente educado fué el niño en el regazo materno hasta que cumplió los nueve años.

—Nuestro hijo está ya en edad de entrar en un colegio (dijo cierto día la mujer al marido).

—Tienes razón; pensemos en ello, que el asunto lo merece (contestó el demagogo).

—Lo he meditado mucho y tengo mi elección hecha: llevémosle al colegio de los Jesuitas.

—No... no me parece mal... (Aparte: el caso es que acabo de escribir un artículo furibundo contra la educación jesuítica).

—Me alegro de que apruebes mi proyecto.

—¡No faltaba más! Los Jesuitas tienen muy buenos profesores... buenos gabinetes... educan á los niños con finura y esmero... y sobre todo nuestro hijo trabará allí relaciones con los de las familias más aristocráticas de España. (Aparte: aunque soy demócrata, quisiera que mi hijo fuese príncipe).

No hubo más que hablar, y con escándalo de los demás pimientos riojanos de la población, el hijo del demagogo entró en el colegio de los Jesuitas.

Poco tiempo después tuvo lugar una asonada populachera contra los frailes, de esas que hoy día están en boga, y nuestro hombre, que iba ya perdiendo su reputación demagógica, cogió aquella oportunidad por los cabellos, y ante la plebe más escogida y con las mejores formas tribunicias de su repertorio, pronunció una arenga petrolera contra Papas, curas y frailes, que podía arder en un candil, sin necesidad de torcida. Quedó con esto quince codos encima de los más renombrados oradores; felicitáronle los clubs y las logias, le incensaron los gacetilleros y ocupáronse del asunto hasta los colegiales de los Jesuitas.

Reventando de satisfacción se presentó el orador en la sala de visitas del colegio. Hacía ya mucho tiempo que no había visto al colegial, y apenas le tuvo al alcance de sus brazos lo estrechó contra su pecho y medio se lo comió á besos. El chiquitín, en vez de corresponder gozoso á las caricias de su padre, se desasíó como pudo y rompió en amarguísimo llanto.

—¿Qué sucede, hijo mío, estás enfermo?

—No, señor... no, señor... no es eso...

—Pero ¿qué te pasa? ¿te han pegado los Padres?

—No, señor... no es eso...

—Pues ¿por qué lloras de esa manera? ¿no has sabido la lección?

—No, señor... tampoco es eso...

—Entonces ¿á qué fin desconsolarse de ese modo? ¿no estás contento en el colegio? Dímello; pero no llores, criatura; no llores... ¿Quieres volver á casa?

—No, señor... tampoco es eso...

—Pues ¿qué es?... Vamos, cuéntaselo á tu papá...

El niño enjugó sus lágrimas y entre pausas y gemidos dijo:

—Que... que yo no quiero que tú te condenes.

—¿Qué, qué dices?

—Que no quiero que te condenes.

—¿Y por qué me he de condenar yo, niño?

—Porque has dicho un sermón contra el Papa, los curas y los frailes, y estás excomulgado.

—¿Quién te ha contado esa música?... ¿los Padres?... ¡Farsantes!... Ya les enseñaré yo á representar comedias.

—Han sido Aranguren y Goicochea, que lo han oído contar á sus papás, y están castigados por haberme dicho *hijo de excomulgado*.

La indignación que las palabras del colegial

produjeron al pronto en su padre, se convirtió en malestar primero y en abatimiento grande después. Seguramente no hubiera sobrecogido tanto á nuestro demagogo una verdadera excomunión fulminada contra él por el Obispo vestido de pontifical. Y es que los instrumentos de la divina gracia son tan desconocidos como ingeniosos.

Porque han de saber mis lectores que aquel *niño misionero* tal efecto produjo con sus lágrimas y su candidez en el empedernido corazón y turbio entendimiento de su padre, que, con la gracia de Dios, tal vez consiga lo que no han podido lograr su esposa, los curas, ni los frailes.





LAS MALAS LECTURAS.

I.

DON HOMOBONO.—La tarde está excelente, Sr. Cura: deje usted en paz esos librotes y vámonos á paseo.

SR. CURA.—Como usted guste, amigo don Homobono: aun tenía que escribir unas cuartillas para la imprenta; pero lo dejaré para la noche.

H.—Siempre está V. escribiendo.

C.—¿Qué hacer, amigo mío? Todos escriben y escriben sin dar paz á la mano, ni permitirse momento de reposo, como si el mar se hubiera convertido en tinta, que es preciso consumir, y el hombre fuese un animal escritor.

No hay más remedio, pues, que tomar las cosas como vienen y combatir escrito con escrito y pluma con pluma.

H.—Para eso era preciso que todos supiésemos escribir.

C.—No todos saben; y sin embargo, se escribe como no se ha escrito nunca (me refiero á la cantidad, no á la calidad de los escritos); se escribe sin cesar, se imprime al vapor, y naturalmente, para que tenga salida tanto como se escribe é imprime, se lee con verdadero frenesí. La *monomanía de la lectura* es una de las enfermedades epidémicas de la presente edad. Libros, folletos, periódicos, revistas, entregas, hojas sueltas, carteles, anuncios, esquelas, tarjetas, en confuso y vocinglero tropel y, semejantes á caudaloso río que fuera de madre todo lo inunda, encenaga y destruye, salen á todas horas de las imprentas, se esparcen por los cuatro vientos y sepultan á la humanidad bajo letras de molde.

H.—Mejor; un pueblo cuanto más lee, más se ilustra, más sabe, y es, por lo tanto, más feliz.

C.—No opinaba así el ilustre Balmes, que para la adquisición de la ciencia, en vez de mucha lectura, aconsejaba *non multa sed multum*,

no muchas cosas, no leer mucho, sino mucho estudio, mucha meditación, y cuentan que practicó admirablemente su propio consejo, dedicando más tiempo á la meditación de lo leído que á la lectura misma. En verdad que el fruto por el filósofo catalán logrado no ha de desalentar á nadie.

H.—Se me antoja que la lectura, por mucha y variada que sea, no puede hacer daño.

C.—Pocas son las cabezas organizadas tan vigorosamente como se necesita para que semejante atracón no se les indigeste; y aun, esto conseguido, tales sempiternos lectores llegan á ser eruditos, pero rara vez sabios. No es éste el camino recto y seguro para alcanzar el saber. La generalidad, con tanta lectura, hacen de sus inteligencias verdaderas ollas de grillos, donde todo sucumbe, quedando á lo sumo á flote una pedantería tan infundada como insufrible.

H.—¿Cree usted, acaso, que *todo* no puede leerse?

C.—Está claro: afirmar que todo puede leerse sería lo mismo que decir, que todo puede comerse, incluso los venenos más activos y los comestibles más perjudiciales al estómago. El alimento natural y propio de la inteligencia es

la verdad; por lo tanto, todo escrito que contenga algún error ó mentira, debe arrojarse inmediatamente al fuego, como se aparta y se destruye toda sustancia nociva y peligrosa.

H.—Pero, santo varón, ¿cree V. posible, ni verosímil siquiera, que haya quien se gaste el dinero para estampar en letras de molde errores perniciosos ó falsedades mayúsculas?

C.—Por desgracia los hechos hablan más elocuentemente que todas las consideraciones: los malos impresos están perdiendo al mundo.

H.—No comprendo, pues, quién ni para qué divulga esos impresos malditos. Tan increíble me parece eso como si me dijese V. que la mayor parte de los vendedores expenden comestibles envenenados.

C.—Por lo visto, amigo mío, V. no vive en el mundo, sino en el limbo. El espíritu del mal ha procurado siempre sacar todo el partido posible de los grandes inventos, y aunque las primeras imprentas se emplearon en reproducir la Sagrada Escritura, el ingenioso descubrimiento de Guttenberg es hoy el medio más formidable de que se sirve el príncipe de las tinieblas para la perdición de la sociedad.

H.—Como yo leo poco...

C.—Ya se conoce.

H.—Y diga V. ¿Hay alguna regla sencilla y segura para preservarse de los malos impresos?

C.—Sí, señor; no lea V., ni permita leer ninguno que no lleve la correspondiente licencia y aprobación de la autoridad eclesiástica.

H.—Perfectamente; pero así me expongo á no leer muchas cosas buenas, cuyos autores no han querido tomarse la molestia de someter sus libros á la censura eclesiástica.

C.—Los escritores que de católicos se precian cumplen siempre que pueden con este requisito, para todos obligatorio; de manera que poco ó nada va á perder V. absteniéndose de leer los no aprobados.

H.—Perdone V. mi curiosidad, pero quisiera yo saber por qué no conviene leer todo lo que se publica.

C.—Por la misma razón que no debe uno comerse todo lo comestible.

H.—Cuanto más se come, más se engorda.

C.—Según y conforme: puede uno comer tanto que revienta.

H.—Vamos, quiero decir, con tal que lo lleve el estómago.

C.—Muy bien dicho: para que la lectura sea provechosa, necesario es también que la lleve la cabeza. ¿Comprende V.?

H.—Algo; pero quisiera me aclarase V. ese punto.

C.—Ya es tarde, amigo D. Homobono: si usted no dispone otra cosa lo dejaremos para mañana.

H.—Perfectamente, Sr. Cura: prometo recordarle á V. la conversación.

II.

H.—Hablabamos ayer de los malos libros.

C.—Amigo mío, los malos libros se publican á millares y tan eficaz y deletérea es su influencia, que las aberraciones más monstruosas y las ideas más disolventes se apoderan sin sentir del ánimo de la generalidad. El santo y seña de todas las sectas revolucionarias puede condensarse, hoy día, en la incompatibilidad que suponen existe entre la Religión y la ciencia. El desventurado Draper, en su reciente obra titulada: *Historia del Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, ha tenido el triste honor de exponer desvergonzadamente el pensamiento, recogiendo y compilando en su libro todas las calumnias y sandeces inventadas contra la sacrosanta Religión verdadera. No es difícil refutarle, pe-

gándole un revolcón mayúsculo, como sin dejarle hueso sano lo han hecho brillantemente la *Civiltá Cattólica*, que como todos saben es la mejor revista del mundo y el Rdo. P. Fr. Tomás Cámara; pero entre tanto el libro ha sido traducido al español, se vende á bajo precio ó se regala, y corre de mano en mano, entre los jóvenes sobre todo, trastornando sus tiernas inteligencias y envenenando sus sencillos corazones. ¡Pecado horrible el que cometen esos profesores, que en vez de enseñar la verdad, divulgan la irreligión y la mentira! Sus obras malditas merecen ser quemadas en las plazas públicas por mano del verdugo, como se hacía en otros tiempos.

H.—No será tanto, Sr. Cura.

C.—Créame V., don Homobono, no hay verdad, por sagrada que sea, ni principio, por fundamental que se le considere, que no haya sido combatido por los malos libros. Niegan unos el orden sobrenatural, y por ende la existencia de Dios, del cielo, del infierno, de la vida futura, de las penas, de la gloria; la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por lo tanto las prácticas y dogmas todos del Cristianismo, la celestial misión de la Iglesia católica, nuestra madre, y el carácter sagrado de sus minis-

tros; la revelación, los sacramentos, los milagros, etc., etc. Equiparan otros la excelente naturaleza racional del hombre á la del bruto más grosero, considerándole: éste (Darwin) primo hermano de los monos antropomorfos, y descendientes todos del primato; aquél (Lamarck) hijo del orangután, del chimpancé ó del macaco; el de más allá, foca transformada; algunos murciélago perfeccionado, y no falta por último quien (Mr. Durant) sostiene muy serio que nuestro único é ilustre antepasado es á todas luces la tortuga de mar. La emprenden muchos con las Sagradas Letras, especialmente con el Génesis; niegan la creación mosaica y lo explican todo perfectamente con millones de billones de siglos, cuyas huellas, más claras que la luz del día, estampadas están en las diferentes capas terrestres, por más que los ciegos de espíritu, como nosotros, nos empeñamos en no verlas. Tratan algunos de la ciencia filológica, y demuestran, como dos y dos son cuatro, que los salmos de David, por ejemplo, ni son salmos, ni son de David. Empéñanse otros en dar la razón al que dijo que la historia moderna es una conspiración permanente contra la verdad, y amontonan falsedades y calumnias contra los héroes del Cristianismo, los Papas,

los reyes piadosos, la Inquisición, los Jesuitas, las órdenes monásticas y cuanto hay de más sagrado para el católico y más digno de respeto para el hombre imparcial y sensato. Empuñan no pocos la piqueta reformadora y socialista, y la emprenden con la autoridad, colocando el origen del poder en la ignorancia y costumbres tabernarias de las muchedumbres; con la familia, degradando el matrimonio y proclamando el amor libre; con la propiedad, asegurando que es un robo; con el trabajo, diciendo que es humillante, y con la pobreza, sosteniendo que es el mayor mal que pesa sobre el hombre, por lo que nadie debe tolerarla ni sufrirla. Afirman los más osados, pero.... ¿para qué seguir?....

H.—No es posible tanta iniquidad: exagera usted la situación.

C.—No, señor; no exagero. Por desgracia es tan cierto lo que digo, que me atrevo á formular mi pensamiento de la manera siguiente: las cuatro quintas partes de los libros puestos á la venta, si no son claramente heréticos, al menos saben....

H.—Pero ¿á qué saben?

C.—A herejía, impiedad, irreligión, materialismo, sensualismo, racionalismo, increduli-

dad, protestantismo, espiritismo, mormonismo, ateismo, indiferentismo y.... á todos los pecados capitales, en una palabra.

H.—Pero, señor, entónces no se puede coger un libro en las manos.

C.—Algo hay de eso: no se deben leer más libros que los aprobados previamente por la autoridad eclesiástica.

H.—Y si se hace así, no se puede alternar en sociedad con ninguna persona ilustrada.

C.—Falso: la verdadera ilustración y la ciencia verdadera son hijas legítimas de la Iglesia nuestra madre.

H.—Pero vamos á ver: ¿qué inconveniente hay, por ejemplo, en que lea yo todos esos libros nuevos que ha dicho V. se publican diariamente, no para darles crédito, no señor, ¡Dios me libre! sino únicamente para saber lo que se escribe y nada más?

C.—Uno gravísimo: *que el que no teme el peligro, en él perece.*

H.—¡Bah! ¿cree V. que yo soy tan bobo que todo me lo trago?

C.—No, señor, no creo semejante cosa. Pero dígame V., ¿sabe V. de veras, ó lo que es lo mismo, conoce V. á fondo la teología, la filosofía, la antropología, la geología, la fisiolo-

gía, la anatomía, la astronomía, la filología, la geografía, la historia, la hermenéutica, la patrología, la arqueología, y mil ciencias más, necesarias para la cabal inteligencia de los libros que hoy se publican?

H.—No, señor; ni siquiera sé lo que significan muchos de esos nombres.

C.—Entonces no se exponga V. sin necesidad, pues de seguro perecería V. Para leer ciertos libros sin peligro de seducción, se necesitan conocimientos profundos en la materia de que el libro trata, y no todos tienen obligación de poseerlos. Vea V., pues, cómo un mismo manjar puede ser inofensivo para unos y verdadero tósigo para otros. Por eso la Iglesia, madre prudentísima, prohíbe á todos en general la lectura de malos libros; pero autoriza á los que reúnen ciertas condiciones para que, no solamente los lean, sino también los estudien y combatan.

H.—Me convenzo, tiene V. razón; pero ¿cómo sabré yo qué libros están prohibidos y no debo leer, por lo tanto?

C.—La sagrada Congregación del Indice tiene ya formado un voluminoso catálogo de libros prohibidos, pero como por lo mucho que se publica no es posible que todos los libros

malos estén incluidos en dicho Índice, ni tampoco les es fácil á todos adquirirlo, yo le aconsejaría á V. que no leyese ni permitiese leer más libros que los terminantemente *aprobados*, de palabra ó por escrito, por la autoridad eclesiástica. Generalmente los buenos libros llevan la aprobación en su primera página.

H.—Así lo haré; pero ¿y los periódicos?

C.—Trataremos de ellos otro día.

III.

C.—La lectura de libros malos causa daños grandes; pero la lectura de malos periódicos los produce infinitamente mayores. El libro, tanto por su coste, como porque la ciencia no está al alcance de todos, tiene una limitada esfera de acción. El periódico, por el contrario, lo invade todo, sin que haya fortuna para la cual sea gravoso, ni entendimiento que no lo comprenda, ni calle que no recorra vociferando, ni casa, por último, donde no penetre, aunque sea por debajo de la puerta. La acción que el libro ejerce sobre las inteligencias es intermitente: los libros perversos, que alcanzan verdadera popularidad y se ven, por lo tanto, en po-

der de todos los que saben leer, aparecen de tiempo en tiempo. En cambio el periódico es comunmente diario, sin exceptuar ni siquiera los días festivos, y viene á nuestras manos por la mañana, por la tarde, por la noche y á todas horas; y sabido es aquel aforismo: *Gutta cavat lapidem, non vi sed sæpe cadendo*. Y efectivamente, el suscriptor ó lector asíduo de un periódico malo, aunque empiece á leerlo con repugnancia ó poca afición, concluye por identificarse con él, renunciando al criterio propio y buscando la solución de todas las cuestiones en aquellas interminables columnas, á las que el lector se habitúa, pues el hombre se acostumbra á todo, y á las que con el tiempo llega á tomar verdadero cariño. Es muy cómodo no calentarse para nada los cascos, quedando todo reducido á una ligera consulta con este oficioso amigo que tiene la amabilidad de visitarnos diariamente y casi gratis da tono á nuestros pensamientos y norma á nuestra conducta. Ésta es la más segura y perniciosa influencia de los malos periódicos. No se escriben libros para toda clase de gustos; al paso que los periódicos han apurado el diabólico arte de la seducción. La monotonía del libro, dedicado al desarrollo de una idea, es pesada y hasta insufrible para la mayor par-

te; la enciclopédica variedad del periódico lo hace ameno y manjar á propósito para toda clase de estómagos. En esta vida febril, al vapor, que ahora hacemos, no todos tienen el tiempo necesario para leer libros; pero todos disponen de los minutos indispensables para leer periódicos. Podemos, pues, asegurar que el siglo XIX no solamente es lector, sino con preferencia, *lector de periódicos*.

H.—Vea V., yo que creía que la lectura de periódicos era conveniente, ó cuando menos inofensiva.

C.—Nada de eso, amigo mío: generalmente hablando, los periódicos son la calamidad mayor que pesa sobre las sociedades modernas.

H.—Por lo visto V. es partidario de aquellos tiempos ominosos en que no se publicaba mas que el periódico oficial.

C.—Yo soy partidario de que se publique todo lo bueno que se quiera, pero nada malo: á la prensa periódica le concedería libertad absoluta para el bien, pero mordaza férrea para el mal.

H.—Vaya, que no es tan feo el lobo como á usted le parece. Los periódicos no se cuidan más que de su propaganda política, sin meterse en otras honduras.

C.—Prescindiendo de que las políticas hoy en boga son racionalistas, irreligiosas, impías, anticristianas, en una palabra, lo que V. afirma no es cierto. En tales honduras se meten los periódicos, que, por medio de artículos serios algunas veces, y con noticias calumniosas, chanzas irreverentes, anécdotas picantes y sueltos intencionados, siempre, socavan poco á poco los fundamentos sociales y forman esas muchedumbres incrédulas y demagógicas, que Dios destina, sin duda, para castigo terrible y no lejano de las naciones prevaricadoras.

H.—Me parece que tiene V. una propensión irresistible á exagerarlo todo. ¿Pueden darse papeles más inofensivos que los periódicos noticieros?

C.—¿Los lee V.?

H.—Sí, señor: me gasto todos los días dos cuartos comprando uno cualquiera de ellos, y en Madrid lo leo apenas me meto en la cama, y en mi pueblo apenas me levanto, entre sorbo y sorbo de chocolate. Le digo á V. con ingenuidad, que ni cojería el sueño, ni me sentaría bien el chocolate sin el periódico en la mano.

C.—Pues imagínese V. que toma por las noches ópio, y por las mañanas dos jícaras, una de chocolate y otra de veneno.

H.—Pero ¿por qué, señor mío, por qué?

C.—Porque la mayor parte de esas noticias, de esos sueltos sin atar, tan mal escritos como perversamente pensados, ó son políticos, pero de mala política, ó son ataques más ó menos embozados al Catolicismo.

H.—Le aseguro á V. que yo no he leído nada....

C.—¿No leyó V. lo del diablo encarnado de Cervera, ni la crucifixión de aquel niño en Cápuá, ni nada respecto al proceso Lambertini-Antonelli?

H.—Sí, señor; pero ¿qué le va V. á hacer? Nada hay más sagrado que un hecho.

C.—Ni nada más infame que una calumnia. Si se suprimiese todo periódico que publica una sola vez una calumnia, pronto volveríamos á los ominosos tiempos de que me hablaba usted antes.

H.—Pero, hombre, y ¿todos los periódicos son malos?

C.—La mayor parte.

H.—¿Qué hacer, pues, para distinguirlos?

C.—Ya que la índole del periódico no se presta á que diariamente lo censure y apruebe la autoridad eclesiástica, conviene evitar la lectura de todos aquellos que, como ha dicho el

ilustre Obispo de Plasencia, hacen alarde de *liberalismo*, aun después de haber sido condenado por la Iglesia; ponen en las nubes á todas horas eso que los modernos llaman *progreso* y *civilización* y que, en realidad, merece únicamente el nombre de *retroceso á la barbarie*; llaman á los católicos *neos*, *ultramontanos*, *oscurantistas*, *fanáticos*, *exagerados*, *intransigentes* y les aplican otros mote de este jaez; juzgan y censuran á los Obispos; hacen la tirada de sus números en días festivos; publican en confusa mezcolanza, trabajos excelentes de autores católicos al lado de artículos impíos, racionalistas, escépticos, etc., y no tienen, por último, el valor y franqueza de titularse á sí mismos periódicos *católicos*.

H.—¿Y será esto bastante?

C.—Hoy por hoy, sí; pues el dicho calificativo es un sambenito, del cual huyen como de la peste los sectarios todos.

H.—¿Y los semanarios ilustrados?

C.—Estas revistas, exceptuando las católicas, por lo común son enciclopédicas; lo acogen todo en sus columnas, pero predomina en ellas lo malo, pues los escritores católicos se abstienen prudentemente de escribir en tales revistas, para que al amparo de sus firmas de buena ley no

circule la moneda falsa. Que imiten, pues, los lectores la conducta de los escritores.

H.—Los grabados, al menos, son inocentes y artísticos.

C.—No siempre: las cosas más santas son á veces objeto de indignas caricaturas.

H.—Convengo en parte con V., pero veo muy difícil que, viviendo en sociedad, pueda uno preservarse de las malas lecturas.

C.—No tanto, como veremos mañana, si quiere V. que terminemos este importante asunto.

H.—No deseo otra cosa, Sr. Cura.

IV.

C.—Verdaderamente es difícil abstenerse de malas lecturas viviendo, como vivimos, rodeados de una plaga de libros, folletos, periódicos y toda clase de impresos malos; pero no es absolutamente imposible evitar las enfermedades contagiosas y hasta la misma peste. Ante todo, necesario es al efecto implorar el auxilio de la divina gracia para que no nos seduzcan y dominen aquellas torcidas tendencias adquiridas en el Paraiso terrenal por la desobediencia.

cia de nuestros primeros padres. Nunca debe empezar el hombre ninguna buena obra sin impetrar antes la protección de lo alto. Así lo han entendido y empiezan á practicarlo nuestros hermanos en Jesucristo los católicos italianos, reunidos en el cuarto Congreso católico de Bérgamo. Entre otros acuerdos importantísimos, hé aquí los cinco tomados con el título de «Obra de San Roque» contra la peste de las lecturas perniciosas:

I. Cualquiera puede pertenecer á la Obra de San Roque contra la peste de las malas lecturas.

II. Las congregaciones y asociaciones católicas quedan invitadas para inscribir en ellas á sus individuos.

III. La fórmula de inscripción será la siguiente: «Prometo abstenerme de la lectura de los periódicos malos y de toda publicación irreligiosa é inmoral, á excepción de los casos en que hubiere necesidad reconocida por la autoridad eclesiástica.»

IV. A todos los miembros de la Sociedad se distribuirá un diploma con la siguiente jaculatoria: «Por la intercesión de San Roque, libradnos, Señor, de la peste de las malas lecturas.»

V. Esta sociedad ha sido fundada por el Congreso de Bérgamo á semejanza de otras

análogas fundadas en Inglaterra contra otros vicios por el P. Mathieu.

H.—Me gusta dicha sociedad; pero me parece algo fuerte eso de titularla *Obra de San Roque* ó de llamar *peste* á la lectura.

C.—No lo crea V. Feliz sobremanera ha sido el pensamiento de poner la sociedad contra las malas lecturas bajo la advocación y amparo de San Roque, abogado contra la peste. ¡Qué mayor peste que los malos impresos! Excelente intercesor para obtener del Altísimo la curación de esta nueva enfermedad contagiosa. Reconocida la oportunidad de la idea y la conveniencia de la obra, estamos en el caso de fundarla y propagarla entre nosotros. Agrúpense, pues, asóciense todos los escritores católicos, directores y redactores de las buenas publicaciones, que tras ellos vendrán los suscritores y lectores todos, formando numeroso y valiente escuadrón, que mate con su desdén perseverante la prensa impía. No será este resultado grandioso obra de un día, pero en estas materias *querer es poder*. Quieran, pues, de veras los católicos suprimir las malas lecturas, y lo demás lo hará Dios por medio de su principal agente, el tiempo.

H.—Perdone V., Sr. Cura; pero yo quisiera

que, además de la obra de San Roque, que probablemente no se planteará entre nosotros, me diese V. algunos consejos prácticos y de fácil ejecución para librarme de esa que V. llama *peste mortífera*.

C.—La piadosa y firme resolución de no dedicarse á malas lecturas se puede completar por los siguientes medios indirectos:

1.º No comprando ningún libro, folleto, periódico ú hoja volante, cuya publicación no haya permitido la autoridad eclesiástica, y entendiéndose para todo exclusivamente con los libreros católicos. Se fomenta y protege de esta manera el comercio de libros buenos, y se retira todo apoyo á esos lujosos bazares de libros venenosos. Los dos cuartos que gastan algunos diariamente en papeluchos callejeros, depositados en una alcancía, producirían anualmente una cantidad no despreciable, que se podría invertir con gran fruto en la propaganda católica. ¿No gastan millones los protestantes en la propaganda del error? ¿Por qué no hemos de gastar, pues, los católicos algunos reales en propagar la verdad?

2.º No suscribiéndonos ni permitiendo suscribir á nuestras familias, deudos y subordinados á ninguna publicación perniciosa.

3.º Contribuyendo todos, cada cual según su fortuna, al sostenimiento progresivo de las publicaciones católicas.

4.º Desacreditando por medios lícitos, esto es, siempre con la verdad en la mano, las publicaciones malas.

5.º Demandando inmediatamente ante los tribunales de injuria y calumnia á todo el que utilice tan viles armas contra la verdad, la Religión y las personas, instituciones y cosas sagradas.

6.º Publicando ó favoreciendo la publicación de refutaciones contundentes de los escritos más cacareados en el campo impío.

7.º Sin faltar á la caridad, que debemos al prójimo, prescindiendo en nuestros escritos de los comedimientos y consideraciones que á nosotros se nos niegan.

8.º y último. Ahogando el mal, en una palabra, prohibiéndole y reprobándole, con la abundancia del bien. Convendrá al efecto divulgar entre nuestros amigos y conocidos, aunque sea gratis, los buenos impresos; crear bibliotecas parroquiales, y, si fuese posible, buenas lecturas públicas, moralizadoras, pero amenas y gratuitas, que entretengan al pobre pueblo y le aparten de la taberna, del cafetín ó del casino, y por ende de las malas lecturas.

A muchas más consideraciones se presta asunto tan importante y de oportunidad tanta; pero no es hombre D. Homobono que guste de extensos, razonados y eruditos discursos, por lo cual dió el Sr. Cura por terminados estos diálogos y por suficientemente discutido el asunto.





APUNTES SOBRE FERNÁN CABALLERO.



FERNÁN Caballero, el eminente novelista español, ha muerto¹. La literatura nacional está de luto; y sin embargo... no viste tocas negras. Altos problemas sociales, acontecimientos de importancia suma preocupan, tal vez, los ánimos. Verdad es que el toro Lagartijo ha maltratado inhumanamente al torero Frascuelo; y los aristócratas, los banqueros, los altos funcionarios, los políticos, los periodistas, los ganaderos y el cultísimo pueblo todo de la villa y corte se deben, ante todo, á

¹ Se escribió este artículo en Abril de 1877.

su patria, y por ende al arte taurómico, en la persona de su actual famoso representante el diestro herido. ¿No están pues perfectamente justificados aquella indiferencia y olvido? Razón tienen ustedes, señores. Esto prescindiendo de que sería un contrasentido, que tan noble sociedad se preocupase por la muerte de un literato, novelista por más señas, católico por añadidura, y que ha tenido el atrevimiento, por último, en su preciosísima *Gaviota*, de criticar duramente las corridas de toros y hasta... (¡oh escándalo!) á los toreros majetones y desalmados como Pepe Vera. ¿Tenemos algo que ver nosotros con semejante escritorzuelo zascandil? Ustedes perdonen, caballeros chulos, que ya me voy con la música á otra parte.

.

Todos saben que Fernán Caballero era el pseudónimo ó mote de guerra, usado en las literarias lides, por doña Cecilia Bolh de Faber, de origen alemán, pero andaluza por carácter y nacimiento. «Su padre, comerciante de Hamburgo, hombre de ingenio ameno, vino á España hace muchos años y fué, en Cádiz, cónsul de su ciudad natal. Allí tuvo de su última esposa á nuestra célebre novelista, que, muy joven todavía, casó con el marqués de Arco

»Hermoso y luego con D. Antonio Arrón, cónsul de España en Australia¹.» Viuda por segunda vez, aminoraba sus penas escribiendo y ofreciendo partos al mundo, que como diría Cervantes, le han colmado de maravilla y contento. La gloriosa setembrina de 1868 contristó su ánimo hasta el punto de ahogar la voz en su garganta. «Desde la terrible algazara de impiedades (escribía en 6 de Febrero de 1874 al Director de *La Civilización* D. José María Carulla), groseros insultos, burlas indecentes á todo lo más respetable que se ha levantado, me asusté, encogí, y me retiré á mi rincón, sin ánimo para nada, sino para sentir. Así es que mi tintero se ha secado, y mis plumas se han enmohecido; no he podido ni concluir una novelita ó cuadro de costumbres que tenía empezado para mandarlo á una persona á la que se lo había prometido.» En los últimos años de su vida ocupábase constantemente en ejercicios de piedad. Cuando ya no tenía vista para otras labores, hacía media para socorrer á los pobres. Rodeada frecuentemente de un escogido círculo de amigas, compartía con ellas sus oraciones y sus lecturas. El que esto escribe con-

¹ Varios periódicos de Madrid.

serva en su poder, con respetuoso aprecio, algunos autógrafos del escritor ilustre. Hablando de la enfermedad que por entónces le aquejaba, me escribió en 24 de Febrero de 1874: *Si esta repetición de calenturas fuese un mensajero de la muerte, las recibiría con el placer que se reciben las golondrinas; pero no lo son (al menos inmediato) y sí creo que mi estado es el del gusano en su capullo, ni muerto, ni vivo, hasta que la mariposa tome su vuelo hacia el cielo. Nada puedo hacer, ni salir, ni andar, ni escribir; pero, por fortuna puedo leer.* Su presentimiento no era infundado; la bella mariposa de su alma suspiraba por más floridas regiones; se agravó su estado; recibió fervorosamente los últimos Sacramentos; lavó su conciencia en las cristalinas penitenciales aguas; hizo los preparativos para emprender el último pavoroso viaje, recibiendo el santo Viático y la Extremaunción santa, y el día 7 de Abril de 1877, en Sevilla, y á los 80 años de edad, murió en el Señor. ¡Dios recompense en las celestes mansiones el mucho bien que, durante tan larga vida, ha hecho!

No teniendo en mi poder la colección completa, difícil será indicar los títulos todos de sus obras. Las principales son las siguientes: La Gaviota, Clemencia, La Familia de Alvareda,

Lágrimas, Élia ó la España treinta años há, El último consuelo, La Noche de Navidad, Callar en vida y perdonar en muerte, Justa y Rufina, Más largo es el tiempo que la fortuna, No transige la conciencia, La Flor de las ruinas, El Exvoto, Los Dos Amigos, La Hija del Sol, La Estrella de Vandalia, Vulgaridad y Nobleza, Simón Verde, Más honor que honores, Lucas García, Obrar bien..... que Dios es Dios, El dolor es una agonía sin muerte, Cuentos y poesías populares andaluces, Una en otra, Un servilón y un liberalito, Con mal y con bien á los tuyos te ten, ¡Pobre Dolores!, La Farisea, Las Dos Gracias, Deudas Pagadas, Dicha y Suerte, Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen, El Eddistone, Una Excursión á Waterlloo, Aquisgrán, Episodio de un viaje á Carmona, El vendedor de tagarninas, Una Madre, Un Naufragio, Una visita al convento de Santa Inés de Sevilla, La Catedral de Sevilla en una tarde de Carnaval, Un verano en Bornos, Cosa cumplida... sólo en la otra vida, Lady Virginia, y un estudio sobre la Mitología griega y romana. De todas estas novelas y cuadros de costumbres, relaciones, cuentos, artículos y poesías se han hecho numerosas ediciones y la mayor parte se han traducido á casi todas las lenguas de Europa.

Con razón aseguraba uno de nuestros más distinguidos literatos, cuando apareció *La Gaviota*, que «era esta novela el primer albor de un hermoso día, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñiría las sienes de un Walter Scott español.» Cumplióse el vaticinio: la corona poética de nuestro gran novelista enriquecida queda con mil y mil florones, que nadie será osado arrebatarse de las sienes de Fernán Caballero.

En tan solemnes honras fúnebres quisiera, agradecido, hacer su elogio; pero ¡ay! que en vano busco colores brillantes en mi paleta, ni inspiración en mi pincel. Con flores ajenas tejeré pues una corona, que el último de sus admiradores tendrá el honor de depositar en su sepulcro. Me consta que nunca pretendió puesto alguno en el templo de la Fama; escribía *como canta el pájaro, sin cuidarse de ser oído*; y me dijo en una de sus cartas: *Sólo dos aprobaciones tiene el escritor que anhelar, la de su conciencia y la de las gentes virtuosas y honradas. Éstas ni mueven ruido, ni tejen coronas, pero procuran al escritor la más dulce de las ventajas, la de no tener nunca que arrepentirse, ni sonrojarse de lo que ha escrito.*

Esto no obstante, Cecilia Bolh, educada por

su padre con exquisito esmero, adornada estaba de condiciones para hacer famoso su nombre, como sin ella quererlo, ha sucedido. Conocía profundamente el latín y hablaba con facilidad admirable el italiano, el francés y el alemán. Su erudición era inmensa: difícilmente se encontrará otro autor moderno en el que tanto abunden las citas y pensamientos de escritores eminentes. Dominaba no sólo la literatura patria, sino la europea. Conocía el Evangelio á fondo y éste era el manantial purísimo é inagotable de sus lucubraciones filosóficas. Con paciencia sin igual, estudió minuciosamente las costumbres andaluzas, y á este género, modesto, pero nada fácil, pertenecían la mayor parte de sus novelas, cuadros y relaciones.

En un sólo artículo es imposible ni apuntar siquiera los argumentos de sus principales obras. Me concretaré, por la tanto, á hacer la defensa y elogio de su autor ilustre.

Católico entusiasta, Fernán Caballero tuvo siempre su pluma, ante todo y sobre todo, al servicio de la Iglesia nuestra madre. Éste, para nosotros, gloriosísimo timbre es, para los revolucionarios, hasta para los que reconocen su mérito literario, lunar que todo lo afea y desvirtúa. Después de merecidos elogios añade *El*

Imparcial: Pero... «no ha pintado siempre con
 »fidelidad; porque ha pintado para propagar y
 »combatir... Menospreciaba la España de nues-
 »tros tiempos, y no veía fuera de lo antiguo
 »mas que vanidad y miseria y corrupción.
 »Como dice de ella un escritor italiano, no
 »perdonaba nada de cuanto se había hecho en
 »el mundo desde los tiempos de la Inquisición.
 »Y era, en cuanto á ésto, más inexorable que
 »el *Syllabus*.» Años hace que ciertos literatos
 dieron en llamar á Fernán Caballero y á los de
 su escuela *falsificadores* de costumbres. No falta
 tampoco quien los acusó de «haber hecho de
 »España una Arcadia á lo místico y á lo devoto,
 »que la civilización extraña no podrá sino co-
 »rromper ó viciar,» añadiendo: *Es imponderable*
la fuerza que saca de estos extravíos el partido abso-
lutista. No me constan las opiniones políticas
 de Fernán Caballero; pero todos saben que
 vivía en el Alcázar de Sevilla y que ha estado
 siempre en cordialísimas relaciones con la
 rama reinante, la cual le tributó en su en-
 tierro honrosísima prueba de merecido afecto.
 Al cargo de falsificador contesté tiempo há en
 un librejo mio¹ diciendo: Al autor de *La Ga-*

¹ Costumbres populares de la Sierra de Albarracín.

viota le enamora y fascina lo bueno, como á la generalidad de los hombres nos atrae y subyuga lo malo. Y tan grande es su amor al bien, que se desoja por encontrarlo en la sociedad; lo sublima después hasta las nubes, lo poetiza y encarece con tanta maestría, con calor tanto, que el que lee sus obras no puede menos de amarle como Fernán le ama. Ésta es su pasión favorita, y *sin embargo*, tributa también el debido culto á la verdad y á la belleza. Su sentimiento y gusto estético son altamente delicados, y su pincel, en vez de inventar, casi siempre *copia*. El manantial inagotable de sus inspiraciones es el pueblo español (el andaluz con preferencia), tan fielmente reproducido en sus obras, que no hay más remedio que no leerlas ó encontrarse con caracteres, con tipos, tratados hasta familiarmente en el mundo real. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, en la anciana tía María de *La Gaviota*, en el cándido Fr. Gabriel, en el rudo pescador, en Momo, en su padre Manuel Alerza, en D. Modesto Guerrero, etc., quién no recuerda personas á las que ha conocido y con quienes, tal vez, vive en la misma aldea ó bajo el mismo techo? Por mi parte aseguro al incrédulo, que quiera cerciorarse de esta verdad, que sin salir del pueblo en que escribo (y eso

que por pertenecer á Aragón tiene que diferenciarse de las aldeas andaluzas) puede conversar, si gusta, con media docena de ancianas como la tía María, con Momos albarracineses y Pedros Santaló labradores, no marineros, que en Vallehermoso no se conocen más aguas que las de sus fuentes y las de su río Blanco, Guadalaviar en árabe.

Respecto á si Fernán *inventa* sus coplas, cuentos y relaciones, bastará con que generosamente regale á sus Aristarcos lo siguiente: Conocidos son en toda esta Serranía (la de Albarracín) *Los Mayos*, especie de romance en el que el galán poéticamente describe las facciones de su amada. La tradición se ha encargado de conservarle. Persuadido de que yo era el primero que recogía esta perla preciosa de la poesía popular, llamé al único mozo que recuerda por completo el largo romance, lo recitó y con fruición lo copié en mi prontuario. Más adelante, leyendo la ingeniosa relación de Fernán Caballero *Callar en vida y perdonar en muerte*, topé en la página 22 con *El Retrato* que, con ligerísimas diferencias, no es ni más ni menos que Los Mayos de mi país. Entónces lo sentí, soy franco: ahora celebro poder utilizar el hecho en pro de la nunca desmentida *veracidad* de Fernán.

Se ha acusado también á nuestro novelista insigne de «desplegar en sus producciones una »*sensiblería* empalagosa y simplona que jamás »(dicen los Zoilos) ha sido prenda ni rasgo del »carácter español, que se pretende retratar.» En 24 de Mayo de 1871 me escribía Fernán Caballero á este propósito: *Me es completamente indiferente la crítica que se hace de mis escritos, y más que la crítica me fatiga y apura el elogio. Si la crítica es meramente literaria, la creo muy merecida, porque en ese sentido no tengo ningún género de pretensiones: siendo justa la crítica, de ninguna manera me incomoda. En cuanto á principios ó ideas, como estoy en lo firme, tampoco me incomodan los tiros de la impiedad embozada ó desembozada, antes bien me honran. Uno de los más distinguidos sabios de Alemania ha dicho en un artículo sobre mis escritos: “Fernán Caballero nos ha hecho amar á la España”, y aquí hay quien dice, ridiculizándolos, que hago sentimental al pueblo español, que no lo es. Recuerdo, con tal motivo, estas líneas de mi relación “Más largo es el tiempo que la fortuna.” Dicen: «el tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres, común en España, que tienen una »impasibilidad completa, que ni altera el temor, ni »perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razón, y no por confusa*

»aglomeración de sensaciones, las que anticipan los
 »hechos y los abultan.» Me parece que no se puede
 expresar mejor la falta de sensiblería. Ahora, si al
 apasionado cariño de las madres á sus hijos, al
 profundo amor de los amantes se les da ese nombre,
 entonces, como dice usted muy bien, no ha estudia-
 do el que lo dice al pueblo español mas que en la
 corrompida hez de una capital. Por ser auténtica
 me parece ésta la mejor y más oportuna refu-
 tación.

Censúranle además faltas de estilo, inco-
 rrección de lenguaje, desaliño en alguna de sus
 obras y digresiones interminables. Contesta á
 estos cargos el académico D. Joaquín Francisco
 Pacheco y dice: «¿Qué importa que peque algu-
 »na vez contra el Diccionario de la Academia,
 »usando tal cual palabra que no sea de la mejor
 »ley para los doctores de nuestro idioma cas-
 »tellano? Por ventura ¿puede escapar él al con-
 »tagio que más ó menos nos ha alcanzado á
 »todos, ó se han de libertar su dicción y su
 »lenguaje de lo que trae consigo la desafortada
 »volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo gene-
 »ral son fáciles, claros, castizos; si describen
 »con admirable exactitud; si expresan los afec-
 »tos con patética sencillez; si son á veces subli-
 »mes por esa simplicidad misma ¿qué importa

»un descuido, qué importa un lunar ó una leve
»mancha en esa corriente de naturales y ordi-
»narias perfecciones? Fernán Caballero no tie-
»ne, de seguro, presunciones académicas; y eso
»no obstante, no sé yo si hay en la Academia
»muchos escritores que pudiesen, no ya con-
»cebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera
»una novela del modo que él la cuenta, ni con
»la gracia que él la escribe.» Por otra parte,
su estilo, académicamente, podrá ser más ó
menos susceptible de crítica; pero es tan propio,
tan exclusivamente suyo, que desafío al más
consumado retórico á que lo falsifique y lo haga
circular después como moneda de buena ley.
Familiarizada con el lenguaje del pueblo, natu-
ralmente incorrecto, pudo resentirse alguna vez
el suyo de esta falta, pero seguramente ganó en
verdad lo que perdiera en corrección. Por últi-
mo, sus digresiones, nunca pesadas, son con
frecuencia lo más importante del libro.

Orillados estos reparos de la severa crítica
¿cómo enumerar las prendas relevantes de sus
escritos? Bondad suma, verdad escrupulosa,
escogida belleza, poesía delicada, sencillez ad-
mirable, originalidad difícil, interés siempre en
aumento, nudos simplicísimos, rara vez intrin-
cados, inesperados desenlaces, acciones mora-

lizadoras y morales, tipos deliciosos, gracejo andaluz del mejor gusto, personajes simpáticos, almas de Dios, diálogos inimitables, descripciones fotográficas, españolismo neto y religiosidad santa, son los elementos que el incomparable Fernán Caballero ha sabido combinar de la manera más ingeniosa y artística para legarlos á la posteridad en forma de libros. ¿Creeis que exagero? Oid pues lo que el gran poeta Duque de Rivas decía de una de la más modestas obras de Fernán y aplicadlo después á sus producciones todas: «Es *La Familia de Alvareda* una sabrosa novela, escrita sin pretensión pedantesca, en que se pone de bulto una acción verdadera, sencillísima, coordinada con sumo gusto y con grande acierto, y en que es tan buena la parte narrativa como la dialogada. Es, en fin, un ramillete de rosas silvestres, tan frescas que conservan en sus hojas las gotas del rocío y que exhalan sus suavísimos perfumes de pureza, de sentimiento y de verdad. El pensamiento filosófico que anima á esta composición es altamente moral, é importantísima la enseñanza que da su lectura. Las descripciones de las localidades son exactísimas, y las de las personas parecen retratos de Velázquez: tan al vivo y con mano tan maestra están dibujadas y

»coloridas. Sus lances están imaginados con
»gran verdad y sencillez, y tan bien trabados,
»que llevan al lector hasta el desenlace sin la
»menor violencia, y sin que decaiga ni un mi-
»nuto el interés. Los diálogos son admirables
»y la oportunidad con que en ellos se ingieren
»coplas vulgares, sentimientos religiosos de
»nuestro pueblo, que son, ó á lo menos eran, su
»consuelo en los contratiempos y adversidades,
»y modismos comunes y frases pintorescas y
»sentencias que andan aún en boca de la gente
»humilde de Andalucía, le dan una verdad y
»un encanto inexplicable.» Pero el mayor elo-
gio que puede hacerse de un escritor, lo hizo
Gonzalez Pedroso de Fernán Caballero cuando
dijo de sus obras, que son *buenos libros y buenas
acciones*.

Es indudable que si los libros tienen conquis-
tada ya en el mundo fama imperecedera, para
las acciones reserva Dios en el cielo gloria
inmarcesible y perdurable. Fernán Caballero no
ha muerto, que, como dice San Juan Crisós-
tomo: *Mors non est mors sed dormitio temporalis*.
Duerma, pues, Cecilia en paz y goce en el
Señor.





MURMURACIONES DE VECINDAD.

I.

ANTES DE LA MISIÓN.

TODOS mis cuentos pasan en Vallehermoso. No hay, por lo tanto, que advertirlo, ni para qué inventar nuevos nombres de aldeas ó lugares. Si aquel no os gusta, cambiadlo, lectores míos, y atención.

Era el día 12 de Junio del año de 1876. Hacía algo de calor, por lo que varias mujeres refugiáronse, por la tarde, en la puerta de la tía Venancia, á la sombra de los frescos pámpanos de una parra, que de pórtico á

la casa sirve. Sentadas éstas sobre el duro suelo, aquéllas sobre escaños y algunas sobre troncos de leña, hablaban todas por los codos; pero hilaban ó cosían á la vez, sin levantar mano de la labor.

—Dígame usté, tía Venancia (preguntó la Escribana, llamada así por ser mujer del Secretario del Ayuntamiento), ¿es cierto que tenemos fiesta esta semana?

—¿Pues no lo oíste el domingo en Misa mayor?

—No, señora, porque como no estoy tan desocupada como ustedes, me contenté con ir á la rezada y de prisa y corriendo.

—Dí que no te dió la gana, y hemos concluido. Como tu marido es hombre de pluma y tan leído, te ha llenado la cabeza de pájaros: antes no eras así.

—Bueno, siempre está usté con la misma canción; pero ¿hay fiesta ó no?

—Sí, mujer, sí (contestaron varias á coro).

—Pues ¿á qué santo?

—Al Papa que cumple el viernes treinta años en el trono.

También á Vallehermoso llega el eco de los estrepitosos acontecimientos que celebra la Cristiandad, pues sus vecinos son todos ellos

cristianos, no conversos, sino rancios y añejos como el buen vino. Alguno que otro se apunta y va convirtiéndose en vinagre; pero ¡cómo ha de ser!

—¿Al Papa? (dijo la mujer del Secretario). Pues ¿qué tenemos que ver nosotros con ese señor?

—Hija (contestó la entendida tía Venancia), lo mismo que con Jesucristo nuestro Dios, de quien es representante en la tierra.

—¡Qué cosas tiene la Escribana! (exclamaron todas).

—¿Y para eso vienen los Jesuitas? (preguntó aquélla).

—Para eso (respondió la tía Venancia). El señor Obispo, que es muy bueno y conoce que los necesitamos, envía dos misioneros para que, con el señor *Retor*, celebren un tríduo de misión, que empezará el día 16.

—Decid lo que queráis (observó la maliciosa Escribana); pero, según mi hombre, no faltarán disgustos.

—¿Por qué ha de haber disgustos? (preguntaron todas asombradas).

—Pues es muy sencillo (dijo aquélla); porque los Jesuitas son los peores Curas, y eso que no hay que fiarse de ninguno.

—¡Ave María Purísima! ¡Qué herejías dice esta mujer!

—Chicas, si quereis que os diga la verdad, yo no he visto Jesuitas en mi vida; pero mi hombre, que los conoce muy bien, dice que, aunque parecen unos benditos que en su vida han roto un plato, son muy malos, y á pocos días que estén, nos han de revolver el pueblo y se nos han de llevar los cuartos.

—Calla, lengua de víbora, calla (contestó la tía Venancia); tu marido es un judío completo, y tú una bobalicona que le escuchas con la boca abierta, y te las tragas como ruedas de molino. Pues, mira, aunque sois de la piel del diablo, me figuro que no sereis los últimos que vayan á confesarse con los Padres Jesuitas.

—No pienso en semejante cosa.

—Allá veremos.

II.

EN LA MISIÓN.

Era el día 18 por la tarde. Las murmuraciones no habían empezado aún en la puerta y debajo de la parra de la tía Venancia; pero

iban acudiendo las comadres vecinas y, ocupando sus respectivos puestos, emprendían la labor. Se habló de mil tonterías, y una moce-tona robusta, aprovechando un momento de silencio, abrió el pico, y cantó como un ruise-ñor la siguiente copla:

Me han dicho que no me quieres;
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

Repitieron todas el estribillo, y terminado dijo la tía Venancia:

—Casilda, mujer, ¡cuánto mejor fuera cantar las letrillas de los misioneros!

—Dice usted bien, tía Venancia. Vamos á cantarlas.

Bajaron todas la cabeza, recogieron su espíritu y cantaron á coro:

Perdón, oh Dios mío,
perdón, indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad.

CASILDA. Pequé; ya mi alma
su culpa confiesa,
mil veces me pesa
de tanta maldad.

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

CASILDA. Mil veces me pesa
de haber, obstinado,
tu pecho rasgado,
¡oh suma Bondad!

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

CASILDA. Yo fui quien del duro
madero inclemente
te puso pendiente
con vil impiedad.

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

—Hijas, ¡qué afición les habeis cogido á las canciones de los misioneros (dijo la Escribana llegando, interrumpiéndolas y sentándose).

—Pues tampoco á tí te disgustan (contestó la tía Venancia), que anoche estabas en la iglesia, á mi lado, llorando como una Magdalena, y cantando con toda tu alma.

—Verdad es, abuela; no se puede oír á esos Padres sin enter necerse. Yo le puedo asegurar á usted que ningún predicador mas que ellos me ha hecho llorar nunca. ¡Qué pico de oro! ¡Y cómo llegan sus palabras á las entretelas del corazón! Válgate Jesús, ¡bendita sea la madre que ha parido semejantes hijos!

—¿No ves, mujer? Ya te decía yo que no serías de las últimas que se confesasen.

—No por cierto: esta noche misma pienso ponerme bien con Dios.

—Nosotras ya hemos ido; pero acudiremos á la comunión general.

—Y tu marido, ¿qué dice, Escribana? (preguntó la tía Venancia).

—Está de un humor de todos los diablos. Dice que los Padres lo están desacreditando, y luego no habrá nadie que lo crea, ni que le mire á la cara en el lugar.

—Hija, que haga lo que todos; que se convierta y se confiese.

—Pues eso mismo le digo yo.

—¡Dios lo quiera!

III.

DESPUÉS DE LA MISIÓN.

Era el día 20. Todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejos, habían salido á despedir á los Padres misioneros. Las lágrimas enturbiaban muchos ojos; todos se disputaban el honor de besar sus manos; el señor Cura y los más distinguidos vecinos del lugar estrecharon cariñosamente entre sus brazos á los humildes hijos de Loyola; y en medio de una aclamación general partieron.

La muchedumbre regresó á la aldea. Entre los últimos caminaba, con paso lento, un grupo de mujeres, presidido por la ochentona respetable tía Venancia. Apoyada en el brazo de Casilda y en medio de las comadres y vecinas, habituales tertulianas de la casita de la parra, dirigíase á Vallehermoso, comentando los sucesos que motivaban aquella romería.

—Hijas, ¿quereis que descansemos un poco? (preguntó de repente).

—Bien pensado, tía Venancia: sentémonos en este ribazo.

Lo hicieron así. Un hombre y una mujer, más rezagados todavía que nuestras comadres, pasaron del brazo momentos después, saludaron, y prosiguieron su camino.

—Si no lo viera, no lo creería (dijo Casilda señalando á los transeuntes): diez años hace que vivían separados.

—Pues qué, ¿ha quedado en el lugar después de la misión (preguntó la tía Venancia) algún matrimonio mal avenido?

—No, señora (contestó la Escribana), todos han hecho las paces para volver á vivir juntos; pero lo que más me admira es que se hayan reconciliado también el tío Juanón y el tío Miguelillo, que, como sabeis, se odiaban de

muerte, y habían intentado más de una vez asesinarse.

—¡Toma! (añadió una comadre). Pues á mí lo que me pasma es que, por conducto del Cura y de los Padres, hayan sido devueltos á sus dueños todos los objetos robados en estos años últimos. Hasta mi Juan Antonio ha recobrado aquella hermosa manta, que le quitaron en las eras.

—Todo lo que decís (observó la tía Venancia) es tan cierto como admirable; pero para mí el milagro mayor de esta misión, y no te ofendas porque lo diga, Escribana, es que se haya confesado tu marido.

—Tiene usted razón, abuela (dijo la aludida): veinte años hacía que no entraba en la iglesia, ni cumplía con parroquia. ¡Dios sea bendito por todo!

—¿Y cuánto os ha costado esta conversión? (preguntó la intencionada vieja).

—Ni un céntimo, tía Venancia.

—Como decías que los Jesuitas revolverían el lugar y nos dejarían sin un cuarto...

—¿Qué quiere usted? El que tiene boca se equivoca.

¿Para qué seguir? A confesión de parte, relevación de prueba.



LA MALEDICENCIA.

DUESTO que tanto la benevolencia como la beneficencia son elementos constitutivos de la caridad, para ser caritativo no basta *querer bien* á nuestros semejantes, sino que necesario es además *hacer todo el bien posible* en su favor.

Y á la inversa: la mera práctica del bien sin la intención benévola de ejecutarlo, tampoco es verdadera caridad.

El hombre falta, pues, á sus deberes de caridad, no sólo cuando no practica obras de misericordia, sino también siempre que da cabida en su pecho á sentimientos malévolos, que ex-

presados por medio de palabras reciben el nombre que nos ha servido para encabezar este artículo.

La maledicencia es uno de los más caracterizados vicios de la sociedad presente, vicio que pasa inadvertido para la generalidad, en el que incurrimos la mayor parte, y en cuya trascendencia moral ninguno piensa.

Y, sin embargo, de los tiros de la maledicencia no escapa reputación alguna, por acrisolada que sea.

Tanto se ha generalizado la crítica, la murmuración y aun la calumnia, que han llegado á ser el preferente asunto de las conversaciones todas.

No hay campo vedado para la crítica.

La murmuración no respeta intención, edad, estado, ni condición.

La baba de la calumnia mancha frecuentemente el blanco ropaje de la virtud y con predilección especial asesta sus tiros al heroísmo.

El *yo satánico*, de que hablaba el gran Donoso, es el carácter distintivo de la época.

Proclámase en todos los tonos imaginables, que pasaron ya para nunca más volver las testas coronadas.

No obstante, cada ciudadano, como si di-

jéramos, cada hijo de vecino, lleva un rey en su cuerpo.

Y tanto monarca sin corona, para matar el tiempo y entretener el real ocio, insulta majestuosamente á sus augustos hermanos.

Cierto es que el insulto reviste á veces las más galanas formas; que la ironía usual en los centros cultos es finísima; que la crítica se escuda con el amor á la ciencia y al arte; que la murmuración toma aires de corrección fraterna, y aun la misma calumnia pasa sólo á beneficio de la chispa y del talento; pero indudable es también que el insulto, la ironía, la crítica, la murmuración y la calumnia no son otra cosa mas que formas diferentes de la maledicencia, salsa indispensable de la charlatanería del siglo.

Nos aqueja, sobre todo, verdadera comezón de crítica.

Todos nos creemos autorizados para juzgar á nuestros semejantes y despreciar sus actos.

Nunca se ha declamado tanto contra el dogmatismo; y desde el doctor cubierto de borlas hasta la pizpireta modista, todos hablamos *ex cathedra* de cuanto nos viene á la lengua, la mayor parte de las veces sin conocer, ni aún superficialmente, el asunto.

Y no es ésto lo peor: simple y hasta inofensiva petulancia sería, si la mayor parte de las veces no se convirtiera en crítica acerba.

Y es que para revestir ínfulas de maestro, necesario es considerar á los que nos escuchan como discípulos: para encumbrarse, lo más sencillo es rebajar á los demás.

Muchos hay de esos que el vulgo suele llamar *hombres de bien*, que morirán primero que perjudicar en un céntimo á sus hermanos, pero que se ceban en su honra con lengua maldiciente, sin el menor escrúpulo, como si la honra no fuese propiedad más sagrada que la riqueza.

Piensen, pues, los tales, que para las almas elevadas la honra es primero que la vida; y piensen también que la honra del prójimo se empaña á veces con el sólo aliento de la crítica.

Incalculables son los daños que causa la lengua ligera y maldiciente.

Terrible es la falta moral que comete, y la reparación difícilísima, casi imposible.

No hay restitución posible en materias de honra.

La palabra, que sale de la boca, es como la piedra que lanza la honda: se sabe el punto de partida; pero se ignora el de parada, su alcance y trascendencia.

Toda frase produce en la sociedad el mismo efecto que la china en un estanque. Después de arrojada, imposible evitar la conmoción de las aguas, en tanto el círculo que produce se ensancha insensiblemente hasta ocupar toda la superficie para morir en la orilla.

Por eso, ¿quién es capaz de retirar la frase una vez pronunciada?

¿Quién podrá, por lo tanto, restituir la honra robada?

Terminemos con una anécdotilla, que hace al caso. Cierta sabio confesor puso de penitencia á una mujer maldiciente, que saliese de la ciudad con una gallina muerta en la mano, y dando la vuelta á la población, la fuese desplumando, pluma á pluma, hasta volver al punto de partida; y transcurrido algún tiempo que deshiciese la vuelta, recorriendo de nuevo el camino y recojiendo las plumas todas sin dejar una. La penitente escuchó al confesor con asombro, y no sabiendo de qué manera cumplir la penitencia, dijo:

—Padre, lo primero no es difícil; pero lo segundo imposible.

—Verdad es, hija, contestó el sacerdote. Pues aplíquese el cuento. No es difícil decir mal de nuestros hermanos; pero recojer lo dicho

y remediar el mal hecho es imposible. Guárdese, pues, muy mucho en lo sucesivo de hablar de los demás mas que para *bendecirlos*.





UNA HUÉRFANA CON TRES MADRES.

I.

Lo que voy á referir es, hasta en sus detalles, histórico; y acaeci6, hace pocos años, en una de las menos cultas capitales de España.

En la ciudad á que aludo, y de cuyo nombre no quiero acordarme, como diría nuestro inmortal Cervantes, son tan desenvueltas las mujeres, tienen lenguas tan libres y costumbres tan hombrunas, que parecen más consoladoras y tiernas que en otras partes, escenas como la que paso á referir. ¡Bendito sea el Señor, que quiere nazcan delicadas flores hasta en los secos eriales y tierras estériles!

La Beneficencia provincial, para la lactancia de los expósitos, prefiere trasladarlos al pueblo y casa de las amas que los crían, confiándolos á sus maternales cuidados; que madres son también las amas de leche. Es el procedimiento más natural y fecundo, por lo tanto, en resultados positivos. Las madres pobres y robustas de los pueblos suelen dedicarse á esta industria, sacando expósitos de la Beneficencia para criarlos. Algunos no vuelven á su casa matriz, pues se encariñan con ellos las familias que los acojen y allí se quedan. Otros infelices, que tuvieron la desgracia de caer en manos egoistas, en familias numerosas ó en hogares miserables, destetados que son, no tienen más remedio que regresar á sus provinciales lares.

II.

Acaeció en el mercado de la capital.

La plaza estaba llena de revendedores, verduleras y compradores.

Una serrana, de pobrísimo aspecto, atravesaba la plaza, llevando de la mano á una niña, de unos cuatro á cinco años de edad, pobremente vestida también, pero hermosa como un ángel.

—Oiga, tía (le dijo cierta descarada verdulera) ¿á dónde lleva usted ese pimpollo?

—¿Qué pimpollo? ¿Esta muchacha? (replicó celosa la serrana).

—La *mésma*.

—Pues la bajo á la Beneficencia, porque, como tengo siete pequeños y mi hombre se está quejando todos los días de que con tanta boca y tanta *probeza* es imposible salir adelante; aunque la quiero como si la hubiese parido, no tengo más remedio que volverla á la casa.

Y abrazando á la niña, continuó:

—¡Hija de mis entrañas, no sé si tendré ánimo para dejarte, porque sólo de pensarlo, se me parte el corazón!

La buena montañesa se puso á llorar, y la niña, que indudablemente no comprendía claramente la causa de aquellas lágrimas, rompió también en llanto, porque veía llorar á su madre, y se colgó de su cuello como si presintiese que intentaban separarlas.

Pronto llamó la atención el tierno grupo, y se formó un corro, de mujeres en su mayor parte, en torno de la expósita y de su ama.

Compadecían unos á la buena mujer, que se veía precisada á separarse de su ahijada; elogiaban otros la candorosa vivacidad y la her-

mosura de la niña; é importunaban todos con admiraciones y preguntas á la serrana, hasta que, enteradas del suceso, dos mujeres del pueblo, verduleras al parecer, de aspecto nada caritativo ni sentimental, pero de gran corazón indudablemente, se aproximaron por distintos lados á la expósita y quisieron tomarla en brazos.

Empezaron por los elogios diciendo alternativamente:

—¡Bendita sea la madre que te parió!

—¡Es más rica que las pesetas!

—¡Qué hermosísima eres, hija!

—¡Esto es un rollo de oro!

La llamaron serafín, sol de los soles, reina y otras cosas por el estilo. Con semejante lluvia de piropos se iba poco á poco consolando la bendita serrana, pues nada hay que llene tanto á los padres como las alabanzas de los hijos, y les dejaba tomar y dejar á la niña; pero cuando comprendieron las contendientes que las dos querían llevársela para prohiarla, allí fué Troya: se armó una disputa callejera y mujerial, que convirtió inmediatamente el corro en gallinero. Imagínesela el lector, que yo renunció á contarla y me concreto al hecho principal y al desenlace.

III.

La serrana no tenía valor para deshacerse de la expósita, y aquellas dos mujeres se disputaban, hasta el escándalo, su posesión. De manera que, en un sitio tan á propósito como la plaza pública y entre mujeres, al parecer refractarias á la ternura y compasión, la Providencia divina, en sus adorables designios, deparó *tres madres* á la desamparada huérfana, demostrando con hecho tan elocuente, que vela sobre todo por los pobres pequeñuelos.

Como no fué posible avenir á las contendientes, decidió la cuestión la Dirección de la Casa-Beneficencia, entregando la niña á la que por su posición y antecedentes ofrecía garantías mayores y estaba en situación de proporcionar á la expósita mejor educación y vida más cómoda.





LUJO Y MISERIA.

Es el lujo una de las mayores calamidades de la presente edad. Para formarse idea de este vicio, que corroe las sociedades modernas, basta hacer una excursión veraniega por los lugares balnearios. Santander, Ontaneda, San Sebastián, Cauterets, Bagnères, Eaux-bonnes, Arcachón, Vichy, Baden-Baden y otros cien pueblos escogidos por la moda, son los principales teatros del lujo de verano. Por regla general todo el mundo gasta, en dichos lugares, lo que no tiene. Las aguas minerales ó de mar son el pretexto. La salud no es razón suficiente para que los bañis-

tas hagan vida tranquila é higiénica: el placer es lo único importante. Teatros, bailes, conciertos, banquetes, juegos de toda clase, incluso los prohibidos, excursiones en burro, caballo y lancha, partidas de caza, paseos á todas horas y exhibición permanente de trajes y trenes; éstas y otras análogas son las costosas diversiones á que se entregan los bañistas durante la temporada de calor. La mujer aprovecha cuantas ocasiones se la ofrecen para deslumbrar y lucir; el hombre concentra sus sentidos y potencias en el tapete verde ó la ruleta, y aguza el ingenio cuanto le es posible para lograr que se deslicen de mano en mano su fortuna y las ajenas. ¡Dichosa edad de oro y tiempos dichosos éstos, en los que todo el que sale de su casa, aunque no deje en ella sobre qué caerse muerto, se presenta convertido en un Nabab, que derrama millones á los ojos del mundo escéptico é indiferente! El desenfreno del lujo es tal, que los antiguos coches de primera, con sus alfombras, mullidos, tapices y caloríferos, han quedado en los ferro-carriles relegados para la gente de poco más ó menos. El mundo elegante viaja en coches alemanes, salones lujosamente decorados y provistos de camas, lavabos, confidentes, butacas, tocado-

res, veladores, etc., y en cada uno de los cuales un mozo se encarga de servir á los viajeros lo que les apetece. Tanta molicie y semejante refinamiento explican hasta cierto punto el socialismo y la guerra sorda y cada vez más encarnizada que á las clases ricas hacen los menesterosos. La caridad y modestia cristianas, son las únicas que pueden suavizar estas asperezas y llenar este abismo.

Pero doblemos la hoja. Se ha dicho que el lujo de los ricos es el sostén de los pobres. Tal vez sea ésta una verdad *teórica* de la flamante economía política; pero la *experiencia* nos dice lo contrario á los que, aunque no somos economistas, tenemos ojos en la cara. Cuanto más desenfrenado es el lujo, mayor es la miseria pública; así al menos está sucediendo en la actualidad. Mientras las clases acomodadas gastan sumas fabulosas en bagatelas, la miseria cunde por nuestros campos y nuestros montes. Acongoja el relato de la penuria sufrida en algunas comarcas durante el invierno último¹. El hambre y la desnudez cebáronse en familias enteras, para quienes la emigración fué infructuosa, teniendo que recurrir por todo consue-

¹ Se escribió este artículo en Setiembre de 1880.

lo y como si fueran animales feroces á las yerbas silvestres. Pudiera referir más de una escena desgarradora, que de seguro produciría mortal desmayo á esas señoras sensibles que arrastran las blondas y la seda sobre el fango de las calles; pero limito mi narración á un solo caso auténtico, que acaban de referirme en la misma casa donde tuvo lugar.

Una mujer escuálida, andrajosa, que se mantenía en pié á duras penas, gracias al apoyo de su garrote, se presentó en la puerta de cierta casa, implorando la caridad de sus dueños. Acudió una señora á socorrerla y se entabló entre las dos el siguiente diálogo:

—¿Qué estás mala, Magdalena?

—Ya lo vé usted, señora; no puedo tenerme derecha.

—Pero, mujer, estando así, ¿por qué sales de casa?

—Porque he sabido que había llegado usted y venía á ver si me daba usted una sábana vieja, pero limpia, para recibir mañana el santo Viático.

—¡Válgate Jesús! ¿En ese caso te encuentras?

—Sí, señora, sí; me muero á pedazos y me parece que no pasaré de mañana.

La señora buscó la sábana y se la dió con

otros socorros, haciéndola acompañar á su casa y avisando al médico para que fuera á visitarla. La pobre enferma recibió, en efecto, el santo Viático, teniendo por todo adorno en su cama, una sábana vieja, pero limpia.

Al siguiente día, las campanas de la parroquia doblaban á muerto. El médico pasaba por delante de la puerta de la caritativa señora.

—¿Quién se ha muerto, Doctor? (preguntó ésta).

—Una mujer, que creo se llamaba Magdalena.

—¿Y de qué ha muerto?

—Vergüenza dá decirlo, señora; pero se ha muerto de miseria y de hambre.

Sobran los comentarios y las comparaciones son inútiles.





NUESTRA SEÑORA DE MONCAYO.

I.

TODO el mundo sabe que el monte más alto de Aragón; después de algunos picos de los Pirineos, es el Moncayo. Lo que no saben todos, es que en este célebre monte, cuya atrevida cumbre oculta sus nieves casi perpétuas entre nieblas y nubes, recibe fervoroso culto, bajo la advocación de Nuestra Señora de Moncayo, una imagen de la Virgen. El modesto santuario en que se venera fué cedido por los monjes de Veruela al Cabildo catedral de Tarazona en 1441. Su cuidado corre desde entonces, á cargo de un señor canónigo llamado Ministro, y de un sacerdote que para

dar el culto debido á la Virgen, reside en el monte durante el verano. Llegado el invierno, se tapián convenientemente las ventanas y puertas de la iglesia y caserío, retíranse todos, y allí quedan, la sagrada imagen encerrada en su ermita y los edificios abandonados á las tormentas y nieves. La antigua ciudad de Tarazona profesa especialísima devoción á su Virgen de Moncayo. La víspera de la Visitación sube todos los años al santuario procesionalmente y en rogativa. Encontrándome allí oportunamente, quise aprovechar la ocasión y subí también. Lo que ví y sentí lo sabrá quien leyere lo que sigue.

II.

A las dos de la noche del día 1.º del actual¹ los graves sonos del tambor oíanse por las calles de Tarazona, despertando á los devotos de Nuestra Señora de Moncayo. A las tres un señor Canónigo dijo Misa rezada en el altar mayor de la Catedral, que fué oída por las comisiones y algunos fieles, mujeres la mayor parte. Terminada la Misa se cantaron una Salve á la Virgen

¹ Julio de 1876.

y otras preces, y salió la procesión. Rompía la marcha un dependiente municipal tocando el clarín; venían después la cruz del Ayuntamiento (privilegio especial del de Tarazona), unos veinte cofrades de San Lamberto en representación del gremio de labradores, los músicos y cantores de la Catedral, la comisión del Cabildo compuesta de dos canónigos y dos beneficiados, la del Ayuntamiento formada por un alcalde, tres concejales y el secretario, y por último, una turba de mujeres. Los sacerdotes, cantores y monaguillos llevaban tricornios en vez de bonetes. Fuera ya de la ciudad, junto á la cruz de piedra, deshízose la procesión, regresaron las mujeres á Tarazona y montamos los demás en las caballerías preparadas al efecto.

La comitiva vadeó el rio Queiles, atravesó los pueblos de Santa Cruz y San Martín, y aunque veníamos subiendo desde Tarazona, empezó en Mata-puente la verdadera ascensión. Mi guía, con el misericordioso propósito, sin duda, de darme una lección de la geografía física de aquel país, cantó la siguiente copla:

Vera y Veruela,
Trasmoz y Litago,
Son cuatro lugares
Al pié del Moncayo.

No pueden ser más pintorescas sus vertientes. Claros, frescos y bulliciosos riachuelos, que descienden entre piedras y verdura, murmurando quizá del terreno que forma su cauce; graciosos grupos de rebollos, bosques umbrosos de majestuosas hayas, praderas matizadas de flores, fuentes abundantes de nieve derretida, pendientes escarpadas, valles deliciosos y peñascos en cuyas quiebras el chordón crece, son bellezas naturales más que suficientes para convertir en no interrumpido verjel las laderas del Moncayo. A medida que se asciende vá disminuyendo la vegetación y aumentando lo quebrado y difícil del terreno. El camino se retuerce entónces como una culebra, y haciendo pronunciadas y continuas eses se dirige al santuario. El tan celoso como ilustrado Ministro actual, canónigo D. Ignacio Albericio, se propone convertirlo en carretera, á cuyo efecto cuenta únicamente con la caridad de los devotos de María. Los que quieran contribuir con sus limosnas pueden remitirlas á dicho señor en Tarazona. Con la carretera dicha, el santuario ganará mucho, redundando todo en mayor honra y gloria de Nuestra Señora de Moncayo.

Unos cien pasos antes de llegar al caserío se formó de nuevo la procesión; salieron á re-

cibirla, procesionalmente también, el Ministro y el Capellán de la Virgen, y reunidos todos, entonando cánticos religiosos, que cual música de ángeles se extendieron por aquellas cumbres, penetramos en el templo. No sé qué de imponente y majestuoso tienen las grandes alturas; pero lo cierto es que parecen hechas para poner más fácilmente en comunicación á la criatura con el Criador. Figúranse los ojos que casi tocan la bóveda celeste, mientras los corazones suben sin trabajo hasta el trono del mismo Dios. ¿Será ésta la causa de que los montañeses sean más piadosos y creyentes, por lo general, que los habitantes de las grandes llanuras?

El caserío, formado por un solo, largo y bajo edificio, compuesto de la iglesia y tres casas, destinadas al Cabildo, al Ayuntamiento y á los labradores, está construido en una esplanada que á mitad de su altura forma el monte y al abrigo de un peñasco enorme y negruzco, por lo cual, sin duda, en documentos antiguos se le da á la imagen el nombre de Virgen de la Peñanegra. Sobre la piedra más alta del peñón campea una cruz de hierro, como dando á entender que no hay nada, por elevado y grande que sea, que no haya sido dominado y vencido por el signo adorable de nuestra redención.

Fuentes, más que frescas, heladas y abundantes, descienden ruidosas y juguetonas en gran número de aquellos riscos, alrededor del santuario. La más famosa, por la frialdad de sus aguas, es la de San Gaudioso, junto á la cual hay una ermita dedicada á este santo. En tiempos mejores hubo otras ermitas semejantes esparcidas por aquellos picos. La iglesia de Nuestra Señora de Moncayo es pequeña, de una sola nave rebajada, y está desprovista de todo adorno arquitectónico. El altar de la Virgen, que es el mayor, es bonito, y la venerada imagen, de dulce aspecto, lleva en la mano derecha un ramo de flores y un rosario, y al divino Niño en la izquierda. En un pequeño altar lateral se da culto á la Virgen del Haya. Según piadosa tradición, esta pequeña imagen se apareció á un pastor de Ablitas entre el ramaje de una de las muchas hayas que crecen en las faldas del Moncayo. El favorecido la llevó á su lugar y se la entregó á su mujer. Ésta, estando el pastor su marido ausente, vendió por unos sueldos la imagen á una convecina suya, y disgustada la soberana Señora desapareció, encontrándola nuevamente el pastor en la misma haya; por lo cual la subió al santuario del monte y allí continúa.

Durante los días 1 y 2 del actual tributáronse solemnes cultos á Nuestra Señora de Moncayo en su iglesia, cantándose las horas canónicas todas como en la catedral de Tarazona. Las mujeres de los pueblos próximos obsequiaron también á la Virgen, entonando arrodilladas ante el altar los gozos y canciones compuestas por ellas en demanda de buenas cosechas, agua, salud y demás dones terrenales. Tanta sencillez y fervor tanto no pueden menos de ser oídos por la excelsa Soberana del alto monte. El día 1 por la noche se encendió una gran hoguera; el 2 á medio día se repartió una comida á los pobres, y por la tarde, después de Vísperas, se descendió, regresando á Tarazona en la misma forma que se había subido, con la diferencia de que llevábamos todos en la mano un ramo de acebo en señal de peregrinación. El Cabildo catedral, el Ayuntamiento y la ciudad toda salieron procesionalmente al encuentro de los romeros, y reunidas ambas procesiones encamináronse á la Catedral, donde terminó esta solemnidad religiosa.

III.

¿Creerás, tal vez, lector amigo, que bajé del Moncayo sin subir á la cumbre? Pues te equi-

vocas, y perdóneme la Virgen esta digresión. En prueba de ello tómame la molestia de leer las siguientes líneas, que encuentro en mi cartera: «Son las 6 de la mañana del día 2 de Julio de 1876. He salido á las 4 de la ermita, y me encuentro en el pico más alto del Moncayo, llamado, según me han dicho, el cerro de San Gabriel. Estoy á 2.500 metros sobre el nivel del mar. Toco unas nubes con mis manos, mientras otras se ciernen bajo mis piés. Espacios inconmensurables se extienden ante mis ojos. Tantos son los montes, valles, llanuras, pueblos y ciudades que tengo á mis plantas, que el ojo no alcanza á distinguirlos. Únicamente el Ebro se desarrolla á mi vista como una interminable cinta de plata.» ¡Loado sea Dios, que permite la contemplación de tales panoramas, y bendita sea una y mil veces Nuestra Señora de Moncayo!





VISITA EJEMPLAR

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.



TRANSITABA mucha gente por una de las principales calles de cierta populosa y católica ciudad. En opuestas direcciones corrían estrepitosamente los carruajes de lujo, sin que sus dueños orgullosos se cuidasen para nada de la multitud atropellada por sus ruedas y caballos. Algunos carros de transporte aumentaban la confusión. Movidos por el afán del negocio, los transeuntes iban y venían sin mirar siquiera á los que pasaban á su lado. Tal vez era yo el único que, caminando lentamente y recibiendo codazos y pisotones, con-

templaba aquella animación y movimiento, propios de toda gran ciudad, entregada en cuerpo y alma á los quehaceres terrenales.

¿No habrá entre esta muchedumbre, pensaba yo, uno siquiera que se ocupe en el gran negocio de la salvación y por él se mueva y se afane?

Es indudable; ciudad tan renombrada por su catolicismo, no puede menos de dedicar gran parte de su vida á los negocios del alma. Quizás aquellas dos elegantísimas damas, que medio tendidas sobre los cojines de seda de su landó cruzan la calle, llevan la alegría y abundancia al hogar del triste y menesteroso. Pero nó; pára el carruaje ante una perfumería, apéanse las señoras y las pierdo de vista. Estos jóvenes elocuentes y bulliciosos hablan de ciencias, letras y artes. Tal vez vayan á alguna academia católica. Me equivoqué; penetran en el Ateneo científico, literario y artístico, que tiene carácter eminentemente racionalista. Aquellos caballeros respetables, de largas patillas y sombreros de copa de ala ancha, que caminan pausadamente y hablan á media voz, ¿representan, por ventura, asociaciones benéficas y se ocupan en alguna grande obra de caridad? Tampoco; deben de ser agentes y banqueros, puesto que

se dirigen á la bolsa. ¿A dónde irán estos menestrales? Han terminado el trabajo del día, y corren á sus casas á cambiar de ropa para pasar la noche en el café. No te canses, me dije por fin, la piedad ni mete ruido, ni se pasea inútilmente por calles y plazas. Acude á las iglesias si quieres conocer por tí mismo la religiosidad de esta población.

Esto pensaba, cuando puse los ojos en un mozo de cordel que tiraba de un carrito de mano, abriéndole paso á duras penas y poco á poco entre la muchedumbre. Un anciano, al parecer paralítico, escuálido y pobremente vestido, iba sentado en el carrito con las piernas colgando y una tosca muleta á cada lado. Sentado el pobre viejo sobre sucia estera, se agarraba á los palos del carrito para no caer, mientras el mozo tiraba sin miramiento alguno. Durante la marcha, las colgantes piernas del enfermo mecíanse, cual miembros sin vida, á impulsos del incesante balanceo y bruscos movimientos del vehículo. Me inspiró compasión aquel desventurado y le seguí. Media hora después se detenía el carrito á la puerta de una iglesia, situada en las afueras de la población, donde se celebraba el Jubileo de las Cuarenta horas. Entre el mozo y unos pobres, que pidiendo limos-

na estaban en la puerta del templo, incorporaron al semi-paralítico, le quitaron la mugrienta gorra, colocaron las muletas bajo sus brazos, y medio arrastrando los piés, y sostenido por todos, entró en la iglesia.

La curiosidad me acercó á una de las mujeres que allí pedían limosna, y poniendo una moneda en su mano entablé con ella el siguiente diálogo:

—¿Conoce usted á ese pobre viejo?

—Sí, señor; hace muchos años que viene á las Cuarenta horas.

—¿Y por qué no lo traen en un carruaje más cómodo?

—Porque es casi tan pobre como yo, que tengo que pedir limosna. El carrito le cuesta dos cuartos por hora de alquiler; le dá un real al mozo que lo trae, y con doce ó catorce cuartos, aunque está impedido, todos los días hace su visita á Jesús sacramentado. Si tomase un carruaje le costaría lo menos dos pesetas, una la ida y otra la vuelta, y el buen señor no puede con tanto gasto.

—¿Tan pobre está?

—Tanto, que viste mal y come peor, por tener la dicha de hacer esta visita.

—¡Es admirable!

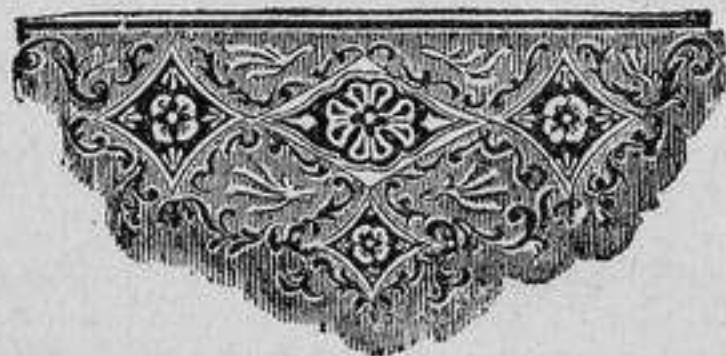
—Mejor diría usted *un santo*, que con muletas, carro y todo se colará en el cielo.

—¿Admitirá algún socorro?

—Pienso que no. Estuvo rico en otros tiempos, y mientras pueda pasar con lo que le queda, no quiere hacernos mal tercio á los verdaderos pobres.

Entré en la iglesia, y junto á la pila del agua bendita ví á mi héroe de pié, apoyado en sus muletas y en una columna, contemplando al Santísimo, extasiado y con el rostro inundado en lágrimas inefables.

Yo, en cambio, tenía el corazón duro y seco como una piedra: muchos que hasta podían ir á las Cuarenta horas en cómodos y lujosos coches no iban; y la muchedumbre continuaba agitándose en la ciudad en pos de los negocios de este mundo.





¡PEDREJALES DE MI VIDA!

DE todo hay en la viña del Señor, y lugares de variada condición y aspecto se encuentran sobre la corteza de este mundo sublunar, que pasajera­mente habitamos. Sin salir de nuestra graciosa Península, fácil es tropezar con pueblos feos y bonitos, abruptos y llanos, populosos y casi despoblados, llenos de vida y semimuertos, civilizados y bárbaros, etcétera, etc. Pero lo que es difícil, diré mejor, casi imposible, es descubrir un lugar mísero, infortunado, del cual no sean amantes hasta la exageración sus infortunados y míseros moradores.

¡Buenos hijos! exclamará alguno, y ¡Providencia sapientísima! digo yo. Porque ¿qué sería de tales madres si sus hijos tuviesen ojos para ver tanta deformidad? Providencialmente son pues, ciegos, y ciegos de la peor de las cegueras, que es la del entendimiento, los buenos hijos de madres sin ventura.

Los habitantes de capitales de primer orden, de buen grado reconocen la existencia en el mundo de poblaciones mejores que su ciudad natal; pero el vecino de un villorrio jamás dá á torcer su brazo, ni por odiosa admite nunca la comparación. Imaginad, pues, ahora que semejante natural tendencia se exagera hasta convertirla en verdadera monomanía y tendreis idea aproximada de la heroína de mi cuento.

Llamábase la tía Candinga y había tenido el honor altísimo y la envidiable suerte de nacer en Pedrejales, pueblo que forma parte integrante del universo mundo y hasta se asegura que está en el planeta terráqueo, no faltando quien sospecha, que se halla enclavado en los montes de cierta Serranía, situada indudablemente entre los polos Ártico y Antártico. Datos tan precisos bastan, y aún sobran para la exacta y minuciosa descripción del susodicho lugar.

El nombre es propio, pues el pobrecillo Pe-

drejales nació, vivió y está casi muriéndose entre piedras rodadizas y peñascos mondos y lirondos, altísimos, calvos, escuetos y cavernosos, que á manera de verrugas terrestres, rodeanle protectoramente por todas partes; y no contento con vecindad tan elevada, se encaramó sobre cierta protuberancia que ocupa el fondo de garganta profundísima. Tan sólido cimiento forma una especie de península, bañada por las ondas rumorosas y cristalinas de cierto río, que los árabes llamaron *blanco* en su idioma gutural y actualmente hace las delicias de los pacíficos pescadores del pueblo, no siendo imposible, sobre todo durante la canícula, tropezar en sus pintorescas orillas con alguna que otra náyade lugareña y en paños menores, á punto de zambullirse en el líquido elementó.

Vetusto, ruinoso y derrengado se levanta Pedrejales sobre la verruga dicha, agarrándose á los picos y quiebras de la roca, para no caer y ahogarse en el hondo río. Parece un lugar hecho á puñetazo limpio. Los edificios, todos ellos de color de ala de mosca, con muestras clarísimas, algunos, de ancianidad venerable, apóyanse unos en otros formando grupos apiñados y hasta se incrustan en los peñascos como si dudasen de la serenidad de su cabeza y

del vigor de sus piernas. Calles estrechas, torcidas, sucias, lóbregas, empedradas con morrillos desiguales y surcadas por acera única y central de arenisca roja, que desempeña á la vez el doble oficio de camino de herradura para las bestias y de cuneta por donde libremente circulan, á altas horas, las aguas perfumadas y menores, separan unas casas de otras, sin perjuicio del abrazo cariñoso que pretenden darse los aleros de los tejados. Tales accidentes del terreno, permiten llegar á pié llano á los de ciertas casas, mientras por el lado opuesto tienen tres y cuatro pisos, de donde resulta, que en algunas, las cuadras están sobre las habitaciones, y por ende, los animales ocupan más elevada posición que los racionales. Una sola fuente, de sucio aspecto y forma primitiva, hay dentro del lugar, cuya sed apaga gota á gota, pues sólo de tarde en tarde destila un chorrillo líquido que dá pena. Los alrededores todos de Pedrejales son áridos y pedregosos, sin que el viajero que desde la Sierra desciende á la garganta, pueda adivinar de qué vive un pueblo que ni es agrícola, ni comerciante, ni manufacturero. Pobres son, pues, sus moradores, pobremente visten, pobremente comen, y pobremente pasan muchas horas, en invierno, tomando el sol (que

por cierto se pone á las tres de la tarde), y el fresco en verano, cruzados de brazos y tendidos sobre los poyos de la plaza. Todas las semanas ciertas familias pudientes dan limosna á los menesterosos del pueblo, que formando abigarrada fila de tipos y semblantes anémicos y, murmurando de quien los socorre, esperan la hora del reparto junto á la puerta de la casa.

De la caridad pública vivía, pues, la tía Candinga nuestra heroína, que viuda desde muchos años atrás, educaba trabajosamente á su hijo único. Aquélla era golosa hasta el punto de morirse por el chocolate; éste travieso é ingenioso hasta el extremo de que sabiendo sólo leer, escribir y cuentas (cosas que aprendió gratis en la escuela del lugar), so pretexto de no serla gravoso, dejó á su madre, montó sobre la cruz de sus calzones y paso tras paso se presentó en Valencia, entrando pocos días después de mozo en un importante comercio de géneros coloniales del Mercado.

El muchacho, que era honrado como montañés legítimo; agudo, con la agudeza que enseña la necesidad; trabajador, como suele serlo todo aquel que aspira á conquistar un capital; y que entre el gimnástico manejo de los sacos y el aroma de la canela, cacao, etc., se había

insensiblemente convertido en robusto mozo, de sonrosado cutis y ojos lánguidos, empezó por barrer la tienda y concluyó por casarse con la hija única del principal.

Buen hijo, tuvo entonces formal empeño de que su madre, la tía Candinga, se trasladase á Valencia. Costó mucho arrancarla de Pedrejales, pero se sobrepuso al fin el amor materno al amor á la tierruca, y la tía Candinga ascendió repentinamente, desde pordiosera de lugar á señora respetada y atendida de uno de los mejores comercios de la plaza valenciana y de una de las casas más lujosas y cómodas de la ciudad. Al principio todo marchaba á las mil maravillas, pues las madres no se hartan fácilmente de abrazar á sus hijos, y no hay menesteroso tan sin sentido común que rechace la holgura y comodidades de una vida regalada y pacífica.

Sobre todo, doña Candinga (pues el don es inherente al din), no se veía nunca satisfecha de chocolate. Poco le importaba que fuese caracas, guayaquil ó soconusco; podía tomarlo á todas horas, antes y después de las comidas, exterior é interiormente y esto era lo esencial. Desayunábase con chocolate, lo tomaba algunos días para reparar las fuerzas hacia las once de la mañana, merendaba chocolate y

se acostaba con la jícara de chocolate en la mano. Curaba todas sus dolencias con cataplasmas de chocolate, aplicadas, según los casos, á la frente, boca del estómago y riñones, y tan grande era su fé en esta panacea universal, que los achaques y dolores de la vejez huían en efecto como por ensalmo. Tanto abusó del chocolate, durante los primeros años de su estancia en Valencia, que el comerciante su hijo llegó á temer por la salud de su madre y tuvo que amonestarla cariñosamente.

Aquel mismo día empezó la tía Candinga á recordar con pena los peñascos de su lugar y á menospreciar, sin sentido común, lo mucho bueno y hermoso que Valencia contiene.

Se sentaban á la mesa y casi diariamente surgían diálogos como el siguiente:

—Madre, usted no prueba el agua.

—Hijo, esto no es agua, sino caldo: para buena agua Pedrejales.

—¿No tiene usted gana, madre?

—No, hijo. Como dice el dicho, en Valencia la carne es pescao, el pescao verdura, la verdura agua, los hombres mujeres y las mujeres nada. Para perniles ricos Pedrejales.

—De Pedrejales es, pues, el jamón que está usted comiendo.

—No puede ser: te lo habrán cambiado en el camino por algún pernil valenciano.

—Pero, madre, al menos coma usted postres: aquí tiene usted naranjas de Carcajente, melón de Foyos, uva de Gijona, limoncillos de Sagunto, fresas de Tabernes...

—Hijo, todo eso es basura en comparación de las peras de malacara y de las camuesas de Pedrejales.

Por este estilo continuaba la conversación, hasta que la tía Candinga se levantaba de la mesa y salía murmurando entre dientes:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

Por más que su hijo la hizo vestir de largo, y poner mantilla de blonda, merced á lo cual casi parecía señora, la tía Candinga no pudo frecuentar el trato de gentes; y al principio acompañada y después sola, visitaba frecuentemente las iglesias y no perdía función importante.

—Vamos, madre (decía el hijo, cuando la tía Candinga regresaba á casa), que culto más pomposo y tierno á la vez, funciones tan numerosas como solemnes, decorado de tanto gusto y música religiosa tan clásica, como en Valencia, no se ven en ninguna parte.

—Calla, hijo, calla; no digas herejías. ¿Acaso no recuerdas aquellas Misas mayores de tres en ringla, aquellos sermones de los Curas del contorno, aquel alzar á Dios y ofertorio al són del tamboril y de la gaita, aquel Rosario cantado por las calles y aquellas novenas y gozos de Pedrejales?

No había más remedio que callar, y la tía Candinga se retiraba suspirando y diciendo:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

Si salía en coche á paseo, se mareaba, decía pestes de los carros charolados y negros, y suspiraba por los cómodos y pacíficos asnos de su lugar. Si paseaba á pié, tenía que sentarse de cincuenta en cincuenta pasos, se aterrizzaba cada vez que oía el ruido de un carruaje corriendo á su lado, desdeñaba las flores y calles de árboles, acordándose de las selvas y matorrales de su lugar, y volvía á casa muerta de cansancio. No acostumbrada á trasnochar, en la ópera se dormía profundamente al arrullo de la música y al calorcillo del teatro. Su hijo sólo logró que atendiese á la representación del Nacimiento del Niño Dios, en el teatrillo de los Huérfanos de San Vicente, y aun allí puso perros á los pastorcillos y zagalas, comparándolos con los de carne y hueso de sus montañas.

Detestaba el clima de Valencia, porque con su dulzura, ni aun en el rigor del invierno, dá pretextos para buscar el abrigo de los carasoles y la charla incesante de las comadres, que en tales mentideros se congregan. La sola idea de embarcarse crispaba sus nervios, y al proponérselo contestaba muy formal, que no se había bañado en su vida, ni siquiera por limpieza. En fin, la pobre tía Candinga no encontraba en Valencia nada bueno, ni cómodo, ni agradable, ni bello. La nostalgia de Pedrejales se había apoderado de su ánimo, y en Pedrejales pensaba todo el día, con Pedrejales soñaba todas las noches, de Pedrejales hablaba á todas horas y en Pedrejales cifraba la infeliz todas sus delicias. Hasta el abundante y rico chocolate de su hijo, se convirtió con el tiempo en corteza molida de pino, y los manjares de su mesa opípara en rejalgar de lo fino. La anciana sin ventura, fué enflaqueciendo, enflaqueciendo hasta el punto de que ya no le quedaban fuerzas mas que para esconderse á llorar y á pronunciar entre dientes su sacramental frase, compendio de sus anhelos y suspiros:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

El comerciante llegó á temer por la vida de

su anciana madre y decidió cortar aquella situación insostenible. Al efecto, compró en Pedrejales una casita de las menos malas del lugar; la amuebló decentemente; tomó una criada de años, que congeniase con su madre, y apenas se lo permitieron sus ocupaciones, emprendió con ésta el viaje á su pueblo natal. El solo anuncio del regreso á Pedrejales curó, como por ensalmo, á la tía Candinga; recobró el humor y el apetito, y se puso en marcha, sacudiendo antes el polvo valenciano de sus zapatos y sin volver atrás los ojos para despedirse del Miguelete.

Al llegar al pueblo, que precede á Pedrejales, hijo y madre encontraron una carretera, construída durante los años que permaneció en Valencia la tía Candinga. El primero se alegró mucho de poder subir á su lugar en carruaje; pero la segunda se negó rotundamente á meterse en el carrito del Ordinario, y hubo que proporcionarle un burro para que en él cabalgase y un muchacho para que la sirviera de espolique. El hijo marchó, pues, á Pedrejales por la carretera nueva y la madre por la antigua senda de herradura, intransitable á la sazón, tanto por lo quebrado del terreno como por falta de uso.

Durante el camino, tres ó cuatro veces estuvo la tía Candinga á punto de apearse de su asno por las orejas; pero el zagal volaba en su ayuda, enderezaba el aparejo, sacudía unos varazos al burro para que caminase con más prudencia y comedimiento, y continuaban la marcha. Así llegaron á cierta cumbre, que dista una media hora de Pedrejales y desde donde ya se divisa el pueblo, montado sobre sus peñascos. Al verle se enterneció la tía Candinga y dió rienda suelta á sus lágrimas, que corrían hilo á hilo por sus mejillas; el burro se refociló también oliendo la proximidad de la cuadra, y levantando la cabeza, abriendo las narices y enderezando el rabo, lanzó patriótico rebuzno y comenzó á bajar la cuesta corriendo y dando saltos y corcovos. A las primeras de cambio perdió el equilibrio la tía Candinga, dió un grito, corrió en su auxilio el espolique, pero llegó tarde, cuando ya la pobre mujer estaba en el suelo, lamentándose amargamente, sin poder moverse y con el femur roto.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el mozalbete para incorporarla. Después de mucho bregar con la recién-caída, que al parecer se moría por puntos, logrando únicamente el aumento de sus dolores intensísimos, montó el

zagal en el burro y á galope tendido llegó á Pedrejales en busca de auxilios y socorro. El carrito del Ordinario entraba entonces en el pueblo y el imprevisor comerciante buscó dos mozos y una parihuela, volando dolorido al encuentro de su madre.

A las diez de la noche subía el triste convoy á Pedrejales por una de sus calles más lóbregas, estrechas y empinadas. La noche estaba oscura como boca de lobo y el alumbrado público de Pedrejales, reducido á tres faroles de aceite para todo el lugar, aumentaba la oscuridad en vez de disiparla. De repente se abrió la ventana de un segundo piso y sin decir *agua vá* (porque en efecto, no era agua, sino aguas, aunque menores), cayó un robusto chorro sobre la parihuela en que yacía casi exánime la tía Candinga. Se oyeron en la callejuela unos cuantos calificativos de esos que las verduleras se adjudican unas á otras cuando riñen, el portazo de una ventana que se cierra con estrépito y algunos pasos fuertes y lentos, como de gentes que, cargadas, se alejan poco á poco, y quedó todo lóbrego y silencioso según costumbre inveterada en Pedrejales, á tales horas de la noche.

Algunos días después falleció cristianamen-

te la tía Candinga, y su hijo vendió la casa y cuanto en ella había por cuatro cuartos, y regresó á Valencia con el propósito decidido de no volver á poner los piés en el pueblo de su naturaleza.

No quiero concluir sin participaros, que según afirman los que la ayudaron á bien morir, las últimas palabras que en su agonía pronunció la tía Candinga, fueron éstas:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!





LA MUJER Y LA FLOR.

MILLARES de millones de existencias había derramado por todas partes la mano del Hacedor.

Soles brillantes y sin cuento giraban ordenadamente en los espacios sin fin.

Poblados estaban ya, la atmósfera de pintados pájaros, de peces y moluscos los mares, de cuadrúpedos y reptiles los continentes, de árboles, plantas y flores la terrosa corteza de nuestro globo.

Concluído tan risueño y magnífico palacio, faltaba únicamente quien lo habitase, y al efecto, creó Dios al hombre á su imagen y semejanza.

Pero contemplándole insuficiente para la realización de sus altos destinos, «no es bueno, dijo, que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante á él¹;» y estando Adán dormido al pié de un árbol, formó Dios á Eva, nó de la cabeza de Adán, para que la mujer no se creyese superior al hombre; nó del pié, para que el hombre no pisotease á la mujer, sino de una costilla, para que todos entendiésemos que la mujer es compañera lateral del hombre².

Es, pues, la mujer parte integrante de nuestro sér, carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos³, por lo cual debemos considerarla y amarla como nos consideramos y amamos á nosotros mismos.

Natural es, pues, la inclinación del hombre á la mujer, de la cual, no obstante, puede decirse como de la lengua: «Nada hay peor, nada hay mejor.» Numerosos textos de la Sagrada Escritura se refieren, unos á la bondad y otros

¹ Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi.

² Et ædificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam, in mulierem.

³ Dixitque Adam: Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea.—*Gén.*, cap. II, vers. 18, 22 y 23.

á la malicia de la mujer. Recordando aquéllos, parece un ángel; leyendo éstos, un mónstruo.

No es lo uno, ni lo otro, ciertamente; pero hoy queremos inspirarnos en los primeros, haciendo caso omiso de los defectos y miserias de este ángel caído, que tantos restos conserva aún de su pasada grandeza.

El asunto es delicado, y semejante á los ríos de cenagoso cauce, no puede profundizarse mucho sin que se enturbien las ondas cristalinas de sus aguas. Revolotee, pues, la pluma en torno suyo, y ármense de paciencia los lectores para sufrir el siguiente paralelo botánico-simbólico-moral entre la mujer y la flor.

*
* *

Atrevido es comparar en absoluto la mujer á la flor; pero como todo es relativo entre los míseros humanos, en nuestra opinión, la analogía puede sostenerse.

Gramaticalmente hablando, pertenecen unas y otras al bello sexo, pues si hay alguna entre las flores, como el clavel, el geranio, el amaranto, el tulipán, el dondiego y el ranúnculo que aunque bellas forman en las filas del sexo feo, la excepción confirma la regla y el nombre

además no altera la naturaleza de la cosa, como dicen nuestros vecinos traspirenaicos. Siempre la flor será hembra, mal que les pese á los eriguídos girasoles, como siempre los nombres propios de mujeres despertarán en la inteligencia ideas femeniles. La experiencia, de acuerdo con la razón, acredita las íntimas relaciones existentes entre los sexos y ciertas cualidades de las cosas ó abstracciones sustantivadas. Por eso á la idea macho subsiguen natural é inmediatamente en nuestra inteligencia las de virilidad, fuerza, poderío, grandor, magnificencia, etcétera, y á la idea hembra acompañan, por lo común, formando su corte, las de debilidad, finura, delicadeza, pequeñez, gracia, hermosura y otras semejantes. Relacionadas están, pues, la mujer y la flor, por su género, con las mismas representaciones intelectuales, analogía no despreciable si se tiene en cuenta que las ideas son los ejemplares de las cosas.

Varia y discorde es la etimología de la palabra flor; pero tanto San Isidoro, que la deriva del latín *fluor* (correr), como Arias Montano, que la hace originaria del hebreo *perath* (volar), aluden á su corta existencia y á la rapidez con que se marchita su hermosura. Sin duda con ello ha querido darnos á entender el Criador

que en el desierto de la vida no hay belleza perfecta ni estable. Son, sin embargo, lo más bello del reino vegetal, tan lleno de encantos, y esparcidas están por todas partes convirtiendo la morada del hombre en jardín inmenso. Bajo la yerba de los prados, entre las hojas de los árboles, sobre la superficie de las aguas, en el fondo de los mares, en las quiebras de los peñascos, en las laderas de los montes, lo mismo en risueño y profundo valle que en majestuosa y altísima cumbre, en todas partes, en fin, donde un puñado de tierra ha sido humedecido por algunas gotas de agua, se encuentran flores hermosas que llenan de admiración y contento. Al romper el alba, cuando la sonrosada aurora, precediendo al astro rey, asoma por las puertas del Oriente, las flores abren sus corolas, desperézanse sus estambres, recojen en su seno las perlas de la mañana y exhalan en todas direcciones su perfumado aliento. ¿Qué hermosura hay comparable á la hermosura de la flor? ¿Qué esmalte el de sus pétalos! ¿Qué variedad y finura la de sus colores! ¿Quién no tiene por vulgar y grosera la púrpura del fastuoso Salomón comparada con el irisado lirio? En las flores se encuentran los más delicados matices, que puede idear la fantasía y combinar la destreza del me-

jor pintor. El blanco níveo purísimo en las azucenas y galantos, escarlata vivo en el granado, rosa con sus mil variedades en las rosáceas, azul cielo en el aciano, amarillo de oro en la caléndola, el verde en muy pocas y el triste negro en ninguna... ¿Quereis mezclas íntimas y combinaciones delicadas? Ahí están los tulipanes, anémonas y ranúnculos dobles. Sus formas son tan raras y caprichosas que unas veces parecen hijas de la más exaltada fantasía, y otras vivos retratos de muchos objetos que nos rodean. Las hay de todos tamaños, microscópicas, como las del sauce y tan grandes como las de la *Aristolochia cordiflora mutis*, que á los niños de las riberas del magestuoso río de la Magdalena donde vegetan, les sirven de sombrero para sus juegos. Hermosas á la vista, suaves y delicadas al tacto, dulces por la miel que encierran al paladar, son también gratas al olfato por sus aromas y perfumes. Tanta hermosura y perfección tanta, marchitas por los ardores solares ó tronchadas por el vendabal, desaparecen sin embargo velozmente. Con razón cantaba el dramaturgo insigne Calderón de la Barca¹:

¹ El Príncipe Constante.

«Éstas, que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
Tanto se emprende en término de un día.

A florecer las rosas madrugaron
Y para envejecerse florecieron:
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.»

Tan corta es la vida de la flor, que empieza á morir apenas nace.

También las mujeres son flores que en todos los países, edades y climas hermocean la vida del hombre. Al formarla, el Artista Supremo derramó sobre Eva, nuestra primera madre, todas las gracias, para que de esta manera fuese compañera inseparable del hombre. Hija, esposa ó madre, á su lado la vereis siempre, lo mismo en los albores que en el ocaso de la vida, desde la cuna al sepulcro, compartiendo con el hombre sus alegrías y reservándose casi por completo sus penas. La historia de la mujer es un sacrificio continuo en aras del amor. Todo

lo embellecen sus encantos, todo lo suaviza su ternura, todo lo perfuman sus virtudes.

La mujer es la criatura más hermosa que, en el orden orgánico, salió de las manos del Criador. Las rosas con azucenas mezcladas de sus mejillas, el ébano ú oro de sus largos y sedosos cabellos, la brillantez seductora de sus rasgados ojos, negros unas veces como la endrina, y azules otras como el cielo, la suave sonrisa de sus labios, la pequeñez y regularidad simétrica de sus dientes, su voz armoniosa y dulce; la nivea blancura de su cutis, la extraordinaria suavidad de sus contornos, la majestad airosa de su flexible talle, y la gracia, en fin, que cual manto soberano la rodea y con el cual se cubre, son prendas suficientes para que la más descontentadiza estética ponga en su mano el cetro de la hermosura. ¡Lástima grande que siendo verdad tanta belleza, no sea, sin embargo, duradera! Le sucede lo mismo que á la flor. Cuando ha empezado apenas á lucir sus encantos, la implacable mano del tiempo con sus canas y arrugas, las huellas físicas y morales indelebles de contrariada pasión, ó la acción de enfermedad destructora, la deslucen y marchitan, tronchando á veces para siempre su erguido talle. Por extraordinaria que sea, la

hermosura pasa con rapidez, como la verdura de las eras, como nave que surca veloz las olas del mar inmenso, como nube que ligera cruza el horizonte, como impalpable sombra que dura menos que la luz que la produce. Únicamente la belleza del alma inmortal no se marchita ni pasa nunca. Semejante á la siempreviva, dura tanto como el sér eterno, que con tan preciada joya se engalana.

¿Cabén mayores semejanzas generales entre la mujer y la flor?

Otras analogías simbólicas existen además entre las más hermosas flores y las principales virtudes femeniles. Citemos tres casos nada más.

*
* *

Hay mujeres-azucenas cuyos caracteres son fáciles de indicar conociendo á la mujer y la flor.

La palabra *azucena* procede, según unos, de un verbo hebreo que significa *placer*, sin duda porque lo produce, y muy intenso, el suave aroma que exhalan los seis pétalos de esta preciosa *liliácea*; según otros, del *soucan* árabe, que significa *blancura*, *pureza*, y que tan íntima re-

lación de semejanza tiene con el nombre de la casta *susana* y con el de la ciudad de Susa en Persia, célebre por sus muchas y bellísimas azucenas y por el aceite famoso de *susino*; y según algunos, del *saurana* asiático, que también equivale á pureza. Para ensalzar esta virtud escoje la Sagrada Escritura varias imágenes simbólicas: entre los animales la oveja, la paloma entre las aves, á Sión entre todos los pueblos del mundo, y á la azucena entre las flores como la más blanca y perfumada. Es lo cierto que desde los tiempos más remotos, viene siendo la azucena símbolo de la castidad. Los poetas antiguos Calpurnio, Lampridio, Claudiano, Marcial, Nicandro, Virgilio, etc., y aun los naturalistas, como Plinio, manifiestan con sus comparaciones y elogios predilección especial por esta purísima flor. Propercio inmortalizó su nitidez comparándola con el ampo de la nieve, el florido *ligustro* y el marfil. Si tantas y tan hermosas canciones han entonado las liras de los poetas paganos en elogio del símbolo, ¿con cuánta más razón podemos cantar nosotros las excelencias de lo simbolizado?

Hombres hay para quienes la pureza de la mujer es una violencia física y un imposible moral. Como no la conocen, la calumnian.

Prescinden de que tienen madres y hermanas, y juzgan á toda una mitad del linaje humano, la más hermosa por cierto, por cuatro miserables mujercuelas con quienes han pasado los más bellos años de su vida y á quienes deben la pérdida de su dinero, de su salud, de su honra, de su dignidad, de sus ilusiones y hasta de su común sentido. ¡Pobres diablos! ¡Cuánto dieran ellos por compartir su degradación con una de esas mujeres, moralmente hablando, blancas como la azucena y la pluma del cisne; puras como el diamante, cuya falsificación ha sido imposible, firmes en su pureza como el granito, roca primitiva, y cuyo aliento, dulcemente perfumado, ennoblece y vigoriza cuanto baña!

La castidad es indudablemente la más preciada joya de la mujer en todos sus estados. Reviste formas diferentes y grados distintos en cada uno de ellos; pero es en todos la más sublime y capital virtud, de la cual dependen y sin la que ni existen ni se explican las demás. «La mujer es tanto más afectuosa y más tierna, cuanto es más pura (dice el ilustre P. Ráulica en su hermosa obra titulada *La Mujer Católica*); y la abnegación sólo germina y crece en su corazón á la sombra del lirio de la virginidad.» En efecto, la virginidad es entre las virtudes

como la azucena entre las flores, la más blanca, la más suave y aromática. La mujer virgen, hija en el hogar doméstico y esposa de Jesucristo en el retiro del claustro, es el prototipo de la mayor belleza moral que el hombre puede imaginarse. Respetada y distinguida, desde la más remota antigüedad por todos los pueblos, hasta por los más salvajes é incultos, con razón es considerada entre nosotros como persona sagrada y hasta los más cínicos le tributan el homenaje de su admiración y de sus aplausos. En el seno de este precioso capullo cerrado á las influencias todas de la sensualidad, consérvanse más puros los sentimientos, más delicados los afectos, y más sublime el sacrificio. Este estado augusto y casi divino hace de la criatura un ángel, eleva el entendimiento, vigoriza la voluntad y abre el corazón á todas las emociones de la ternura, de la compasión, del verdadero amor ó caridad. «La mujer santa y honesta es la gracia añadida á la gracia; no hay tesoro alguno que equivalga á la castidad de su alma¹.»

¹ Gratia super gratiam mulier sancta, et pudorata. Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ.

Eccl., XXVI, v. 19 y 20.

«La mujer virtuosa, ha dicho Balzac, el implacable anatómico de los afectos humanos, tiene en el corazón una fibra más ó una fibra menos que las demás mujeres: es estúpida ó sublime.» La mujer sublime de Balzac es la Susana de la Escritura, la mujer-azucena de este artículo.

*
* *

Hay mujeres-violetas, angelicales criaturas que modestamente se ocultan á las escudriñadoras y procaces miradas de los hombres. ¡Qué bien dice la modestia á la hermosura! Dón del cielo es la hermosura que atrae y encanta á todo aquel, cuyo pecho palpita al dulce calor del sentimiento de lo bello; pero la hermosura soberbia, indigna; la vanidosa, ofende; hace reir la fátua, da compasión la tonta; la de mármol, hiela: tan sólo la hermosura modesta cautiva corazones y rinde las fortalezas de los pechos insensibles.

Encuéntrese ordinariamente la violeta en lugares recónditos, y oculta muchas veces bajo el verde ropaje de la yerba. En los jardines se utiliza para orlar con ella los cuadros de otras flores, y se emplea también en cordones que

separan los paseos y calles unos de otros. Nunca hace ostentación de sus galas en sitios de preferencia. No obstante, su aroma, intenso, á la vez que delicado y suave, la descubre: no se la vé, pero se la siente. Sufre con resignación heróica los temporales, y prospera en todos los terrenos y climas.

Exactamente lo mismo sucede con la mujer modesta. Sin huír de los sitios públicos, nunca se ofrece en espectáculo, ni procura llamar la atención eclipsando con sus trajes, maneras ó adornos á sus compañeras. Escoje siempre las últimas filas, y cuando el peligro arrecia ó la ocasión lo requiere, se oculta tras el follaje de las altaneras é inodoras yerbas y flores sus vecinas. Aunque ¡empeño vano! rara vez el oropel oscurece al oro, ni las piedras falsas pasan por finas, ni el verdadero mérito se confunde nunca con el aparente y de relumbrón. Cuanto más empeño pone en ocultarse, tanto más se la nota y mira. En los salones se coloca ordinariamente en los extremos del cuadro; pero hasta allí la sigue y allí la encuentra la mirada inteligente del hombre discreto y de gusto. Como la violeta, la mujer modesta, despide tan suave y delicado aroma, sus virtudes de tal manera embalsaman la atmósfera, que su

presencia se adivina y su hermosura brilla tanto más cuanto mayor es la oscuridad del cuadro en que voluntariamente se encierra. Planta de todos los países y climas, no la desespera la adversidad ni la envanecen los días prósperos. Por el contrario, la mujer que hace ostentación de sus galas y prendas personales, sin que pueda evitarse, repele y ofende. El desdén es el mayor castigo de la vanidad. Mujeres consagradas por completo á la egolatría, no pueden hacer nunca la felicidad ajena. La mujer-violeta es una de las flores que más embellecen y aromatizan la vida del hombre.

*
* *

Por último, la mujer-rosa, es el único remedio eficaz que puede contener la disolución de la familia, tan rudamente combatida en los tiempos modernos.

Tan gran número de variedades comprende la familia de las *rosáceas*, que sería prolijo y difícil enumerar sus caracteres, lo mismo en la mujer que en la flor. La subdividen muchos botánicos en ocho tribus, sesenta y dos géneros y cerca de mil especies; pero queremos referirnos únicamente al género rosa. Existen diversas

especies é infinitas variedades de rosas. Sencillas unas y cuya corola se compone sólo de cinco pétalos; dobles otras, vulgarmente llamadas de *cien hojas*; finas éstas y perfumadas con suavísimo aroma; de todo el año aquéllas, inodoras y abundantes; blancas algunas como la leche, sonrosadas la mayor parte y encendidas como el fuego muy pocas, todas ellas tienen para su custodia y guardia espinas numerosas y punzantes.

Símbolo son estas espinas de la fidelidad conyugal. La mujer, como la rosa, no debe tolerar que nadie la toque impunemente, rodeándose al efecto de las espinas necesarias. Los disolutos, á fuerza de referir su propia degradación é ignominia, han conseguido que la opinión ponga siempre en tela de juicio la fidelidad de la mujer; pero, á despecho de tan notoria injusticia, se encuentran esposas fieles de todas edades y condiciones. Verdad es, que el mundo elegante dá preferencia sobre las rosas vulgares á flores raras y exóticas, cuyo mérito único consiste en haber costado mucho; pero ¡ay de la sociedad el día en que del jardín doméstico desaparezca la mujer-rosa!

*
* *

Para concluir, hombres que habeis tenido la paciencia de leer estas líneas, ¿quereis que las mujeres sean verdaderas flores que todo lo embellezcan y embalsamen?

Prodigadles, pues, los exquisitos cuidados que la delicadeza de toda flor reclama y no las marchiteis nunca con vuestros ardores concupiscentes.

Mujeres, que, con tanto gusto, os habeis visto comparadas á las flores, ¿quereis que el paralelo sea exacto?

No olvidéis, pues, un momento que la única belleza inmarcesible es la del alma; y que no hay seducción tan poderosa como la que sobre el hombre ejerce la mujer casta, modesta y fiel.





TODO UN POEMA DE AMOR CRISTIANO.

I.

VALVERDE es un lugarejo, enclavado en el corazón de una alta sierra y en el fondo de un hermoso y, como su nombre dice, verde valle. Cuarenta ó cincuenta casas con su iglesia parroquial y campanario correspondientes, algunos huertos entre las casas y en sus alrededores, extensas praderas donde pasta numeroso ganado mayor, pinares espesos, un riachuelo y muchas fuentes: hé aquí, en cuatro palabras, todo cuanto compone el lugar y su término.

II.

También en las aldeas, entre los estériles riscos de escarpados montes y miserables praderas de los valles, viven personas cristianas y felices, más felices, y sobre todo más cristianas que muchos encopetados habitantes de cultas y populosas ciudades. No diré yo que todos los montañeses sean honrados y dichosos, porque faltaría á la verdad; pero sí aseguro que lo eran, y mucho, los protagonistas de este relato.

La tía Anacleta y la tía Ramona, respetables comadres de Valverde, viudas ambas, regularmente acomodadas las dos, tenían aquélla un solo hijo, llamado José María; y ésta una hija, también única, llamada María Josefa. Ninguna de ellas era rica, ni noble, ni poderosa, ni influyente, ni ilustrada, ni reunía, en fin, las circunstancias que, según el mundo, componen la terrena felicidad. Habían apurado muchas veces el cáliz de amargura, procedente de la humana miseria; y sin embargo, eran dichosas cuanto cabe serlo en este valle de desdichas, y daban continuas gracias á Dios por ello. ¿De dónde procedía tanta felicidad?

De sus sentimientos extraordinariamente piadosos y de su absoluta conformidad con la voluntad suprema.

III.

Juntas estaban las casas de las dos viudas, separadas sólo por un tabique, con un corral común delante y dos huertecillos detrás.

En el corral dicho, José María y María Josefa pasaron juntos los tiernos años de su infancia, entre juegos, risas y lloros; pero siempre bajo la escudriñadora mirada de sus madres. Mientras los muchachos corrían y jugueteaban en su presencia, las viudas cosían, hilaban ó hacían calceta, sentadas en un poyo de piedra, que separa las puertas de sus casas; y estrechaban aquella dulce amistad, que tenía por base el sentimiento religioso, la vecindad y la semejanza de condiciones. Esta intimidad, esta casi vida común influyó poderosamente para que los corazones de aquellos niños se apasionasen mutuamente. Aprendieron antes á quererse que á hablar; y en cariño tan profundamente arraigado, vieron con razón sus madres cierto incentivo peligroso para el porvenir.

Evitaron, pues, el peligro separándolos insensiblemente, rompiendo poco á poco aquella intimidad y acostumbrándolos con mucho tacto á considerarse y respetarse como deben hacerlo siempre los jóvenes de diferente sexo. Educáronlos, sobre todo, en el santo temor de Dios, y al abrigo de su cristiano y maternal cariño, crecieron tan inocentes como apuestos y sanos. No os figureis que eran dos beldades; pero sin serlo atraían y cautivaban con su candoroso aspecto, robustas formas y hermosos colores. Esta simpatía, que inspiraban á todos, sintieronla, sin duda, el uno por el otro, y en ella tuvieron origen los cristianos amores, que me propongo referir para edificación de los enamorados é inocente esparcimiento de mis lectores.

IV.

Tenían ya veinte años José María y diez y ocho María Josefa, y aun no habían pronunciado sus labios la menor frase amorosa; pero indudablemente se amaban con tanta intensidad como inocencia.

Se buscaban instintivamente y ya juntos se miraban en silencio, se sonreían, ruborizában-

se, bajaban los ojos, pensaban continuamente el uno en el otro y..... nada más. Separados, se encomendaban á Dios en sus oraciones y, sin saber por qué, acudían las lágrimas á sus ojos. También se llora de felicidad.

Así pasaban los días, los meses, los años y..... siempre lo mismo.

Cierta tarde de verano, regaba José su huerto. Bajó María al suyo y le dijo:

—Pepe, también yo tengo que regar las judías. ¿Me cedes la mitad del agua?

—¿La quieres toda? Ya regaré yo á la noche.

—No, con la mitad basta.

—Allá vá, pues.

Dejó correr media reguera de agua, arrancó el más hermoso capullo del rosal próximo y lo embarcó en las cristalinas ondas. Momentos después acariciaba el capullo los limpios piés de la gentil hortelana; lo libró ésta del naufragio, lo sacudió amorosamente para secarlo, aspiró con placer su aroma y adornó con él el negro y abundante rodete de sus cabellos. Mensajero ingenioso y poético, el capullo le habló al oído á María, por vez primera, del amor de José.

Mientras descalzos de pié y pierna dirigían con sus escavillos el riego en uno y otro huerto, se dijeron cantando é indirectamente lo

que no habían tenido valor de decirse verbalmente y cara á cara.

JOSÉ.

Es María más hermosa
Que el oro y la plata fina,
Más que el agua cristalina
Que corre de llosa en llosa.

MARÍA.

Es San José bendito
El mayor santo,
Que en el Cielo protege
A los humanos.
¡Bendito sea
Quien con piadoso orgullo
Su nombre lleva!

JOSÉ.

Qué me importa que te tenga
Cara á cara, frente á frente,
Si no he sabido decirte
Lo que el pecho por tí siente.

MARÍA.

No te canses, ni me busques,
Para, solitos, hablarme,
Que mi corazón no es lerdo
Y leer en tus ojos sabe.

JOSÉ.

Más quiero yo una mirada
De esos tus ojos divinos,
Que todo el oro y diamantes
De los moros argelinos.

MARÍA.

La hermosura se marchita
Y las miradas se apagan:
Lo que jamás pierde el brillo
Es la hermosura del alma.

JOSÉ.

No te quiero por hermosa,
Ni me enamora tu talle;
Te quiero porque te quiero,
Sin que el por qué sepa nadie.

La declaración estaba hecha; todo un rosal cargado de rosas se dejó ver en las mejillas de María, que pudorosa y medrosica, con el pretexto de dirigir el riego, ocultó la cara bajándose, y ya no supo qué cantar. Aunque José esperaba una contestación categórica, la elocuencia de aquel silencio le satisfizo por completo; y los fuertes latidos de su corazón, que parecía querer saltar de su pecho, fueron para

el enamorado mozo señal inequívoca de su dicha.

Continuó y terminó el riego en el mayor silencio. Ninguno de los dos se atrevió á cantar nuevamente, ni á dirigir al otro la palabra.

María recogió su azada y su escavillo y entró en la casa diciendo:

—Adiós, José: puedes quitar el agua, que he concluido.

—Adiós, lucero, (contestó éste).

Apenas quedó sólo, entonó con fuerza la canción siguiente:

Aunque tu madre no quiera
Y la mía diga no,
Si tú quieres y yo quiero
Nos casaremos los dos.

V.

Pero ambas madres adivinaron aquellos pudorosos y delicadísimos amores de sus hijos, haciendo de esta manera inútil toda declaración terminante y uniendo en santo é indisoluble matrimonio á los dos héroes de este poema de amor cristiano.





EL DIQUE DE CAÑAS.

PERO ¿qué quiere V. que haga yo, infeliz de mí? Yo nada valgo ni sirvo para nada.

Así se expresan muchos católicos, contestando al que les echa en cara su inacción, apatía é indiferencia, y se quedan tan frescos y tranquilos como si prueba concluyente legitimase su conducta y opusieran razones incontrovertibles al amonestador entremetido.

No, católicos hermanos míos, que anteponeis á todo vuestra cómoda quietud, no; semejante manera de discurrir ni es lógica ni conveniente. Oidme con calma, y con la ayuda de Dios, me prometo demostrarlo.

Vivimos en tiempos de lucha y de guerra sin cuartel. Parece que el Omnipotente tolera á las potestades del Averno que, desparramándose sobre la faz de la tierra, acosen y persigan sin descanso á la Iglesia nuestra madre. Sólo así se comprende que se haya desencadenado en el orbe católico tan furiosa tempestad contra la Roca inamovible.

¡Qué espectáculo! Las aguas suben y suben sin cesar; montes de bramadoras olas se estrellan contra la Piedra angular, como si fuesen á sepultarla para siempre en los abismos; negruzcos nubarrones se ciernen sobre el místico Edificio, rasgándose tan sólo para que le veamos bambolearse á la siniestra luz de rayos y relámpagos, precursores de truenos horrísonos; treme la tierra cual si quisiese sacudir carga tan augusta; y todo se conjura contra el erguido Anciano que, con tanta bondad como energía y lleno del espíritu de Dios, rige la nave de la Iglesia desde el místico Gólgota del Vaticano.

¡Pobres de nosotros! ¿Qué hacer para contrarestar empuje tan formidable?... ¿Qué hacer? Cuando el enemigo apresta sus fuerzas todas para el combate, ¿es prudente cruzarse de brazos?

—¿Pero qué podemos hacer nosotros, infeli-

ces? Abandonados por los poderes todos de la tierra, sin riquezas, sin talento, sin ciencia, sin organización, sin caudillo, sin nada, ¿qué quiere V. que hagamos?

—Lo primero reformar tan errónea opinión acerca de vuestro propio valimiento. Cada católico es un soldado del ejército de Cristo, que *militia est vita hominis super terram*, como decía el pacientísimo Job; y centenares de millones de soldados, que es el número de los católicos del orbe, componen tan formidable ejército, que de seguro no se encontraría en el globo quien le hiciera frente. De granos de arena constan los inmensos desiertos africanos, y de gotas de agua el incomensurable mar. Traiga cada uno su correspondiente grano de arena ó gota de agua, y el resultado será tan magnífico, que de seguro sorprenda á sus mismos autores.

Verdad es que han abandonado á la Iglesia las potestades todas de la tierra, pero por encima de las más poderosas fuerzas humanas está Aquél que todo lo puede, Rey de reyes y Señor de señores, que *deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*.

Cierto indudablemente que somos pobres, pero en medio de nuestra pobreza hemos sabido sostener magníficamente al Mendigo augusto

del Vaticano, sin olvidar un segundo que el dueño de las riquezas todas *esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes.*

No consiste el verdadero talento en juzgar de las cosas y de los hombres solamente con los elementos racionales, dentro de ese naturalismo exagerado que apoderándose vá de las inteligencias, nó. La Providencia, aunque inescrutable en sus designios, es un factor esencial para la resolución de todo problema. Menguado talento y previsión menguada la de aquellos hombres que tienen ojos, pero no ven, y en presencia de los más grandes acontecimientos no exclaman asombrados: *¡Dei digitus est hic!*

Tampoco nos falta la verdadera ciencia. Los hombres más eminentes en todos los ramos del humano saber, han vivido y viven en el seno del catolicismo, y á su propagación y defensa han consagrado sus talentos. La que orgullosamente se titula *ciencia moderna*, como si la verdad tuviese edades, es un conjunto de aberraciones maliciosas que, lejos de perfeccionar al hombre, le embrutecen y degradan. No es temible un cuerpo de doctrina que busca su fundamento en la corrupción. Corruptores y corrompidos, convertiránse á la postre en podredumbre hedionda, mientras la ciencia católi-

ca se enseñorea de las inteligencias y conserva puros los corazones.

El ejército de Cristo tiene también una organización potentísima que le es natural y propia. Identidad de creencias supone identidad de acciones y estas dos identidades son la garantía mejor de la unidad de acción y de fin. Personificada esta unidad de acción en el Supremo Jefe, colocado por el mismo Dios para gobernar la Iglesia, á cuyo efecto se sirve de una inmensa red de coadjutores y operarios, que abarca al mundo todo entre sus mallas, nunca la organización católica ha sido tan perfecta y poderosa como en los calamitosos tiempos presentes; nunca, tanto los corderos como las ovejas, han vivido más estrechamente unidos á su sagrado Pastor, que es el caudillo indefectible del gran ejército.

¿Cuáles son, pues, nuestras armas?

Aunque parezca paradójico, el gran ejército cristiano no fía la potencia de su brazo indomable, ni en la diplomacia, ni en el oro, ni en los fusiles, cañones y buques acorazados, ni en arma alguna material. Nuestras armas son de otro temple y de más eficaces resultados; no cuestan millones, y almacenadas pueden estar lo mismo en el pecho de los potentados, que en

el de los humildes. Estas armas misteriosas son la fé, la caridad y las buenas obras.

La fé traslada los montes, Dios es todo caridad, y las buenas obras cambiarían en poco tiempo la faz de la tierra convirtiéndola en morada de ángeles.

¿Dudais de la eficacia de estas armas místicas? Hagamos la prueba. Oremos sin descanso para que se aplaque la divina Justicia y ceda su puesto á la misericordia. Para que se corrijan los demás, empecemos la corrección por nosotros mismos, y seamos verdaderamente buenos y virtuosos si queremos que la virtud y la bondad habiten en el mundo. Amemos no solamente á nuestros amigos y bienhechores, cosa fácil y grata, sino también á nuestros perseguidores y enemigos para que depongan su enojo en brazos de nuestra caridad. Defendamos sobre todo valerosamente la santa causa de Dios y de su Iglesia santa, sin prudentes contemplaciones ni cobardías criminales. ¿Os parece el caso empresa temeraria é ineficaz? Leed, pues, el siguiente apólogo que, para concluir, tomo de cierto discurso de un Prelado eminente:

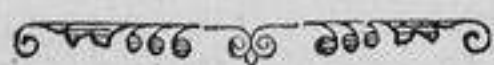
«En las riberas de Holanda se encuentran inmensos terrenos, donde el mar inutilizaba de tiempo en tiempo las labores del agricultor. Los

arquitectos, los matemáticos y los ingenieros no habían podido, á pesar de su ciencia, á pesar del granito y de los cimientos, detener las olas del Océano.

»Y hé aquí que en nuestros días halló un humilde paisano, en débil caña, un dique más eficaz que el imaginado por la ciencia. Dicha caña es la llamada por los botánicos *arundo arenaria*.

»Se planta por la primavera en las arenas del mar, y con las ramificaciones profundas y múltiples de sus raíces dá al suelo una resistencia que desafía todos los asaltos de la tempestad. Y gracias á sus plantaciones, los holandeses reconquistaron una porción de sus tierras.

»Decís que no sois más que una caña. Sea. Pero esa caña ¿no saca su savia de la tierra de la Iglesia? Extended, pues, vuestras raíces con vuestra fé, con vuestra caridad y con vuestras obras. Opondreis así á las tempestades revolucionarias resistencia más eficaz, que la que ofrecen todos los poderes combinados del oro y de la fuerza. Colocareis un dique en que vendrán á estrellarse todos los esfuerzos de la revolución, y guardareis para la Iglesia y para la patria las fronteras que supo defender y conquistar la bravura de vuestros antepasados.»





UN PENSADOR ALEMAN
Y UN FILOSOFASTRO ESPAÑOL.

I.



CUPARSE en asuntos filosóficos ligeramente y en tono festivo es, para muchos, pecado de lesa ciencia.

Para mí el gran pecado es propalar el error, aunque se haga con gravedad suma y con todo el aparato científico del mundo.

Manos, pues, á la obra, y calle la crítica.

II.

La escena tiene lugar en un coche de 1.^a. Hace ya bastante tiempo que partió el tren, y

empieza á generalizarse la conversación entre los viajeros. Un joven elegante, rubio como unas candelas, de puntiagudas patillas y gorrita de viaje con sígueme polla, lleva la batuta. Enseñando los puños de la camisa, y atusándose frecuentemente el bigote, peroraba nuestro elegante con desenfado sin igual, cortando siempre por lo sano y resolviendo todas las cuestiones más radicalmente que desató Alejandro el célebre nudo de Gordium. Le oían unos con indiferencia, celebraban otros sus dichos, reían éstos, y callaba en un rincón, dando muestras inequívocas de disgusto por tan imprudente charla, un caballero de edad. Como no hubo pito que no tocase, recayó al fin la conversación en la entonces cuestión del día, ó sea la guerra franco-prusiana.

III.

—Yo estoy por la raza germánica, dijo el rubio.

—Pues hace V. traición á su propia raza (observó un viajero), porque me parece que no es usted alemán.

—No señor; por mi desgracia soy tan español como V.

—¿Qué le pasa á V.? ¡Tan joven y ya desgraciado!

—No es eso: me avergüenzo de haber nacido en este país. Daría diez años de vida por ser alemán.

—¡Qué desatino! ¿Y qué ganaba V. con el cambio?

—Alemania es el cerebro de Europa, y España la suela del zapato.

—¡Bonita frase! (dijo un tercero); pero quisiera que tuviese V. la bondad de explicármela.

—Con mucho gusto. En Alemania se piensa: aquí, á lo sumo, se pisotea á los grandes pensadores.

—¿Y cuál es para V. el más grande pensador alemán?

—*Jeguel* (se escribe Hegel), el ilustre reformador de la lógica, que ha dado al traste para siempre con la vetusta lógica aristotélica y escolástica; el sublime autor del principio de la identidad absoluta.

El caballero anciano no pudo contenerse, y entró en materia preguntando al joven:

—¿Conoce V. á fondo la lógica hegeliana?

—Esa pregunta...

—No se ofenda V. Es muy común entre nosotros hablar de lo que no se entiende. Sólo así

me explico que haya tributado V. tan desmedidos elogios al gran sofista alemán.

—¡Caballero!...

—Nada, nada; lo dicho, dicho. El principio de la identidad absoluta, llamado en Alemania *principium tertii intervenientis* y que Hegel formula así: *identidad de lo idéntico y de lo no idéntico*, es el absurdo de los absurdos y la aberración de las aberraciones.

—Y sin embargo, *Jeguel* lo prueba de la manera más clara y concluyente. Con razón les dije á Vds. que toda la ciencia española se reduce á pisotear á los grandes pensadores, lumbreras de la humanidad.

—Es verdad (contestó el viejo). Si quieren ustedes convencerse de ello, ármense de paciencia y oigan. El cacareado principio de la identidad absoluta hace que Hegel se burle de lo que irónicamente llama *sana razón*, mientras tributa desmesurados elogios á los sofistas griegos, sus progenitores, Gorgias y Heráclito, que, como es sabido, no hubo desatino que no defendiesen, ni absurdo que no propalasen. Y como si esto no fuese bastante y quisiese superar á sus émulos, sostiene formalmente y con toda la fuerza lógica de que es capaz, como consecuencias de su flamante nuevo principio,

que son rigurosamente idénticos el *ser* y la *nada*; idénticas las *tinieblas* y la *luz*; idénticos lo *idéntico* y lo *no idéntico*; idénticas las *disyunciones* del dilema; idénticas la *identidad* y la *diferencia*; idénticos lo *finito* y lo *infinito*; idénticos *Dios* y el *hombre*; idénticas la *libertad* y la *necesidad*; idénticos el *bien* y el *mal*; idénticos el *epicurismo* y el *estoicismo*; idénticos en física lo *continuo* y lo *discontinuo*, en álgebra lo *positivo* y lo *negativo*, en economía el *activo* y el *pasivo*; idénticos el *error* y la *verdad*; y... ¡pásmense Vds.!... idénticos hasta el *sol* y la *luna*.

Una carcajada general acogió este párrafo, sobre todo la identidad última.

—Caballero (dijo el joven filosofastro), está usted calumniando al gran pensador alemán, adulterando sus afirmaciones.

—Esperaba la observación, y para sincerarme remito á estos señores y á V. mismo al tomo I de la «Logique» del P. A. Gratry, desde la página 256 hasta la 322, donde pueden ustedes tener el gusto de leer los textos originales de Hegel en alemán y en francés.

—Lo cierto es que *Jeguel* (dijo el rubio) demuestra por completo la veracidad de su gran principio. Tal vez (añadió con petulancia) la demostración no esté al alcance de inteligencias

vulgares; pero indudablemente es tan sencilla y clara como irrefutable.

—Pues si es tan irrefutable, estos señores y yo le agradeceremos á V. mucho, que nos dé un revolcón, demostrando la vulgaridad de nuestras inteligencias. Para darle á V. pié afirmo y sostengo que el principio de la identidad de lo idéntico y de lo no idéntico es un monstruoso absurdo.

—Dice bien el señor, (observaron algunos, y añadieron dirigiéndose al joven): Vamos, empiece V., le escuchamos con la boca abierta.

A pesar de su cínica imperturbabilidad, nuestro joven filosofastro tuvo conatos de ruborizarse y aguzó su ingenio para encontrarle al callejón una salida.

—¿Conocen Vds. el alemán? (dijo por fin).

—No señor.

—Pues entonces es inútil que me fatigue en vano. Hay matices tan delicados de la idea, que sólo en la filosófica lengua alemana pueden expresarse y comprenderse.

—No se fatigue V., señor mío. Para solaz y entretenimiento de estos señores voy á tener el gusto de exponer, en cuatro palabras, la irrefutable asombrosa demostración. Se trata de demostrar la identidad absoluta de lo idéntico

y de lo no idéntico; en otros términos, que *una cosa y otra cosa* son siempre *idénticas*. En primer lugar (dice Hegel) *alguna cosa y otra cosa* son la una y la otra existentes, puesto que las dos son *alguna cosa*. Poco importa á cuál de las dos, sin otra razón, llamaremos la primera *alguna cosa*. Si decimos A á cierto sér y B á otro sér, B es desde luego por lo mismo determinado como *otro*; pero A es á la vez *el otro* de B. Á los dos conviene, pues, el título de *otra cosa*. Luego los dos, tanto como *alguna cosa*, cuanto como *otra cosa*, son siempre la *misma cosa*¹, que era lo que queríamos demostrar. ¿Están Vds. convencidos?

—Hombre... (dijo uno, después de un rato de silencio), no lo veo claro.

—Pues es muy sencillo (repitió el viejo). Hegel, que se considera á sí mismo como el Mesías reformador de la lógica, empieza su capital demostración apoyándose en el principio aristotélico. Sea un objeto cualquiera, dice: yo afirmo que este objeto es idéntico á todos los demás. En efecto, sea un segundo objeto diferente del primero. Este segundo objeto es *el*

¹ *Une étude sur la Sophistique contemporaine*, par le P. Gratry, p. 114.

otro con relación al primero; pero el primero es *el otro* con relación al segundo. Los dos son, pues, *el otro*. Luego los dos son idénticos por aquel principio de la antigua lógica que dice: dos cosas idénticas á una tercera son idénticas entre sí. Aquí tienen Vds. todo el artificio hegeliano.

—Que era lo que sostenía yo (dijo cándidamente el filosofastro). La demostración no puede ser más concluyente.

—Más disparatada, debía V. decir, señor mío, porque un silogismo que tiene cuatro términos, ó mejor dicho, dos términos medios, como sucede en éste, en el cual el primer *el otro* es diferente de *el otro* segundo, ni concluye bien, ni mal, ni es demostración, ni silogismo, ni nada. Un alumno de lógica no lo hubiera hecho peor.

El filosofastro no se atrevió á replicar, ni desplegó más los labios durante el viaje.

Los viajeros apenas podían contener la risa.

El viejo volvió á su rincón.

Y yo dejo la pluma en el tintero.





A FUERZA DE TRABAJO.

I.

Los que no comprenden que el hombre pueda ser feliz mas que rodeado de riquezas, placeres, comodidades y diversiones en los grandes centros de población, que tengan la paciencia de leer lo que sigue.

II.

Salí ayer tarde con el señor Cura párroco de mi lugar, y casi sin advertirlo tomamos la orilla izquierda del río, que torciendo el paso entre juncias y sargales, atraviesa este vallejo.

—¿Vamos á la masada del tío Lorenzo?
(me preguntó).

—¿Cuánto dista?

—Una hora escasa.

—Vamos allá (contesté).

Siempre río abajo y á paso regular, llegamos pronto al fin del valle. Las dos cadenas de montañas que lo componen, aproxímanse gradualmente y estrechan tanto el cauce del río, formando un barranco profundo, que no parece sino que intentan besarse por encima de las cristalinas ondas. Las rocas de uno y otro lado están como cortadas á pico, y en sus riscos, quiebras y mesetas crecen arbustos y yerbas aromáticas de todas clases. Tosco azud de ramas y piedras, que el río cruza, surte de agua á dos acecuelas, abiertas en la misma roca, que corren por uno y otro lado del barranco, llenándolo todo de murmurios y frescura. Pasado aquel estrecho, vuelven á separarse poco á poco las montañas y en forma de zig-zag componen un angosto y largo valle, pequeño oasis en aquel desierto de áridas y escarpadas rocas. El río corre por el centro, perfectamente encajonado entre álamos y sargas. Angostos huertecillos, sembrados de judías y patatas, y sombreados por nogales, ciruelos y

acerolos, se extienden en ambas orillas, como descendiendo de aquellos montes. ¿Quién no recuerda, al verlos, los siguientes hermosos versos de Fr. Luís de León?

Del monte en la ladera
 Por mi mano plantado tengo un huerto,
 Que con la primavera,
 De bella flor cubierto,
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Saltó una liebre de entre unas matas próximas y echó á correr por los montes de la izquierda, mientras el ruidoso aleteo de una perdiz, nos hizo volver la cabeza al lado opuesto.

—Lo que sucede siempre (dijo el señor Cura); al cazador leña y al leñador caza.

Prosiguiendo nuestro paseo, en la parte más ancha del vallejo, vimos sobre el río un puente rústico y enfrente, hacia la izquierda y al abrigo de la montaña, una casa de labor, baja de techo y bastante fea, pero con todas las dependencias necesarias para la vida y el cultivo, tales como corral, paridera, pajar, era, horno y establos.

Las esquilas del ganado se oían en las laderas próximas; las cabras hacían prodigios de

agilidad y de equilibrio en los despeñaderos de enfrente; las palomas y gallinas buscaban insectos y semillas, y picoteaban tranquilamente la yerba en las inmediaciones de la casa; y dos regulares hacinas de dorada miés ocupaban la era.

III.

Estamos en la masada del tío Lorenzo. Al ruido de nuestros pasos presentáronse en el umbral de la puerta de la casa una mujer y un perro. Éste nos recibió gruñendo y ladrando: aquélla se deshizo en sonrisas y saludos, sacando inmediatamente dos sillas de esparto para que nos sentásemos en la esplanada de la puerta á la sombra de copudo nogal, cargado de nueces gordas y verdes. Al notar la actitud pacífica y amistosa de su dueña, cesó el perro de ladrar, dió unas cuantas vueltas en torno nuestro husmeando la ropa y moviendo la cola, y concluyó por marcharse á la era, en donde se enroscó sobre la paja.

—Buenas tardes, tía Anacleta.

—Las tengan ustedes muy buenas. Vaya, vaya ¿quién había de esperar á sus mercedes por aquí?

—Insensiblemente hemos venido paseando.
Nos sentamos.

—¿Tienes agua fresca? (preguntó el señor Cura á la masadera, limpiándose entretanto el sudor con descomunal pañuelo de cuadros).

—Sí, señor; pero les haría á ustedes mal, que vienen acalorados.

Entró en la masada, tomó una limpia jarra de loza, volvió á salir y se puso á gritar:

—¡Tíquia, tíquiaa, tíquiaaa...! Toma, cerrinegra, toma.

Una hermosa cabra blanca, manchada de negro, bajó en seguida brincando y se acercó á su ama. Ésta la ordeñó con limpieza y habilidad y nos entregó la jarra. Bebimos la mitad de la leche cada uno; se sentó la tía Anacleta en el suelo sobre sus talones, y entablamos la conversación que sigue:

—Bien están ustedes aquí, tía Anacleta, (dije yo). Esto es tranquilo y hermoso.

—Muy bien, sí señor: continuamente estoy dando gracias á Dios, porque me ha favorecido más de lo que merezco. Mi Lorenzo (que en paz descansa) era un marido de lo que no hay, tan trabajador, tan buenazo... ¿Pues y mis hijos? Tengo cuatro, tres mozas y un mozo, y, que lo diga el señor Cura, los cuatro son más

buenos que el pan y á cual mejor. Ellos no tienen más delirio, ni piensan en otra cosa, mas que en dar gusto á su madre. ¡El Señor me los conserve!

—Satisfecha puedes estar; que el día que os casásteis, teníais lo que yo ahora en la mano.

—Verdad es, señor Cura; pero en cuanto nos bajamos á vivir aquí parece que el Señor nos echó la bendición con la mano derecha. Le dieron á mi Lorenzo (que en gloria esté) unós cuarenta duros de la casucha que heredó y vendió en el pueblo. Con tales dineros compramos estos huertecillos, que entonces eran unos cantarrales abandonados; hicimos una barraca para vivir, y empezamos á trabajar como unos negros. *A fuerza de trabajo*, mi Lorenzo (que Dios haya) picó en la peña viva esas dos acequias, con las cuales regamos ahora lo que siempre ha sido secano; *á fuerza de trabajo* enderezó y encauzó el río, que antes se metía en todos estos campos como Pedro por su casa, destruyendo en pocas horas las labores de años enteros; *á fuerza de trabajo* convirtió en vega los cantarrales y plantó los árboles que ven ustedes; *á fuerza de trabajo* roturó quién sabe las tierras de pan llevar por esos cerros; *á fuerza de trabajo* hizo el puente, la

casa, el corral, la paridera, el horno, las cuerdas, el pajar, la era y... ¡qué sé yo! Con decirles á ustedes que aquí no se paraba mas que los domingos y fiestas de guardar, está dicho todo. Al romper el día ya estábamos trabajando, y muchas veces se nos echaba encima la noche sin haber suspendido la faena mas que para comer.

—Y las bestias, ¿cómo las comprásteis?

—Señor Cura, los animalicos á fuerza de honradez y de ahorros. Como, gracias á Dios, ni mi marido, ni mis hijos han tenido nunca vicios, una vez comidos y vestidos, ya estaba el gasto hecho.

—¡Es admirable! ¿Tampoco iban á la taberna del lugar?

—¡Jesús! ¡pobrecicos míos! Mi difunto ni bebía, ni fumaba, y mi hijo es un vivo retrato de su padre. Al lugar no subimos mas que para ir á Misa, á Vísperas y al Rosario.

—Es mucha verdad: nunca faltan.

—¿Y todo esto es de ustedes, tía Anacleta?

—Y de ustedes también, sí señor. Tengo además unas cien cabezas de ganado lanar, cincuenta cabras, un par de mulas de labor, una vaca, dos cerdos y una burra.

—En resumen (dije yo), empezaron ustedes

con cuarenta duros. ¿Cuánto calcula usted que vale la masada con todas sus dependencias, inmuebles, semovientes y aperos?

—A punto fijo no lo sé, (contestó la masadera); pero yo no la daría por cinco mil duros.

—¿Y la felicidad que aquí disfrutan ustedes?

—Esa no tiene precio, señor, y sólo puede cambiarse por la gloria, que esperamos nos conceda á todos la misericordia divina.





PERO... QUÉ HAN HECHO LOS FRAILES?



EL año de 1880 corona sus hazañas y se despide con un crimen horrendo, católica y socialmente hablando. En Francia la infortunada, nuestra vecina, los religiosos habitantes de *doscientos sesenta y un conventos* han sido sacrílegamente arrojados de sus casas por un gobierno compuesto de francmasones y sectarios. Y decimos que á la luz del Catolicismo esto es un *crimen*, porque la Iglesia católica es una sociedad perfecta, con su autoridad, fieles, fines y medios característicos y propios; una sociedad independiente de las sociedades políticas, anterior á todas ellas en or-

den al tiempo, pues ya no existe ninguna que se remonte á la época de su fundación, superior á todas juntas, como son siempre superiores los fines sobrenaturales á los fines naturales y terrenos; una sociedad, por último, que tiene el derecho perfecto de administrarse como lo estime conveniente para la mejor consecución de sus santos fines. Y en su alta sabiduría, dicha Iglesia aprobó los institutos religiosos de todo género, y los considera, no solamente útiles, sino hasta necesarios para el buen régimen y dirección espiritual de las sociedades cristianas.

Pero la expulsión de los religiosos es además en Francia un crimen *político-social*, porque se ha ejecutado, no en virtud de una ley discutida y aprobada por las Cámaras, y sancionada por el Presidente de la república, sino resucitando vetustas disposiciones legales, caídas en desuso, y por medio de simples decretos atentatorios á leyes fundamentales, que garantizan los más preciados derechos de los ciudadanos habitantes de la república. Más aún: aunque el Gobierno francés estuviera legalmente autorizado al efecto, siempre sería un contrasentido repugnante y un crimen político disolver violentamente asociaciones, no sólo

morales, sino hasta santas, en nombre de la *libertad de asociación*; impedir que los Jesuitas enseñen, en nombre de la *libertad de enseñanza*; prohibir el uso público de los hábitos monacales, en nombre de la libertad omnímota que para vestir como se les antoja disfrutan los demás ciudadanos; expulsar del territorio de la república á los frailes extranjeros, en nombre de la hospitalidad y amparo que con gusto dispensan á los reos políticos de todo el mundo y á los mismos deportados de Numea; tiranizar, en una palabra, á hombres indefensos y benéficos, en nombre de la *libertad*. ¡Santa y verdadera libertad, cómo te han puesto los revolucionarios liberticidas, que á fuerza de manosearte te ahogan y convierten en sarcasmo sangriento!

Grandes iniquidades y desafueros, no previstos ni penados por las leyes del país (dicen ciertos imbéciles), habrán cometido los frailes, cuando de tan inicua manera se les trata. Otros, de esos que por efecto de su indiferencia criminal y supina ignorancia viven en perpétuo limbo, preguntan recelosos y como asombrados: Pero... ¿qué han hecho los frailes?

Á unos y otros se puede dar contestación satisfactoria y cumplida con dos adarmes de sentido común y la historia en la mano. Por-

que, en efecto, los frailes arrojados de sus casas en Francia, como todos los frailes del mundo, empezaron su carrera de espinas cometiendo el crimen inaudito de renunciar al mundo, sus pompas y vanidades, para consagrarse á Dios por medio de solemnes votos de pobreza, castidad y obediencia. Muchos de esos hombres, perseguidos hoy cual si fueran criminales, llevaban en el mundo nombres ilustres, pertenecientes algunos á las primeras casas de Francia; ocupaban altos puestos; disfrutaban pingües rentas; tenían asegurado brillante porvenir científico, literario ó artístico; y eran objeto, en una palabra, de todo género de consideraciones sociales. No obstante, almas de temple superior, en vez de utilizar tales proporciones y ventajas para engolfarse en los placeres del siglo, á todo renunciaron gozosos por consagrarse á la gloria de Dios y provecho de sus hermanos. Lo mismo al romper el alba que al ponerse el sol, tanto durante el bullicio del medio día como en el silencio y oscuridad de las altas horas de la noche, los rezos y cánticos de los religiosos suben sin cesar al trono del Altísimo, contienen su airada mano, alcanzan lluvia copiosa de beneficios para los mortales, y con áncora y cadena de oro anclan el bajel de este mundo en

los puertos celestiales. Mucho se ha declamado contra las Órdenes religiosas en general y las meramente contemplativas en particular. Pero ¿qué sería de nosotros sin los ruegos continuos y oraciones amorosas de estos ángeles humanados? «Hoy, como en otros tiempos, dice un escritor contemporáneo¹, los institutos religiosos tienen una doble misión, espiritual y temporal, que procede de un principio común: el de renunciar al mundo para practicar los ejercicios y las virtudes que elevan al hombre á Dios, y alcanzan la perfección cristiana. La abnegación, la obediencia, el sacrificio y el desinterés son los primeros deberes del religioso. Si se pregunta al católico en qué consiste esa alta autoridad de la vida religiosa, no necesita invocar otras doctrinas que las que se encuentran en lo íntimo de su corazón. ¿Es eficaz la oración? ¿Se aumenta su fuerza con la unión de los que oran? ¿Son colectivos el pecado y el perdón? ¿Puede ponerse en duda la solidaridad de los hombres ante Dios? Si estas bases de la fé son seguras, nadie tiene derecho á preguntar

¹ Ed. Ducpetiaux: *Las Órdenes religiosas y monásticas*, párrafo tercero, citado por D. José María Antequera, en su excelente folleto *Las Órdenes religiosas*, página 43.

para qué sirven los hombres que se santifican por los demás, y que ofrecen por ellos una oración y un sacrificio perpétuos... Y es el caso que aun las mismas Órdenes religiosas contemplativas han tenido una utilidad temporal que han conservado hasta hoy; y es que, en presencia del materialismo pagano, los primeros religiosos han rehabilitado la dignidad del hombre, haciendo predominar el espíritu sobre la materia.» Si, lo que Dios no permita, llegasen á faltar por completo estos hombres justos, tal vez caería sobre la tierra castigo análogo al que destruyó las ciudades nefandas.

Esto han hecho, esto hacen los frailes. Pero no todos los institutos religiosos se dedican sólo á la vida contemplativa. Saben Hermanarla perfectamente con la vida activa, y, para la humanidad, beneficiosa en alto grado. ¿Se quiere un cuadro verdadero y poético á la vez de lo que debemos á la actividad incesante de las Comunidades religiosas que pasaron? Léase lo que decía hace poco en elocuente discurso mi ilustre amigo el Marqués de Valle-Ameno, al inaugurar las sesiones de la Juventud Católica de Valladolid: «Su iglesia es el santuario de Dios; pero es á la vez el templo de las artes concertadas para entonar un himno á la Divinidad; junto á

sus retablos góticos, al lado de los doseletes que cobijan las efigies de los Santos, reveladoras de las virtudes cristianas, iluminados por la matizada luz que refractan las pintadas artísticas vidrieras, tapizan los muros y las haces de afligranadas columnas los símbolos y trofeos de las glorias patrias; consérvanse en la biblioteca, á costa de mil afanes, los restos del saber de la antigüedad, y en ella se ilustra la historia contemporánea con la redacción de la minuciosa crónica á que los monjes se consagran, arros-trando el desdén con que se mira el trabajo de cronistas, y aún más el de copiadores; ellos lo prescriben en sus reglas, equiparándolo á las más santas ocupaciones; las miniaturas del precioso códice, sólo posibles á *la paciencia de un fraile*, muestran á las edades futuras apreciabilísimos datos para la iconografía y la indumentaria; aprende el pueblo á venerar la memoria de egregios caudillos y de insignes bienhechores, acompañando las plegarias elevadas sobre sus tumbas, con amor conservadas en los claustros; en ellos también las cátedras de enseñanzas superiores; en los pórticos, las escuelas elementales; en sus átrios, la alberguería; en sus hospitales, academias de medicina célebres, como las de Monte-Casino y Salerno; dentro de

las cercas, las granjas modelos; alrededor de sus muros, las ferias y los mercados. El báculo del abad interponiéndose entre los príncipes y los señores para evitar civiles contiendas; la caridad monástica protegiendo á los plebeyos, alcanzándoles exenciones y franquicias; con el establecimiento de fiestas votivas, aumentando los días de descanso del siervo; el trabajo, despreciado en la antigüedad, y mirado como propio de la esclavitud entre los germanos, aceptado y enaltecido por el claustral; con su dirección y sus manos, construyendo calzadas y puentes que sobrevivieron á los siglos, y acaso á la ruina de los debidos á ingenieros antimonásticos; la predicación del fraile inflamando el corazón en santos propósitos, apoyando grandiosos proyectos, alentando el ardimiento y denuedo para las obras meritísimas allí donde desesperanzaban los más esforzados ánimos, y por lo que hace á nuestra patria, sosteniendo é ilustrando la constancia que agrandó el pequeño reino de Asturias, cuyos límites medía una mirada, hasta convertirlo en el poderoso imperio dominador de dos mundos.»

Esto han hecho y esto hacen los frailes. Después de aprobar y aplaudir de un modo especialísimo las Órdenes religiosas, las asociaciones

y los institutos piadosos de todo género, dice el sabio Leibnitz, por el señor Antequera citado: «No puede haber en verdad nada mejor que llevar la luz de la verdad á las regiones más apartadas, atravesando los mares, despreciando los calores y los hielos; que ocuparse en la salud de las almas, privarse de todos los placeres, y aún de los atractivos de la conversación y del trato social, para dedicarse á la contemplación de las verdades sobrenaturales y á la meditación de las cosas divinas; que consagrarse á la educación de la juventud para despertar en ella la afición á las ciencias; que auxiliar á los desgraciados, á los presos, á los condenados por la justicia y á los enfermos, á los que están privados de todo, ya en las cárceles de por acá, ya en remotos países, y practicar estos actos de la más ardiente caridad sin el más mínimo temor á la mortífera peste.»

Pues bien: todo esto y mucho más han hecho y hacen en todo el mundo los frailes. Pero si se quiere concretar la cuestión á la desventurada Francia, que, por lo mismo que marcha á la cabeza de las naciones en orden á la civilización materialista y escéptica que hoy se estila, ha menester en mayor escala de los institutos religiosos, entónces la indignación hace que la

pluma salte en pedazos y que la prudencia huya del labio tembloroso. El diputado legitimista M. Emilio Keller acaba de prestar un servicio insigne á la Religión y á su patria publicando un libro voluminoso, que se intitula: *Les Congregations religieuses en France; leurs œuvres et leurs services* (París, librairie Poulsiegne, 1880), en el cual, con numerosos datos estadísticos y con hechos incontrovertibles, prueba las pérdidas materiales y morales que la supresión de las Congregaciones religiosas ha hecho sufrir á Francia. Las Comunidades religiosas instruían en Francia á 2.209.919 niños, y auxiliaban á 200.700 personas de la manera siguiente: en los hospicios y hospitales, 114.259; en las casas de huérfanos ó de obreros, 60.265; en las llamadas casas de refugio, de preservación y de corrección, 11.815, y en los asilos de dementes y sordo-mudos, 14.361.

Esto y mucho más, que no es posible reducir á números, han hecho en Francia los frailes.

¿Por qué, pues, nos preguntará algún cándido, los arrojan de sus propios y sagrados asilos, y hasta los expulsan del territorio de la república? Por la razón sencilla de que el espíritu de las tinieblas no puede soportar las miradas del espíritu de la luz, y no quiere tampoco

que haya parangón posible entre las obras de uno y otro, para no morir de rabia y de vergüenza.





LA MUERTE DEL RICO... CRISTIANO.



CABO de leer en el número 8.537 de *La Correspondencia de España*, un cuadro de costumbres francesas, titulado *La muerte del rico* y escrito para *El Figaro* por Emilio Zola, cuya pluma, semejante al gancho del trapero, se dedica á revolver las inmundicias sociales para arrojarlas luego á la faz de la cultura moderna. En vez de bajar á las cloacas, aquí sube á los palacios, y vestido de frac, corbata blanca y guante del mismo color, con todas las complacencias irónicas del socialista y del incrédulo, pinta en el referido cuadro la *muerte del rico... francés*. Dios me libre de decir

que la pintura está mal hecha: en la paleta de Zola hay colores abundantes, maneja el pincel con destreza, no falta quien asegura que retrata admirablemente y nada me cuesta confesar que tiene, por último, más intención que un toro, si posible es que los toros tengan tales cosas. Pero si la pintura dicha es verosímil, si la muerte del rico francés es el modelo, ¡pobres ricos! y ¡pobre Francia!

*
* *

El Conde de Vertuil, casado con la rubia más hermosa de París, según se dice, vivió con su esposa Matilde seis años en la mayor intimidad, durante los cuales tuvieron un hijo y una hija. Rompieron después todo linaje de relaciones, presentándose ante el mundo como enamorados y siendo sólo buenos amigos y egoístas. Al volver de un baile, y cuando empezaba á dormirse, supo la Condesa que su marido estaba indispuesto y volvió penosamente la cabeza al lado opuesto, mandando que la despertasen al día siguiente á las diez, porque esperaba á la modista. El Conde se agrava con toda la elegancia y pulcritud del mundo, mientras Matilde come, duerme y pasea á las horas de costum-

bre, contentándose con visitar brevemente á su marido. Una noche, el enfermo nota que respira con dificultad: sabe que no verá nacer el nuevo día. Al entrar la Condesa á hacer su visita ordinaria, le dice simulando una sonrisa:

—No salgais: no me siento bien.

Quiere evitar los juicios y la crítica del mundo. La Condesa esperaba este ruego y permanece en la alcoba. Los médicos no se separan del agonizante. Los dos criados prestan sus servicios con su habitual mutismo. Han sido llamados los hijos Fernando y Blanca, que se acercan al lecho y acompañan á su madre. Los demás parientes están en una habitación contigua. La mitad de la noche se pasa así, esperando la catástrofe: cumplido el ceremonial, puede el Conde morir.

Pero no se dá prisa: parece encontrar fuerzas para evitar una muerte entre convulsiones, un fin horroroso. Su respiración se oye en la amplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto. ¡Es un hombre bien educado que se vá! Y después de abrazar á su mujer y á sus hijos, les indica que se aparten, se inclina del lado de la pared y muere.

Entonces uno de los médicos se acerca, cierra los ojos al muerto, y luego dice:

—¡Todo ha concluido!

Razón por la cual se llama con urgencia á un sacerdote de la parroquia para que vele al difunto; se embalsama el cadáver; se expone después, con la frescura y lozanía simuladas de la juventud, sobre el monumental catafalco de la capilla ardiente; se le conduce al cementerio con pompa inusitada; se pronuncian varios discursos al borde de la gran tumba, de mármol blanco, del finado; canta Fauré en sus funerales, mientras los asistentes arrobados piensan en las noches de la ópera, y durante todas estas ceremonias la Condesa viuda no se ha movido de la mecedora. Continúa entretenida con el cordón de su cinturón; mirando al suelo, entregada á pensamientos que, al fin, devuelven el perdido color á las mejillas de la encantadora rubia.

En compendio, este es el cuadro de Zola, publicado por *El Fígaro* de París, traducido por *La Correspondencia de España* y que me autoriza para exclamar: ¡así mueren los ricos en Francia!

*
* *

En España, el rico verdaderamente cristiano, muere de muy distinta manera, y la mejor

refutación que puede hacerse del artículo naturalista de Zola, consiste en contraponer muerte á muerte y cuadro á cuadro. Empiezo.

Don Fernando Fernández de Córdoba tiene 65 años de edad, aunque parece más viejo; es de pequeña estatura, y está delgado y pálido.

Su frente espaciosa y brillante calva, circuida de canas níveas, dán á don Fernando cierto aspecto venerable que inspira respeto. Heredero de una gran fortuna, estudió Jurisprudencia y se recibió de abogado con el sólo propósito de poder administrar mejor sus intereses. No ejerció nunca, ni quiso ser tampoco gran cruz, diputado, ni siquiera gobernador de provincia.

Después de maduro examen para conocer su vocación y de haber estudiado detenidamente las condiciones morales de su futura, casó con doña Carmen Cebrián de Cifuentes, dama tan piadosa como ilustre. Enamorados recíprocamente de sus almas hermosas y virtudes respectivas, cargaron juntos con la cruz del matrimonio y convertidos en una sola carne, juntos llevaron la carga durante cuarenta años, juntos y cristianamente educaron á sus hijos, juntos derramaron el bien á manos llenas y juntos invirtieron en obras pías y de caridad el no pequeño sobrante de sus rentas. Celosos administra-

dores de los bienes de los pobres y verdaderos padres de familia, durante su larga peregrinación por el destierro de este mundo, no hubo para ninguno de los dos ni acción perdida, ni momento de huelga.

*
* *

Invadió la viruela el hospital de la población residencia de nuestro cristiano matrimonio, tomando carácter verdaderamente epidémico y causando defunciones numerosas. El pánico se apoderó de los dependientes asalariados del hospital y huyeron todos. Para la asistencia de los enfermos, quedaron únicamente el capellán de la casa, otros sacerdotes (la clerigalla, como dice Zola en sus novelas inmundas) que espontáneamente acudieron á ejercer su sagrado ministerio, compartiendo con aquél el peligro, las Hermanas de la Caridad y los médicos, pues aunque por desgracia muchos de estos últimos carecen de creencias religiosas, rara vez faltan á los deberes de su profesión humanitaria. Pero dicho personal, aunque escogido, era insuficiente para las atenciones del servicio, y á fin de llenarlo cumplidamente, se acudió á la caridad pública.

D. Fernando Fernández de Córdoba fué uno de los primeros que se personaron en el hospital y puso inmediatamente manos á la heróica obra. El abatimiento se apoderó luego de su varonil ánimo. Al cuarto día no pudo más y se retiró á su casa, presa de un frio intenso, que le duró tres ó cuatro horas y al cual siguió un calor muy fuerte, acompañado de náuseas y de dolores de cabeza y riñones.

Cuando doña Carmen lo supo, no volvió perezosamente la cabeza, ni dió órdenes para la modista, ni pensó siquiera en tales vaciedades y zarandajas; sino que, muerta de angustia, corrió al encuentro de su marido, le desnudó por su propia mano, le hizo acostar y puso en movimiento á toda la casa.

Dos días después, la epidermis de D. Fernando apareció cubierta de manchitas rojas, con puntos blancos en el centro, que al sexto día se convirtieron en granos como guisantes, asquerosos y purulentos. Declararon los médicos, que el bueno de D. Fernando padecía una viruela maligna confluyente, y la consternación se apoderó del ánimo de los parientes, deudos, amigos, subordinados y conocidos del enfermo. No tenía enemigos.

Asistíanle personalmente su esposa é hijos,

que no se separaban un punto de la alcoba, ni de día ni de noche, á pesar de las prescripciones facultativas é instancias de D. Fernando. Aquel espacioso dormitorio no estaba colgado de raso, ni de hilo crudo, ni siquiera de cretona. Sencillamente estucadas sus paredes, el aseo y la modestia eran todo su lujo, y sus adornos un precioso crucifijo de marfil, de regulares dimensiones, colocado en la pared opuesta á la cabecera de la cama, una pila de porcelana de Sévres con agua bendita, y un reclinatorio de ébano.

Para evitar el contagio se prohibió terminantemente la entrada en la alcoba á todo el que no fuese de la familia; pero el cariño respetuoso que todos profesaban á D. Fernando y la gratitud que le debían muchos, rompieron más de una vez la prudente consigna.

Nada pudo la ciencia contra enfermedad tan repugnante. D. Fernando se agravaba por momentos, y la cariñosa asistencia de su familia, servía únicamente para endulzar los últimos momentos del enfermo, el cual, sin excitación de nadie, pidió por sí mismo los últimos sacramentos.

Su confesor habitual salió de la alcoba, después de haber recibido la confesión última de

D. Fernando, con los ojos arrasados en lágrimas y edificado en extremo. La parroquia puso en movimiento á todos sus dependientes para administrarle públicamente el Viático. La procesión, que acompañó al Rey de reyes, fué tan devota como lucida. La casa del enfermo recibió á su Divina Majestad, con toda la ostentación y limpieza propias de acto tan solemne. Muchos de los amigos del moribundo penetraron en las habitaciones del enfermo con velas encendidas en las manos, y acompañaron al sacerdote hasta la misma alcoba. Mezclados con los individuos de la familia, arrodilláronse en torno de la cama, junto á la cual se había improvisado un altar con el Cristo de marfil y varios candeleros de plata. Lágrimas de felicidad corrían hilo á hilo por las deformes mejillas de D. Fernando, mientras recibía el pan de los ángeles con algún esfuerzo. Majestuoso é imponente, á la vez, era aquel silencio, interrumpido tan sólo por las oraciones que recitaba el sacerdote, las piadosas exclamaciones del moribundo, los gemidos ahogados de su familia y el chisporroteo de las velas encendidas. ¡Cuántos consuelos prodiga la Religión por medio de sus ceremonias augustas á el alma piadosa y creyente!

D. Fernando no cesaba de dar gracias á Dios por el beneficio insigne de haberse dignado visitarle en su hora postrera. Su tranquilidad y alegría casi aminoraban el dolor de la atribulada familia, que sin salir un momento de la infestada alcoba, no piensa en el contagio á que se expone, pero sí en la pérdida irreparable que la amenaza.

Se aproxima el trance fatal. Su esposa é hijos escuchan entre mal reprimidos sollozos las instrucciones y consejos últimos de D. Fernando; reciben de rodillas su bendición; se despiden besándole amorosamente la granujienta mano; ineficaces son los esfuerzos de los amigos para alejarlos de la mortuoria estancia; con piedad y conocimiento recibe el moribundo la Extrema Unción santa, y el sacerdote comienza la recomendación del alma. Recita la letanía propia del caso y añade:

«Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo que por tí padeció; en nombre del Espíritu Santo, que en tí se difundió; en nombre de los ángeles y arcángeles; en nombre de los tronos y dominaciones; en nombre de los principados y potestades; en nombre de los querubines y sera-

finés; en nombre de los patriarcas y profetas; en nombre de los apóstoles y evangelistas; en nombre de los santos mártires y confesores; en nombre de los santos monjes y ermitaños; en nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios. Descansa hoy en paz y habita en la santa Sión...»

Aquí llegaba el sacerdote, ayudando á bien morir á D. Fernando, cuando éste hizo un movimiento convulsivo, dobló la cabeza hacia el lado en que estaba doña Carmen y levantó los ojos al cielo como diciendo:

—Hasta la vista en la patria celestial.

Y espiró.

Así muere el rico cristiano.

*
* *

La casa del difunto D. Fernando Fernández de Córdoba, no se transformó en capilla ardiente, ni su cuerpo fué embalsamado, ni sus facciones aderezadas para que pareciese joven y risueño. Como pertenecía á la venerable orden tercera de San Francisco, se le amortajó con un burdo hábito de franciscano y el cadáver fué depositado sencillamente sobre un paño negro tendido en el suelo, cuyas cuatro puntas

estaban sujetas por otros tantos candelabros en los cuales ardían cuatro blandones de cera amarilla.

La conducción del cadáver se hizo al día siguiente, sin aparato alguno y con acompañamiento numeroso de todos los pobres y desvalidos de la ciudad. Según terminante disposición testamentaria del difunto, se le enterró en la hoya común, sin que un simple ladrillo recordase el nombre del caballero cristiano, de noble alcurnia y caridad acendrada, que no quiso transmitir á la posteridad mas que el ejemplo de sus buenas obras.

De la oración fúnebre se encargaron los menesterosos, cuyos elogios y lágrimas son más elocuentes que todos los discursos del mundo.

La familia del finado invirtió sumas cuantiosas en mandas pías y sufragios por el alma de D. Fernando, y en los funerales que celebró la parroquia del difunto con pompa religiosa grande, hubo mucho clero, muchas luces, Misas rezadas sin cesar, gran concurrencia de asilados y pobres, duelo numeroso, oraciones continuas en todos los labios, lágrimas abundantes en muchos ojos; pero, con perdón de Zola, yo no ví allí á cantante alguno de la ópera, ni á músicos de ninguna clase, pues el bendito de

Don Fernando, que en vida no ponía los piés en el teatro, tuvo el buen gusto de prohibir la música en sus funerales, ordenando que se celebrasen con asistencia de todas las parroquias de la ciudad, pero á canto llano.

Para concluir, no diré yo que los ricos no mueren en Francia como murió el Conde de Vertuil; pero sí aseguro que en España los ricos verdaderamente cristianos mueren en el Señor, como murió don Fernando Fernández de Córdoba, que santa gloria haya.





LA CRUZ DEL SOCAVÓN.



ADMIRABLE es la fé en todas sus manifestaciones; pero sólo la fé vulgarmente llamada del carbonero, la fé ni razonadora ni ilustrada, puede trasladar los montes. Apagarla en el corazón del trabajador es, pues, la mayor de las inepticias, ó el crimen más satánico.

Únicamente la fé endulza las amarguras de una vida de penas y sacrificios continuos. Sólo la fé hace brillar un rayo de esperanza en ciertos tristísimos horizontes. Cuanto más rudo es el trabajo, mayor necesidad hay de resignación y creencias. Y sin embargo, ¡locura sin igual!

muchos hombres ponen decidido empeño en arrancarla de raíz del pecho de las muchedumbres.

Sugíereme estas reflexiones el hecho siguiente.

Misera es la condición de todo minero; pero ninguno más digno de lástima que el de Almadén, consagrado desde niño á la extracción del mercurio. Peligrosas las labores que ejecuta en aquella ciudad subterránea, formada por un laberinto de galerías, pozos, socavones, pisos, máquinas y escalas; fétido y mortal el aliento que respira; prematura y achacosa su vejez, y ninguno el aliciente de ulterior recompensa.

Esto no obstante, trabaja resignado y hasta contento; que la fé y la piedad cristianas dan vigor á su brazo y enjugan el sudor de su frente. No es ésta una afirmación gratuita. El joven poeta Sr. Pato publicó en el *Diario de Córdoba* correspondiente al 14 de Agosto de 1862 una composición titulada *El Minero de Almadén*, y entre otras cosas dice:

Una modesta cruz hay enclavada
Del negro socavón sobre la boca,
De tus mayores con la fé guardada;
Y á cada nueva entrada
Esa modesta cruz tu mano toca,

É inclinando la faz humildemente
Describes otra cruz sobre tu frente.

¡Piadosa costumbre! Tocar la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavón, inclinarse reverentemente ante el sacrosanto signo de nuestra redención, y empezar el trabajo santiguándose (como debe hacerse al dar comienzo á toda buena obra), propio es de un verdadero y ferviente cristiano.

Hecho esto, se comprende perfectamente que el minero de Almadén se lance tranquilo, quizás cantando, en busca del peligro. La fé y piedad verdaderas, ni vacilan, ni temen; antes al contrario dan el valor suficiente para llevar con paciencia las penalidades de miserable vida, y para arrostrar con serena frente los peligros más espantosos.

Sin la fé, que ilumina sus inteligencias, y la piedad, que presta calor á sus corazones, ¿qué sería de esos pobres mineros? Quitad la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavón, y esos mismos hombres, valerosos, pacíficos, resignados, admiración de cuantos conocen su vida y costumbres, se convertirán bien pronto en egoistas, inquietos, soberbios, terror y desesperación de sus superiores. Suprimida la señal de la cruz, signo adorable de la

redención humana, que al empezar sus penosas tareas hacen sobre la frente para que los libre Dios de los malos pensamientos, sobre la boca para que no pronuncie malas palabras, sobre el pecho para que no abrigue malos deseos, naturalmente su corazón tiene que ser presa de deseos perversos y violentas pasiones; sus labios pronunciarán blasfemias horribles, y su inteligencia será seducida por las teorías más disolventes y por las aspiraciones más extravagantes. Dos frenos contienen al hombre: la Religión y la educación. Romped el primero en personas que, por su posición, carecen del segundo, y ¿qué queda? Nada: un conjunto monstruoso, una mezcla inflamable de pasiones, concupiscencias y paradojas, que, llegado el momento oportuno, estalla y produce verdaderos cataclismos sociales.

¿Creeis acaso que me encariño con la exageración y supongo lo que pienso, concediendo realidad á lo que no son mas que ilusiones de mi fantasía?

Pues recordad conmigo que, algunos años después del anteriormente citado, desencadenáronse sobre nuestra infortunada patria los vientos revolucionarios y por ende impíos; recorriéronlo todo, arruinando templos, creencias

y piadosas costumbres; su perniciosa influencia se dejó sentir hasta en los lugares más recónditos; y el minero de Almadén ya no daba principio á su trabajo inclinándose ante la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavón (que, aunque olvidada, continúa en su sitio como testigo ocular para remordimiento perpétuo de los indiferentes); ni se santiguaba después de haberla tocado reverentemente al pasar junto á ella; ni acudía presuroso, en caso de hundimiento, al socorro de sus hermanos; ni llevaba con cristiana resignación su condición miserable; ni obedecía á sus jefes; ni... pero ¿para qué cansarme?

Cierto día se promovió un tumulto, estalló la mezcla, se inflamó la multitud, y los mineros de Almadén asesinaron á sus jefes los ingenieros Sres. Monasterio y Buceta. ¡Dios los haya recibido en su gloria!

Ignoro si en las minas de Almadén se ha restablecido ó no la piadosa costumbre de santiguarse al empezar los trabajos, tocando reverentemente *la cruz del socavón*. Si así no fuese, peor para los directores de aquel establecimiento.

La elocuencia de los hechos hace inútiles las reflexiones.



EL SIGLO DE LA INMACULADA.



INESCRUTABLES son los designios de la Providencia divina.

Intento vano y temeridad grande fuera el querer conocerlos claramente.

No obstante, la bondad y sabiduría infinitas resplandecen en todo lo criado.

Dios ha querido que juzguemos, sin duda, de lo invisible por lo visible.

Notorio es, que al siglo XIX le ha cabido la honra de poderse titular *Siglo de la Inmaculada*.

Dos acontecimientos importantes legitiman esta denominación.

En 1854, el angelical Pontífice Pío IX, des-

pués de haber consultado á los Obispos todos de la cristiandad, definió solemnemente el dogma de la Concepción Inmaculada de María.

Cuatro años después, la Reina de los Ángeles, desde un trono de *viejas rocas* (en patués *Massabielle*) á orillas del espumoso Gave de Lourdes, pronunció ante Bernardica, encargada de comunicarla al mundo entero, la célebre frase: *Yo soy la Inmaculada Concepción*.

Con verdad puede, por lo tanto, gloriarse la presente centuria de ser el siglo de María Inmaculada.

Únicamente Dios lo sabe; pero no me parece irreverente que el hombre, para su santificación, lo presuma.

Aquella definición dogmática y esta declaración auténtica, responden quizás á una necesidad de los actuales calamitosos tiempos.

Muere el mundo por la impureza de sus costumbres materializadas y sensuales, y Dios misericordiosísimo le ofrece el remedio único que puede curarle, en el culto de la siempre Pura.

En la edad pagana, hubo épocas más enconagadas que la presente en la hediondez de la sensualidad; pero tal vez no registra en sus páginas la historia otro siglo como el nuestro, que

por manera sistemática y concienzuda quemando incienso sin cesar en aras de la materia.

Verdad es, que la cultura cunde, y lo que se llama progreso moderno nos inunda, y las ciencias físico-naturales avanzan, y los descubrimientos prodigiosos se suceden, y las aplicaciones admirables ponen la comodidad y el lujo al alcance de fortunas mediocres, y todo este conjunto de principios, instituciones, descubrimientos y costumbres, recibe el nombre pomposo de *civilización*; ¿pero cuál es el aliento de su vida?

La infortunada vuelve los ojos anhelantes en torno de cuanto material y terreno la rodea, y ni una sola vez los levanta al cielo.

La atmósfera de naturalismo en que vivimos, nos ahoga.

Únicamente lo sobrenatural puede salvarnos.

Enderecemos, pues, nuestros pasos hacia aquella pura y milagrosa fuente de la cueva de Lourdes, y postrados ante la imagen de la Concepción purísima, pongamos en práctica el saludable consejo que en 1858 dió María á Bernardica.

¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia! dijo la Señora en la persona de una niña raquítica y

enclenque, á la enfermiza sociedad moderna, y no hay otro camino de salvación.

Hagamos *penitencia* para domeñar los impuros movimientos de la carne, que cual caballo indómito se encabrita frecuentemente, estimulado su sensual apetito por la molicie que nos rodea.

Penitencia, para que este contrapeso moral equilibre la preponderancia que sobre todos ejerce la material cultura.

Penitencia, para que Dios se compadezca del mundo, que paulatinamente se va paganizando, y levante la terrible mano de su justicia, que empieza á pesar sobre los pueblos.

Penitencia, para que el satánico espíritu de rebelión, que informa las concepciones de los sabios, doble humilde la cerviz ante la Sabiduría infinita, acate y reconozca sus sapientísimos preceptos.

Penitencia, en fin, para que el mundo se salve.

El siglo de la Inmaculada Concepción de María, no puede deslizarse por entre la serie infinita de los tiempos sin dejar huellas indelebles de su paso.

María Inmaculada nos invita maternalmente á regenerarnos en las aguas salutíferas de la *pe-*

nitencia, y el siglo no permanecerá indiferente y sordo á su invitación amorosa.

El Papa augusto León XIII, depositario de las llaves de Pedro, pone también en nuestra mano el riquísimo tesoro de las indulgencias.

Participemos todos de esta riqueza espiritual, por la intercesión poderosa de María Purísima, y haga cada uno cuanto pueda para que el actual merezca verdaderamente el nombre de *Siglo de la Inmaculada*.





DIÁLOGO EDIFICANTE.

(HISTÓRICO.)



USTED por aquí, Enriqueta!

—Y usted ¿qué hace en Aguas-Buenas?

—Fortalezco mi garganta.

—No sabía que la tuviese usted delicada.

—Es poca cosa, gracias á Dios. Tampoco yo esperaba tener el gusto de encontrar á ustedes en estos montes.

—Feliz casualidad.

—Yo suponía á ustedes en Panticosa.

—Como usted sabe, íbamos todos los años;

pero ya hace tiempo que me dió el alta el doctor Arnús. Me han reconocido además los doctores Lahillonne de Caunterets y Pidoux de Aguas-Buenas, y todos me encuentran en perfecto estado de salud.

—Son admirables estas aguas.

—Si me promete usted no reirse de mi piadosa credulidad, diré á usted mi particular opinión acerca de ellas.

—Soy todo oídos.

—Recordará usted, que primeramente mi hermano, mi pobre hermano, condiscípulo de usted, luego mi mamá y después mi hermana, murieron los tres del pecho, sin que hubiese aguas ni medicinas que los curasen. Me tocó el fúnebre turno, y enfermé también de la misma terrible dolencia. Todos los veranos veníamos papá y yo á Panticosa; pero la sofocación y los dolorcitos no desaparecían nunca de mi pecho. La enfermedad, la aprensión y la angustia me aterraban. Estábamos en Valencia, y no recuerdo con qué motivo, sacaron en procesión la primitiva y veneranda imagen de Nuestra Señora de los Desamparados. Yo no podía salir de casa; pero rogué á unas amigas que tocasen en la sagrada imagen la franela con que abrigo mi pecho, hiciéronlo así, colgué á mi cuello el

bendito paño, empecé á mejorar y hoy me tiene usted completamente bien... gracias á la Virgen de los Desamparados.

—Ó á Panticosa, Cauterets y Aguas-Buenas.

—Como usted guste: no impongo mi piadosa creencia á nadie.

—¿Por qué vuelve usted á tomar las aguas?

—Porque á papá le prueban perfectamente y por veranear.

—Pero los médicos ¿han asegurado que está usted completamente curada?

—Sostienen además, que es de todo punto inútil que tome las aguas.

—Mucho me alegro y felicito á usted cordialmente.

—Mil gracias: yo me permito aconsejar á usted, que acuda al mismo médico valenciano y se curará, como me he curado yo.

—Lo haré, pues gracias á Dios creo en lo sobrenatural, y no ignoro que la fé traslada los montes.





CASTIGO TERRIBLE DE UN BLASFEMO.

EN un lugar de Aragón, de cuyo nombre no quiero acordarme, acaeció hace pocos años lo que paso á referir. Desgraciadamente se blasfema mucho en Aragón; pero el caso que refiero lo mismo hubiera podido suceder en Cataluña, Valencia y otras partes, que en materia de blasfemias nada tienen que envidiar al resto de España.

Había pues en el lugar aragonés, que no quiero nombrar, cierto individuo de la clase ínfima, cuya boca era una sucursal del infierno mismo. Aquellos inmundos labios no se abrían mas que para pronunciar blasfemias horribles.

El santo nombre de Dios, la Hostia consagrada, la Virgen, los Santos, el Papa, los Curas y cuanto de sagrado y respetable existe en tierra y cielo, era continuamente barajado por aquel hombre, entre inmundicias asquerosas, con las frases más ofensivas y denigrantes. Aunque ignorante y rudo, no parecía sino que hubiera hecho estudio especial del lenguaje para rebuscar nunca oidas blasfemias de concepto y de palabra. Imposible permanecer un segundo á su lado sin escandalizarse y extremecerse. Las almas timoratas temían que la tierra se abriese y para siempre lo tragase; los despreocupados calificaban su lenguaje de cínico y soez; á todos repugnaba semejante hombre, y muchos augurábanle mal fin.

Infinita es la paciencia del Señor; pero misericordioso más que justiciero, dilata la muerte del pecador para que, viviendo, se arrepienta. Algunas veces, sin embargo, se colma la medida de su misericordia y derramada por completo, se hace notar hasta en este mundo su justicia, para aviso y escarmiento del malvado procaz é impenitente.

Así aconteció al blasfemo de mi relato. Cuando más arraigado tenía vicio tan repugnante, en la flor de su vida y disfrutando ex-

celente salud, vióse acometido por un ataque cerebral, que le puso al borde del sepulcro. Sanó por fin, pero... ¡decretos admirables de la Providencia divina!... quedó *mudo*. Y como si esto no fuera bastante elocuente, recobró algún tanto el habla para balbucir palabras ininteligibles. Con claridad jamás volvió á pronunciar más frase, que la blasfemia inmunda que en él era habitual. Para todo lo demás quedó, durante toda su vida, balbuciente y mudo por completo. Castigo terrible, pero merecido.

Verdaderamente *Dei digitus est hic*.






EL SACERDOTE CATÓLICO

Y

SUS VERDUGOS.



I.

ONSOLADOR y sobre toda ponderación hermoso sería el libro que relatase los principales hechos, caritativos hasta el heroísmo, que diariamente lleva á cabo el sacerdote católico. Centenares son los que acaecen, pero como la perfección evangélica consiste en que no sepa la mano izquierda el bien que hace la derecha, la mayor parte quedan ocultos en la oscuridad del silencio. Por casual maravilla se hace público alguno que otro. Obran en mi cartera, hace tiempo, unos

apuntes relativos á cierto rasgo sublime de caridad sacerdotal, que voy á poner en parangón con la conducta incalificable de los verdugos del sacerdote católico.

II.

Lo que voy á referir acaeció no hace muchos años, en cierto lugarejo de una nación católica lejana, cuyo nombre no hace al caso. Penetró en la aldea una *partida* de insurrectos (como decimos en España) y tuvo la malhadada ocurrencia de visitar al Cura párroco, anciano curtido por la experiencia y las privaciones. Tenía de asignación unos 800 francos, mezquino haber que hacía tiempo no cobraba. Los derechos de estola eran nulos y la celebración escasa, en pueblo tan miserable. El que antes ejercía la caridad, aunque en modesto grado, no tuvo más remedio que implorar la de sus feligreses, con los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué buenas cosas podían escribirse acerca de la pobreza inconcebible que aqueja en todas partes al clero católico! ¡Cuántas sotanas, más que raidas, rotas y casi andrajosas vimos el año 76 en Roma! ¡Cuántos pobres sacerdotes italianos pidieron limosna entonces á los romeros españoles!

Pero volvamos á nuestra relación. La partida insurrecta manifestó con algazara su entusiasmo en casa del anciano Cura y en presencia de muchos de sus feligreses. Aquella larga experiencia, que blanqueaba en la nieve de sus cabellos, redujo al buen Cura á presenciar impasible escenas que no podía evitar, por tener su apoyo en la fuerza bruta: éste fué su crimen horrendo.

Como suele acontecer en tales casos, el hecho, desfigurado por completo, llegó á oídos de las autoridades. El Cura era un conspirador de tomo y lomo, que no podía comer, pero compraba fusiles sin cuento, los cuales había repartido á los insurrectos después de haberlos congregado y arengado en el presbiterio, entregándoles á la vez una bandera bendita, que todos juraron defender hasta morir. Hecho lo cual, nuevo capitán Araña embarcó la gente y se quedó tranquilamente en su parroquia. Con tales prevenciones y bajo estos auspicios, salieron fuerzas regulares en persecución de la partida.

III.

Cuando las primeras entraban en el lugar, huía la segunda por el lado opuesto. El sargento

que mandaba la escasa fuerza, se presentó con ella en la casa rectoral é increpó al señor Cura duramente. El anciano sacerdote recibió al sargento con agrado, y con bondadosa entereza procuró sacarle de su error; pero todo fué inútil. La frase más inofensiva, la palabra más inocente del Cura exasperaba al sargento, ya medio ronco de tanto gritar é insultar. Las vociferaciones de este energúmeno tenían conster-nado al pueblo todo, que desde la puerta de la casa rectoral presenciaba el triste espectáculo. El viejo Párroco, que había ya tomado el partido de callar, recibía con santa resignación aquel chubasco de insultos. El silencio del agredido irritaba más á su agresor, cuando el sargento, recordando sin duda que entre tanto se ponía en salvo la partida, preguntó al Cura por la dirección que había tomado. «Lo ignoro, (contestó éste), pues se marchó precipitadamente sin decir nada, ni consultarlo conmigo,» y era verdad. El furor del sargento ya no tuvo límites: se arrojó sobre el venerable anciano, sin tener en cuenta ni su edad, ni su sagrado carácter, y sin dársele un ardite del anatema fulminado por el cánon *Si quis suadente diabolo*, se cayó sobre él, le derribó en tierra y maltrató inícuamente á puntapiés y bofetadas. ¿Qué

es lo que contuvo la indignación del pueblo? Lo ignoro; pero en las guerras civiles al pobre campesino no le queda más recurso que dar cuanto tiene y recibir descomunales palizas de uno y otro bando. Terminada hazaña tan heroica, salió la pequeña fuerza regular en persecución de los insurrectos y logró verlos en las inmediaciones de la aldea. La partida se retiraba tranquilamente por la escarpada ladera de un monte; el sargento se empeñó en alcanzarla, redobló el paso y puestos á la vista del enemigo cruzáronse algunos tiros entre ambas fuerzas, y recibió un balazo en el pecho. La herida era grave y los soldados le trasladaron al pueblo.

IV.

Muchos aldeanos presenciaron la escaramuza, tanto que la noticia llegó al lugar antes que el herido. Apenas lo supo el señor Cura, salió á su encuentro, se colocó al lado de la improvisada camilla, prodigando al sargento toda clase de consuelos; hizo que lo trasladasen á su casa, acostándole en su única y propia cama; ayudó al cirujano de la aldea durante la cura; puso toda su pobreza á disposición de aquellas gentes, buscando por el pueblo lo que no tenía,


y ni un momento se separó, por último, de la cabecera del moribundo mas que para ir á la iglesia, regresando inmediatamente á administrarle los últimos sacramentos. Los soldados que rodeaban á su sargento, estaban tan avergonzados, comparando la conducta de éste con la del Cura, que ninguno tuvo valor para levantar los ojos y mirar de frente al caritativo anciano. Este señor, por su parte, no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, que pudiese recordar la anterior vergonzosa escena. El sargento fué el único que aludió á ella, pidiendo perdón al Cura. Conmovidó el buen viejo hasta derramar lágrimas, abrazó al herido moribundo, le perdonó de corazón y mientras espiraba encomendó á Dios su alma. Así se venga siempre el sacerdote católico.

Quien no sea como el caballo y el mulo, *quibus non est intellectus*, compare conducta con conducta y falle el pleito entre la víctima y el verdugo.





PALABRAS INANES.

 SEGÚN el *Diccionario de la lengua castellana* por la Academia Española, *inane* es un adjetivo que significa *vano, fútil, inútil*; y no me negará quien esto leyere que con frecuencia pronunciamos palabras y aún frases inanes, no porque las haya en la lengua castellana sin significado alguno, pues sabido es que toda palabra es siempre expresión oral de una idea y de un pensamiento toda frase, sino porque muchas veces hablamos por hablar, diciendo lo primero que se nos ocurre, á la vez que tenemos el deliberado propósito de no decir nada, ó cuando no sabemos qué decir.

Comprobemos esto prácticamente.

Se encuentran dos amigos íntimos, de esos que se ven á todas horas y entre los cuales reina comunicación fraternal. Como nada tienen que contarse, porque cuanto les acaece refiérenselo recíprocamente incontinenti, el primero que abre la boca, pregunta:

—¿Qué hay?

Y el preguntado, sin pensar en lo que dice, contesta maquinalmente:

—Nada.

Aquí tenemos, pues, tres palabras inanes, vanas, fútiles, inútiles. Se han pronunciado sin darles el menor valor, ni querer significar absolutamente nada, lo mismo que pudiera haberlo hecho una cotorra.

—¿Á dónde se va? (pregunta uno á otro, con el cual tropieza en cualquier parte).

—Por ahí (suele contestar el interrogado).

Aquella pregunta es inane ó imprudente.

Si el que pregunta no tiene verdadero interés en contarle los pasos al preguntado, ni le importa un ardite averiguar la dirección que el segundo lleva, ni siquiera ha pensado en lo que las palabras pronunciadas significan; entonces la pregunta es lisa y llanamente simple. Cuando quiere averiguar lo que no le importa,

la pregunta es imprudente, ó quizás una grosería, á la cual no hay más remedio que contestar:

—Á donde me da la gana.

Dicha pregunta inane suele poner al interrogado en verdaderos compromisos, obligándole unas veces á mentir y á contestar, otras, una fresca, aunque haga calor. Huelgan los ejemplos.

¿Qué hay de bueno? ¿Qué me cuenta usted? Hombre, diga usted algo, son también frases inanes, que prueban el ingenio peregrino del que las emplea. ¿Nada importante ocurre en el orden científico, literario, artístico, político, religioso, social, etc., para tener que recurrir á semejantes vulgaridades? Y á propósito de vulgo, bueno es advertir que pertenecen á tan elevada clase social muchas gentes que por su educación, fortuna ó carrera debían de formar parte integrante del mundo culto. Vulgo es, por ejemplo, todo el que usa palabras inanes.

Decir que *hace calor* cuando se achicharran los pájaros, que *hace frio* cuando se congela en el bigote el aliento, que el tiempo está *hermoso, apacible, desapacible, húmedo,* etc., cuando todas estas cosas las nota y siente todo el mundo, es hablar en tonto, ó lo que es lo mismo, pronunciar palabras vacías ó inanes.

Esto trae á mi memoria la célebre pregunta llamada del aragonés, que como es sabido consiste en preguntar lo que se está viendo. Ejemplo al canto.

Colorada como manzana garcía (pues las camuesas, heladas, blanquillas, etc., hacen poco consumo de carmín), fresca como flor rociada con escarcha matinal y esquiva como un espiño, con el cántaro apoyado en cadera poderosa y sujeto por fornido brazo y el botijo en la mano, se dirige á la fuente una moza, en cualquier pueblo de Aragón. Pasa por delante de la casa de cierta amiga suya, no menos esquiva, fresca y colorada, que hace media, sentada sobre el umbral de su puerta, y con seguridad se preguntan una á otra:

—¿Qué haces, media?

—Sí, y tú ¿vas por agua?

Se me dirá quizás que tales preguntas, cuyo sentido literal no hace al caso, equivalen al saludo amistoso y recíproco entre personas que quieren darse esta prueba de afecto, diciéndose algo al encontrarse, aunque sea una tontería, interpretación que admito de buen grado por tratarse de lugareñas, que como ellas dicen, no entienden de retóricas; pero ¿qué diremos de los ripios oratorios, que personas cultas (ó que

tienen obligación de serlo) intercalan en sus conversaciones á roso y velloso, cortando cien veces el sentido de la frase y dando lugar á que su interlocutor se impacienta y los deje con un palmo de narices?

¿Está usted? ¿Comprende usted? ¿Sabe? ¿Estamos? ¿Me explico? ¿Usted me entiende? etc. etc. Á semejante sarta de preguntas inanes, pronunciadas la mayor parte de las veces para pensar entre tanto lo que se va á decir, ó para buscar la palabra rebelde que no acude á nuestra memoria, tal vez fuese oportuno contestar lo que sigue:

—Sí, hombre, sí; estoy, comprendo, sé, y entiendo perfectamente las vulgaridades y tonterías que usted dice. ¡Frescos estábamos si necesitásemos meditar profundamente para entender las perogrulladas que salen de los labios de usted! Ahora, respecto á si usted se explica ó no, hay mucho que decir. Sí que se explica usted, pero se explica tan mal, con tropiezos y dificultades tantas, que el pacientísimo auditorio agradecería á usted que se echase un punto en la boca.

Suponed ahora, que sois vosotros los que habláis. De seguro que entre los que os escuchan habrá alguno que os interrumpe á cada

paso diciendo: *sí señor, sí señor; está claro, perfectamente, justo justo, muy bien dicho, cierto, es verdad, ciertamente que es cierto, mucho que sí, ¡pues no faltaba más! tiene usted razón, dice usted muy bien; es mucha verdad; nada, no hay que darle vueltas; concluyente, amigo, concluyente,* y otras confirmaciones ó aprobaciones inanes, de las cuales todos, quien más, quien menos, todos hemos sido víctimas. Á hombres tales no se les puede decir que se callen, porque es lo cierto que, aunque no saben lo que se pescan, siempre aprueban y aun aplauden. Alguna vez se distraen demasiado é interrumpen diciendo *sí señor, sí,* cuando procedía negar en redondo; pero recobran luego el equilibrio y contestan á todo *amén.*

Á propósito: cierto general viejo y de cuartel, tenía dos asistentes tan viejos como él, vinculados por sus muchos y buenos servicios en casa del general, de nombre Juan y Pedro respectivamente, y cuya corroboración buscaba el general siempre que refería sus hazañas de tiempos mejores.

—¿No es verdad, Juan? (decía el veterano).

—Miente V. E. (contestaba Juan indefectiblemente).

—Tienes razón, aquel día no venías tú. ¿No es verdad, Pedro?

—*Sí señor, sí* (contestaba Pedro indefectiblemente también).

Contestación inane, que ponía al general más hueco que una esponja.

Inanes son también todas las muletillas, que intercalamos en nuestros discursos todos los que, por razón de oficio, nos vemos precisados á hablar frecuentemente en público, tales como *pues bien, pues bueno, por consiguiente, de donde resulta, aquí tenemos, síguese de aquí, estamos en el caso*, etc. etc. Catedrático he conocido yo que encariñado con la muletilla *tenemos en este caso por consiguiente*, enrevesada y difícil de soldar con las demás frases del discurso, la repitió no obstante 127 veces en una sola explicación.

¿Quién es capaz, por último, de contar las palabras y frases sin sentido, verdaderamente inanes y chistosísimas á fuerza de ridiculez, que al cabo del día pronuncian ciertas mujeres, tan iliteratas como marisabidillas y algunos hombres, tan charlatanes como ignorantes? Decir de un buen mozo que tiene estatura *atlántica*, del real alcázar de la plaza de Oriente que es *portátil*, de las novelas caballerescas que tratan de *las caballerías*, de una muchacha que es *horriblemente* hermosa, etc.; llamar *filarmónicas* á las hilanderas, *lacticinios* á las verduras y tubér-

culos, cuestión *prosódica* á la manera de escribir, *paralelismo* á la paralización, *concomitantes* á los que comen juntos, etc., etc., no es frecuente en verdad; pero todos hemos tenido alguna que otra vez que mordernos el labio inferior para no soltar una carcajada al oír despropósitos como los apuntados, en labios de personas, que tienen obligación de saber lo que se dicen.

Moraleja. No hablemos nunca sin pensar antes lo que vamos á decir; ni empleemos palabra alguna cuyo significado no nos conste, y cuyo empleo no sea indispensable para la expresión oral del pensamiento.





LA SEÑORA DE VERRUGO.



UENTAN que siendo soldado raso Bernardotte, se hizo pintar en el brazo, de manera indeleble y según inveterada costumbre de cuarteles y presidios, un letrero que decía: *¡mueran los reyes!* Por grande que fuese su inventiva, no pudo prever el demagogo, que, rodando el tiempo, su amo y señor el Capitán del Siglo repartiese coronas entre sus soldados, como quien reparte buñuelos, y que una de ellas había de caerle en la cabeza á Bernardotte.

Cosa análoga sucedió á la Señora de Verrugo. Nacida en pañales de estopa, se crió fresca,

robusta y colorada como un pimiento riojano, sin que sus aspiraciones se remontasen nunca por encima de la noble profesión de verdulera. Pero se enamoró de su fachada, aire marcial y desenfado el sargento Verrugo, le ofreció su callosa mano y nuestra verdulera en ciernes cambió gustosa su elevado y futuro puesto del mercado por el empleo de sargenta.

Más adelante, desairado Verrugo en su ambición legítima de pasar á caballero subteniente, dejó la milicia por un estanco y ocupó después modesta plaza en la Administración del Estado, bondadosote señor, de anchas espaldas é inmensas tragaderas, que á todos acoje y dentro de cuyo seno descomunal todos comen, y todos caben.

Pasaron algunos años; sopló para Verrugo el viento de la fortuna (malas lenguas dicen que el fuelle de este viento lo manejaba su mujer), y cátense ustedes á Verrugo y consorte al frente de uno de los más importantes ramos de la administración pública en cierta capital de provincia. No es fácil referir de qué manera acaeció este milagro; pero es público y notorio que milagros de este jaez ocurren todos los días en las naciones afortunadas.

Como Bernardotte, la Señora de Verrugo no

pudo ni soñar siquiera que llegaría á tales alturas, y naturalmente, el nuevo alto cargo la cogió desprevenida y con un letrero indeleble, no en el brazo, que al fin es parte que tapa la manga, sino en la frente misma, donde no hay mantilla, ni caperuza que lo tape, y cuyo letrero decía á voz en grito: *¡mueran los reyes!*, que libremente traducido equivale á *yo no he nacido para esto*.

En efecto, antes de trasladarse á la nueva ínsula para tomar posesión del importante cargo, la ex-sargenta demostró elocuentemente á su marido, que era preciso darse lustre, mucho lustre, y que más aun que el comer necesitaban conquistar á todo trance los títulos de gente *noble y fina*. Convino pues el matrimonio en que desde aquel día, el cónyuge macho firmaría Donato *de Verrugo* y el cónyuge hembra Tomasa *de Verdolagas* y sus hijos únicos, él Cucufate *de Verrugo y de Verdolagas* y ella Zapaquilda *de Verrugo y de Verdolagas*, trascendental acuerdo, parto prodigioso de conferencias múltiples.

El Señor *de Verrugo*, padre, era un bragazas, sin carácter, que con su buen talento natural y mucha práctica en el expedienteo, hubiera podido desempeñar su cargo, por sí y

ante sí, regularmente y sin ponerse en ridículo; pero la Señora *de Verdolagas*, madre, á cada paso ponía á su marido en berlina, sin que el pobre hombre supiera cómo apearse del vehículo.

Las primeras consecuencias de la determinación nobilísima de los *des* sufrieronlas el cartero y Cucufate. Doña Tomasa *de Verdolagas y de Verrugo* se negó rotundamente á pagar al primero el perro chico legal que cada carta devenga, siempre que faltasen los consabidos *des* en el sobreescrito. En su consecuencia, el cartero se tomaba la molestia de intercalarlos de su puño y letra, á fin de no perder los consabidos cinco céntimos, aunque el procedimiento más expedito era arrojar las cartas á un sumidero.

Cucufate era un estudiantón desgarrado, sin talento y perezoso, que por ser hijo de su padre hacía la carrera á empellones y por partida doble. Me explicaré: con justicia suma se le suspendía en Junio, para aprobarle graciosamente en Setiembre. Pero vamos al hecho: inscribiéronle en el registro de matrícula con el nombre de Cucufate Verrugo y Verdolagas simplemente. Montó en cólera doña Tomasa, su madre, apenas lo supo; refirió el agravio á media ciudad

y durante varios días disertó largamente acerca de su prosapia ilustre y del escudo de armas de su familia. Pero como tales murmuraciones no daban resultado práctico alguno, se descolgó con una instancia campanuda, pidiendo al jefe del establecimiento, que se reformara la inscripción susodicha, dando en ella cabida al *de* imaginario, que por abolengo de los cuatro costados correspondía de derecho á su Cucufate y á todos los Verrugos y Verdolagas, habidos y por haber: se accedió á lo demandado, bajo la responsabilidad del recurrente; se dió charol la demandante diciendo por la ciudad que les había metido el resuello en el cuerpo á los que pretendían pisotear sus clarísimos timbres nobiliarios, y el zagalote quedó matriculado de la siguiente manera: Cucufate *de* Verrugo y *de* Verdolagas, nombre que al pasar lista en las clases hacía las delicias de sus condiscípulos maleantes. Años después, no confrontando estos apellidos con los de la partida de bautismo, vióse Cucufate á punto de perder su brillante carrera y no se le expidió el título hasta después de tramitado un expediente voluminoso, que costó mucho tiempo y grandes gastos. Por supuesto, que en el diploma brilló por su ausencia el duplicado *de*, desgracia que ocasionó un

berrinche mayúsculo á la Señora *de* Verrugo, obligándola á no poner el codiciado título en el marco preparado al efecto:

—No seré yo quien haga pública mi ignominia (decía la ex-sargenta, haciendo un mohín soberano y abanicándose el bajo vientre).

Á propósito, no debo pasar adelante sin decir algo de su parte física. Con los años la Señora de Verrugo había engordado hasta la obesidad; caminaba lentamente y meciéndose, con la cabeza erguida, el pecho y abdomen salientes y en incesante movimiento aquellas aspas de molino de viento, por otro nombre brazos, consagrados en cuerpo y alma al manejo del abanico: tal era su debilidad característica. No dejaba de la mano el enorme pericón, que abría y cerraba estrepitosamente, lo mismo en su casa que en la calle, así en invierno como en verano, y barriendo siempre la gran fachada de su persona.

Vestía con gusto pésimo, exagerando las modas y muriéndose por los colores chillones y relumbrantes. Hacían sus delicias los sombreros á la chamberga, las capotas de ala desmedida, que esconden la cabeza y rostro como en el fondo de un nicho, las plumas rizadas y ondulantes, las frutas de gran tamaño, los pá-

jaros disecados, las hebillas descomunales, las cintas amplísimas, los guantes que se abrochan junto á los hombros, las botas polonesas, las escarcelas figuradas, las golas sofocantes, los cuerpos de vestido con aletas y solapas en forma de frac y otras mil extravagancias, cuyos nombres conocen las modistas y los revisteros perfumados.

Se me olvidaba advertir, que los mejores adornos de su cara de luna llena eran la sota-barba, el bigote, las patillas y ciertos lunares poblados y retorcidos, que ciertos caballeritos de diez y ocho abriles hubiesen cambiado seguramente por la pelusilla de melocotón, que merced á friegas y tirones sin cuento, sombrea ligeramente su labio sonrosado.

De aquí que la Señora de Verrugo, mujer de pelo en pecho, como de los hombres suele decirse, hombrease con todos los que, por razón de oficio, gastan pantalones, y hasta se dijese por la ciudad, que había librado á su marido de la molestia de llevarlos en el hogar doméstico. Es lo cierto, que doña Tomasa de Verdolagas y de Verrugo salía á la calle con aire marcial, erguido continente y meciendo á compás su obesidad, como si el mundo fuera pequeño para contener su majestuosa altanería.

Continente tal le valió, al poco tiempo, el título de *fragata* Verrugo, que los jóvenes aplicaban sin piedad á mi buena doña Tomasa, dispuesta siempre á pasar por ojo á tan ligeros esquifes, cuando viento en popa y llevando á remolque la lancha Zapaquilda, atracaba en los malecones de los paseos públicos.

Cierto es, que acerca de la manera de vestir no tenía principios fijos, pues unos días recibía las visitas de confianza puesta de veinticinco mil alfileres, y otros salía á la calle con una simple y amplísima bata y en traje, como ella decía, *negligente*. Pero también es verdad, que á todas horas, dentro y fuera de su casa, se daba importancia grande, á cuyo efecto mugía como un búfalo, se abanicaba produciendo en torno suyo una tempestad, maltrataba de palabra y obra á los criados y frecuentemente al sentido común y la gramática, abusaba de las palabras *señora* y *caballero*, hacía y recibía visitas á todas horas y llevaba luto, durante nueve días, por el fallecimiento de todo grande de España, pariente suyo, más ó menos remoto, indefectiblemente.

Para acabar de conocerla, bueno es oirla. Llegaba á la puerta de un principal cualquiera, dando resoplidos y seguida de su adorada Zapaquilda:

—¿Doña Fulana de Tal y de Cual?

—Pase usted, doña Tomasa, que ahora saldrá la señora.

—Cállate, fregona, y anuncia á la Señora de Verrugo.

La criada se retiraba riendo á mandíbula batiente, y momentos después doña Tomasa Verdolagas de Verrugo peroraba como un tribuno desde el sofá del estrado, que llenaba ella sola:

—¿Está usted cansada?

—Diré á usted, señora... Como nosotros hemos vivido siempre en principales muy bajos...

—¿De techo?

—No, señora; de pocas escaleras.

—Vamos, serían entresuelos.

—Señora, mi familia tiene la nobilísima y veterana costumbre de vivir siempre en principales.

—Me consta (mordiéndose el labio para no reirse de las costumbres veteranas). De manera, que usted se ha fatigado de hacer tanta visita, sin duda.

—Muchas, señora, muchísimas. Es una muerte esto de tener relaciones tan intensas como extensas. Toda España nos conoce, lo

más distinguido nos trata, la buena sociedad nos sitia y la crema del buen tono es nuestro elemento.

—Mamá quiere decir la *crème* (observó tímidamente Zapaquilda).

—Niña, quiero decir lo que he dicho, y á los postres crema ó *crème* lo mismo da. Esta señora lo que desea saber es cuántas visitas hemos hecho.

—Perdone usted, no soy indiscreta.

—Nada, señora, nada, lo sabrá usted todo. Desde luego mandé enganchar.

—Yo creí que no tenían ustedes carruaje.

—Por meses, señora, por meses y engancho á Ramonet siempre que quiero. Primeramente hemos ido en casa de las de Altos-humos, después en casa de las de Picos-pardos; luego, como viven allí cerca, hemos subido en casa de las de Fuente-nevada...

—¿También tratan ustedes á esa familia ilustre?

—A todas, señora, á todas. Mi abuelo fué alcalde mayor de casa y corte y aun guardamos el bastón y los vuelillos. ¿No es verdad, Zapaquilda? (Ésta, por no mentir, se calla.) Aquéllos eran encajes y no los de ahora, que son de puro algodón y nada más que algodón. ¿Pues y los bas-

tones? Cuajados de piedras preciosas... En fin, señora, calcule usted si estaremos bien relacionadas y mejor vistas, que el día de mi santo las visitas cumplidas no nos dejaron almorzar hasta las once de la noche...

—Se juntaron pues la cena y el almuerzo.

—Cabal. ¿Y aquel caballero?

—Mi marido, bien: muchas gracias.

Suponed aquí todos los resoplidos y cortesías imaginables con el correspondiente y recíproco besuqueo y demos por terminada la visita.

Mientras Cucufate frecuentó las aulas, su mamá la Señora de Verrugo se las compuso de manera que trabó relaciones, más ó menos traídas por los cabellos, con todos los catedráticos encargados de desasnar al angelito. Los detenía en la calle, les obligaba á que frecuentasen su casa y hasta se permitió dar lecciones á algunos de pedagogía y de la ciencia que profesaban. Tales conferencias concluían casi siempre con la retirada definitiva del catedrático aleccionado.

Dedicó entonces su actividad febril á casar á Zapaquilda, merecedora de un príncipe, según á roso y velloso decía su mamá. No por eso dejaba en paz á ninguno de los jóvenes decentes y modestos, á quienes echaba los ojos enci-

ma, asediándoles continuamente con ofrecimientos intempestivos, zalamerías gatunas, indirectas del P. Cobos y hasta declaraciones lánguidas por poder. Zapaquilda la hermosa fué también víctima del furor casamentero de su mamá.

—Niña, que te mira Fulanito.

—Zapaquilda, saluda á Menganito.

—Por Dios, hija, saluda con más gracia, sonriendo dulcemente é inclinando con lentitud la cabeza, como lo haría una palmera cargada de dátiles.

—Niña, contesta á Perengano, que acaba de poner en tí los ojos, indudablemente con buen fin.

Zapaquilda por aquí, Zapaquilda por allá; hija por arriba, y niña por abajo; todo esto acompañado de pellizcos, codazos y pisotones y con el aditamento de que ningún príncipe, ni siquiera barón, enviaba embajadores que pidiesen la mano de Zapaquilda, puso á la pobre muchacha tan nerviosa y tan insubordinada, que contra la ruidosa y terminante prohibición materna, trabó relaciones con un subteniente de caballería, en trato frecuente é íntimo con la paja y la cebada.

Aumentaron con el tiempo el mal genio y

las excentricidades de la Señora de Verrugo. Ni su reconocida alcurnia, ni su trastienda notoria fueron suficientes para colocar á Cucufate en las oficinas del Estado; tampoco pudo casar, según sus aspiraciones, á Zapaquilda, y el ascenso de su marido se heló entre sus manos, por medio de la escarcha del ridículo. Por no sé qué pequeñez, la Señora de Verrugo tomó cierto día un berrinche descomunal, descargó fieramente la tronada sobre el ex-sargento, el cual se murió bonitamente para no tener que sufrir más á su mujer, como el que se desliza volviendo para siempre las espaldas; Cucufate marchó á hacer fortuna á las Indias; Zapaquilda se casó con su adorado subteniente y doña Tomasa de Verdolagas, viuda de Verrugo, se retiró á su lugar nativo, en donde gasta honradamente su viudedad, jugando al burro con sus conterráneas y contemporáneas las comadres más calificadas de aquel mercado público.



INDICE.



	<u>Págs.</u>
Censura y licencia.	III
Carta-dedicatoria.	V

BORRONES EJEMPLARES.

Historia de un ochavo moruno.	I
Dos clases de limosna.	II
Noche-buena.	2I
El Dios del Siglo.	3I
La Quietud del Espíritu.	43
El Tío Marisanta.	5I
El Vanidoso.	6I
Santa María de la Planta.	75
El Zapatero Remendón.	79
La Caridad.	85
El moderno decoro social.	93
La Joya de Rodenas.	103
Somos Ceniza.	111
Propina para el pobre.	117
La Tía Marimamo.	123
El Hombre Cero.	129
La Purísima de Juanez.	135
El Niño Misionero.	145
Las Malas Lecturas.	151
Apuntes sobre Fernán Caballero.	175

	Págs.
Murmuraciones de Vecindad.	191
La Maledicencia.	201
Una huérfana con tres madres.	207
Lujo y Miseria.	213
Nuestra Señora de Moncayo.	219
Visita ejemplar al Santísimo Sacramento.	227
¡Pedrejales de mi vida!	233
La Mujer y la Flor.	247
Todo un poema de amor cristiano.	265
El Dique de Cañas.	273
Un pensador alemán y un filosofastro español.	281
A Fuerza de Trabajo.	289
Pero... ¿qué han hecho los frailes?	297
La muerte del rico... cristiano.	309
La Cruz del Socavón.	323
El Siglo de la Inmaculada.	329
Diálogo Edificante.	335
Castigo terrible de un blasfemo.	339
El sacerdote católico y sus verdugos.	343
Palabras Inanes.	349
La Señora de Verrugo.	357



Este libro se acabó de imprimir
en Valencia, en casa de
Manuel Alufre, el
día 30 de Junio
del año de
1883.



OBRAS Y OPUSCULOS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

(Enbou, 7, 2.º, Valencia.)

Muchos son los periódicos y revistas, tanto nacionales como extranjeros, que han publicado bibliografías encomiásticas de los libros arriba nombrados. En nuestro poder obran algunas, tales como las publicadas por La Civilización, La Ciencia Cristiana, Revista de Madrid, La Lectura Católica, Revista de la Propaganda Católica de Madrid, La Cruz, La Ilustración Católica, El Siglo Futuro, El Fénix, La Fé, La Unión, La Integridad de la Patria, Revista Popular, Revista Carmelitana, El Sentido Católico en las Ciencias médicas, Correo Catalán, Los Archivos de la Medicina valenciana, La Crónica, La Ilustración Popular Económica, La Apología del Maestro, La Unión Católica, Diario de Valencia, El País, Las Provincias, El Comercio, El Mercantil Valenciano, La Señera, El Almogávar, El Zuavo, El Avisador Malagueño, El Áncora, El Áncora de Castilla, Revista de Alcoy, La Crónica de León, La Tertulia, El Criterio Católico, La Propaganda Católica, Diario de Avisos, La Provincia de Huesca, Revista Católica de la Habana, El Eco del Miño, El Semanario Católico, El Faro Católico Aragonés, El Porvenir, Revista de Aragón, La Crónica Mercantil, El Colonizador, Beti-Bat, El Eco del Duero, A Palavra, A Ordem, A Cruz de Operario, L' Unitá Cattolica, Revista Católica de Las Vegas (Nuevo Méjico), etc., etc. Imposible copiarlas todas; pero sencillísima cosa es redactar

este prospecto con palabras ajenas. Dedicaremos, pues, algunas líneas á cada uno de los trabajos del Sr. Polo y Peyrolón, publicados todos ellos con licencia del Ordinario.

Elementos de Psicología. (Un volumen de 256 páginas en 8.º francés, cubierta á dos tintas, excelente papel y tipos elzevirianos. Valencia, 1881, 2.ª edición, 12 reales en toda España.)

D. Bartolomé Feliú y Pérez, renombrado catedrático entonces del Instituto de Toledo y actualmente de la Universidad literaria de Barcelona, á propósito de este libro escribió en el número 40 de *El Colonizador* lo siguiente:

«El autor, antiguo compañero de Instituto y muy querido amigo nuestro, haciendo alto en sus empresas literarias, á las que viene consagrando muchos años há su fácil, chispeante y donosa pluma con éxito envidiable, y provecho de la pública moralidad, ha creído de su deber, y ha creído bien, dar impreso á sus numerosos discípulos un programa razonado de aquella trascendental asignatura. Publicado el primer trabajo, aparecerán en breve los de Lógica y Ética, para completar el pensamiento del autor y el plan hoy vigente sobre dichas materias.

»Conocedores del talento práctico del Sr. Polo, nacido indisputablemente para la enseñanza, esperábamos desde luego una obra clara, metódica, de maduro juicio y de doctrina sana. Todo esto hemos hallado efectivamente en el primer opúsculo que hace días leemos con satisfacción grandísima. Empero hay una cualidad honrosísima para él, y merecedora de nuestra atención desde las primeras páginas de la obra. Es el valor de las convicciones. Decididamente el Sr. Polo aborrece las medias tintas. Busca de buena fé la verdad, y cuando su criterio y su conciencia le dicen dónde está, la proclama con inusitada franqueza, y, pudiéramos añadir, con original desenfado.

»En una época como la presente, en la cual la gritería de la ignorancia y la zumba del vicio traen acobardados á no pocos escritores y maestros, hay sobrados motivos

para congratularse con el buen ejemplo del Catedrático de Valencia, quien no contento con estampar en la portada de su obra la aprobación de su Ordinario eclesiástico, dice paladinamente en el prólogo: "Hijo sumiso de la Iglesia católica, apostólica, romana, he leído con respetuoso entusiasmo la reciente y admirable Encíclica *Æterni Patris* del Papa augusto que rige los destinos del orbe católico, y dispuesto de corazón estoy á estudiar y obedecer." Sirva este noble rasgo de lección á más de cuatro mentores de la juventud, muy católicos y muy creyentes en el rincón de su hogar; pero tímidos defensores de la verdad, en frente de los modernos *reformadores*. Aprendan del Sr. Polo á llamar por su nombre á cada cosa, y á oponer al cínico descaro de los que todo lo niegan, la hermosa virtud del valor, la confesión franca de nuestras creencias. No son más los extraviados; pero vociferan más, y sobre todo tienen una audacia infinita, y es preciso batirlos con la visera levantada.

»Sería inexcusable pretensión por nuestra parte querer analizar menudamente la Psicología en cuestión; mas no debemos omitir en nuestro ligerísimo bosquejo la circunstancia de que su autor se ha inspirado para redactarla en la filosofía escolástica de Sanseverino, Kleutgen, Zigliara, Cornoldi, Balmes, González, Liberatore y demás lumbreras de la citada escuela. Tras de unos sencillos pero luminosos *Prolegómenos* ontológicos, cosmológicos y biológicos, entra de lleno en el estudio de la *Psicología Experimental*, á la que consagra 17 lecciones. Sigue después la segunda parte, ó *Psicología Racional*, con cinco lecciones importantes sobre la *naturaleza del alma humana, unión entre el alma y el cuerpo* y otros asuntos de no menos capital trascendencia.

»Más elocuente que nuestras alabanzas en favor del libro es el éxito alcanzado por su primera edición, que ha sido agotada en sólo algunos dias, y ha puesto al autor en el caso de preparar incontinenti la segunda. Reciba éste nuestros plácemes y siga aleccionando á la juventud con la hermosa filosofía cristiana, tan desconocida en la actualidad en fuerza de la persecución sangrienta que desde hace tres siglos la declararon los pseudo-reformadores.»

Elementos de Lógica. (Un volumen de 288 páginas en 8.º francés, cubierta á dos tintas, excelente papel y tipos elzevirianos. Valencia, 1882, 2.ª edición, 12 rs. en toda España.)

«No alzar la mano del arado, ni volver la vista atrás, son los notables caracteres que la Santa Escritura asigna al cultivador laborioso. Ambos convienen perfectamente al tan instruido cuanto incansable Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón, catedrático del Instituto provincial de Valencia, que acaba de publicar, después de su notable *Compendio de Psicología*, en que ya nos ocupamos, su nuevo libro de *Elementos de Lógica*, que como el anterior, reúne la solidez de su fondo y la expresión didáctica de sus conceptos al especial tino con que están compendiados; siendo una de las mejores obras de su género para el aleccionamiento de la juventud. Las especiales prendas de doctrina y talento del autor hacen tan recomendables sus obras, que quisiéramos verlas adoptadas para texto en nuestros Institutos de enseñanza. Es una buena semilla, que, desprendida de la filosofía tomística, está dispuesta por la mano de tan hábil maestro, el Dr. Sr. Polo y Peyrolón, al que ya podemos llamar uno de nuestros primeros literatos y filósofos. Le enviamos, pues, por su nueva producción, nuestros plácemes, augurándole que recojerá el ópimo fruto que corresponde á su constante laboriosidad. Los que, como nosotros, apenas nos ocupamos en otras obras que con las de los buenos autores católicos, no extrañarán la uniformidad de nuestros elogios cuando hablamos de ellas, y menos cuando se los tributamos á los trabajos del Sr. Polo, algunos de los cuales han sido encomiados por nuestra misma Academia.»

(*La Lectura Católica*, núm. 43.)

Elementos de Ética ó Filosofía Moral. (Un volumen de 264 páginas en 8.º francés, cubierta á dos tintas, excelente papel y tipos elzevirianos. Valencia, 1882, 2.ª edición, 12 rs. en toda España.)

«Con gran placer hemos leído la última obra de nuestro buen amigo, pareciéndonos superior por varios

conceptos. Por lo que hace al fondo, revela de continuo al católico ferviente, y revela con frecuencia, también, al filósofo sano, cada vez más persuadido de la sublime armonía entre la Religión y la ciencia. Por ejemplo, sus páginas sobre la existencia de Dios y sobre los deberes relativos al cuerpo son admirables, poniendo de realce la inteligencia preclara del autor y la vastedad de sus conocimientos. A muchas otras pudiéramos aludir, que salen, por decirlo así, del nivel común, aumentando la fama merecida que ha conseguido el Sr. Polo en la república de las letras.

»También, bajo el punto de vista literario, puede calificarse de oro el libro del ilustre Catedrático de Valencia. Es la obra mejor que ha salido de su pluma. Si se prescinde de las palabras *apropiables* y *heril*, que quizás no son de buena ley, y que nosotros citamos para persuadir de que no pertenecemos al número de los críticos que se atreven á juzgar las obras leyendo sólo algunas de sus páginas; aun el lenguaje nos parece digno de las mayores alabanzas. El estilo brilla por su pureza y por su concisión. Admira la sobriedad y la lucidez con que sabe tratar nuestro amigo las materias todas, sin excluir las abstrusas.

»Corroboraremos nuestra opinión humilde con la respetable de algunos insignes literatos, cuyos nombres no damos temerosos de cometer una indiscreción. Hablaron del libro y convinieron en que no hay quien aventaje al Sr. Polo en la disposición del plan, ni en la exactitud de los conceptos, ni en la claridad del estilo, ni el arte de hacer fácil y grato lo difícil.

»Estar puede satisfecho nuestro amigo. Reciba nuestro cordial parabién y la seguridad de que dirigimos á Dios fervientes votos para que pueda seguir prestando servicios eminentes á la buena causa.»

(*La Civilización*, cuaderno 145.)

Filosofía Elemental, ó sea los tres libros anteriores, elegantemente encuadernados en tela y con plancha dorada. (Un volumen de 808 páginas en 8.º francés. Valencia, 1882, encuadernación de Tasso, 40 reales en toda España.)

Programa de Psicología, Lógica y Ética. (Un folleto de 46 páginas en 8.º francés. Valencia, 1882, 2 reales en toda España.)

Calcado este Programa sobre los textos anteriores, de los cuales es índice minucioso, consta de 941 puntos ó extremos, distribuidos en 100 lecciones, y conviene que los alumnos lo tengan á la vista para recordar sin esfuerzo la doctrina de cada lección.

Supuesto parentesco entre el hombre y el mono.

(Un volumen de 308 páginas en 8.º francés, cubierta á dos tintas y excelentes papel y tipos. Valencia, 1881, 2.ª edición, 14 reales en toda España.)

Se compone este libro de tres partes, subdivididas en XXIV capítulos. Trata la primera del transformismo darwinista en general; se refutan en la segunda las razones físicas en que el darwinismo funda el origen pithecoideo del hombre, y en la tercera las consideraciones psíquicas, terminando con la exposición comentada del verdadero origen del hombre, según el sagrado *Génesis*. Publicado este trabajo en *La Ciencia Cristiana*, agotada después en poco tiempo la primera edición, se hizo en 1881 la segunda, cuidadosamente corregida y aumentada, porque, aunque lentamente, el darwinismo va echando raíces en nuestras cátedras y tampoco le faltan defensores entre las revistas, folletos y libros escritos en castellano. El R. P. Crispín Caetano Ferreira Tavares, escritor ilustre de Oporto, ha traducido este libro al portugués y también se ha solicitado permiso del Autor para verterlo al francés. Los periódicos portugueses *A Palavra*, número 2.613, *A Ordem*, n.º 256 y *A Cruz de Operario*, n.º 47, publicaron lo siguiente:

«Con este título (*Supuesto parentesco, etc.*) acaba de publicarse en España la segunda edición (habiéndose agotado en pocos días la primera) de una obra monumental. Su autor es el doctor D. Manuel Polo y Peyrolón, uno de los más doctos filósofos contemporáneos.— Es catedrático de Psicología, Lógica y Filosofía Moral en el Instituto de Valencia y ha publicado, además de la

obra que nos ocupa, otras muchas de filosofía, apologética cristiana y literatura, todas ellas de gran mérito por su fondo y forma.—En la obra de que hablamos refuta el doctísimo filósofo español con argumentos incontrovertibles el transformismo darwinista.—Tan clara es esta obra preciosísima, que está al alcance de las inteligencias menos cultivadas por el estudio.—Entre nosotros cuenta con muchos defensores el absurdo darwinismo. Numerosos son los escritos en que se sustentan las falsas y perniciosas teorías de Darwin y ni un solo libro se ha publicado en portugués que trate exclusivamente de la refutación de teorías tan hediondas como perjudiciales.—No sucede lo mismo en el extranjero. Podría formarse una biblioteca con los escritos publicados en otros países para refutar el transformismo darwinista.—Uno de los mejores de dichos escritos, ó tal vez el mejor, es el libro del eximio filósofo español. En él se encuentran pulverizados los sofismas de Darwin, reproducidos entre nosotros por ciertos *sabios* de nuestro país.»

Costumbres populares de la Sierra de Albaracín, cuentos originales. (Un volumen de 426 páginas en 8.º menor, Barcelona, 1876, 3.ª edición, 8 rs. en toda España.)

El Censor Eclesiástico, dijo de estas cuatro novelitas de costumbres aragonesas, que en ellas resplandece «el amor más acendrado á la santa Religión verdadera, el celo por las buenas costumbres, y la aversión más profunda á las máximas de la moderna impiedad, tan contrarias á la salvación eterna de las almas como al bienestar temporal de los pueblos.» La Real Academia Española, el más alto Instituto literario de la Nación, en su informe, publicado en la *Gaceta* del 22 de Julio de 1878, añadió entre otras cosas: «Este precioso libro, colección de cuentos ó novelitas, en que se pintan con el hermoso colorido de la verdad cuadros de la vida de nuestro pueblo, es, con efecto, por sus tendencias religiosas y morales, por la sencillez de su estilo, por la animación de sus diálogos, tan ejemplar como deleitoso, y digno de la protección oficial que para él se ha solicitado.» Por último, en

el tomo I de *La Ciencia Cristiana*, página 452, el delicado y poético escritor D. Manuel Pérez y Villamil, hablando de este libro, se expresa en los siguientes términos: «Huyendo el Sr. Polo de la pretenciosa novela social, importada del extranjero, y de las escandalosas fábulas que los novelistas modernos aprenden en los estrados de los tribunales y en los calabozos de los presidios, háse refugiado en el rincón de la Sierra de Albarracín, para traducir en castizo y poético lenguaje cristiano, las inocentes y candorosas costumbres de nuestro pueblo, no contaminado aún de los vicios de la *civilización moderna*... Leyendo los cuatro cuentos que contiene el libro del señor Polo, parécenos asistir á las escenas que en ellos se narran, y respirar el aire puro de nuestras escondidas sierras, donde al abrigo de las montañas se conservan las santas costumbres y tradiciones de nuestros antepasados. Las descripciones son tan exactas y tan bellas, que el novelista nos lleva como de la mano por entre los valles, que como canastillos de flores se esconden en la sierra; nos introduce en las aldeas, que como bandadas de pájaros se agrupan en torno de la casa del Señor; nos hace sentar á la *losa* del hogar, bajo la anchurosa campana de la chimenea, donde al amor de la lumbre y al resplandor de las teas celebran sus veladas las familias del lugar, presididas por los abuelos; nos pone en relación con los sencillos aldeanos, para que de sus labios escuchemos la candorosa relación de sus alegrías y tristezas; nos traslada, en una palabra, á la vida inocente, dulce y cristiana de las montañas, desde el vertiginoso torbellino de la vida moderna, que en estas grandes ciudades nos aturde y enloquece...»

Los Mayos, novela original de costumbres aragonesas, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. (Un volumen de 202 páginas en 8.º francés. Madrid, 1879, 2.ª edición, 10 rs. en toda España.)

«Acabamos de leer esta interesante novela, y todavía retoza la sonrisa en nuestros labios y la complacencia ocupa el corazón.

»Singularísimo arte es el de aquellos escritores que, sin recurrir á romanticismos terroríficos ni bufonadas, conmueven hasta hacer derramar lágrimas y excitar á la vez la risa, y aun la carcajada. Como los autores de esas novelas *peseteras* (perdónesenos la palabreja), polilla de la sociedad, no tendrán que arrepentirse nunca de haber extraviado la imaginación ardiente de la juventud, conduciéndola como por la mano á los más vituperables excesos, y aun al suicidio mismo.

»Por el contrario, el libro del Sr. Polo y Peyrolón hace amable la vida y mantiene constantemente al espíritu en ese estado de placentera tranquilidad que permite apreciar y agradecer los beneficios inmensos que debemos al Criador divino. Por eso, y aunque la moralidad de la novela es indirecta, la autoridad eclesiástica permite su publicación, fundándose en que, "lejos de contener cosa alguna contraria á los dogmas ó á la moral de la Religión católica, se halla informada de su espíritu."

»Este es, en nuestra opinión, uno de los más relevantes méritos de los escritos del Sr. Polo. Con razón dice el prologuista insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo: "El Sr. Polo hace gala en sus cuentos de la más estricta, severa y pudibunda moralidad, y si en estas cosas pudiera pecarse por carta de más (¡Dios me libre de sostenerlo!) diría yo que en algunos casos quisiera ver al Sr. Polo y Peyrolón un poco más alegre, sin tocar, por supuesto, en desenfadado y pecaminoso."

»Con gusto escribiríamos la crítica de la nueva novelita del Sr. Polo; pero ya que con tanto acierto lo ha hecho el sabio y joven crítico Sr. Menéndez y Pelayo, cuyo lindísimo prólogo tenemos á la vista, copiemos algunos de sus párrafos. Habla de las distinciones de que han sido objeto, tanto en España como en el extranjero, los libros de Trueba y Fernán Caballero, y prosigue así:

"¿Y cómo no ha de suceder lo mismo con los escritos del Sr. Polo, que á las buenas cualidades de sus modelos, añade otras propias peculiares suyas, un desembarazo y una gracia por todo extremo dignos de loa?

»Rebosan los cuadros del autor que presento al público (aunque él no necesita de mí, ni de nadie, para ser bien recibido y admirado en todas partes) de sabor espa-

ñol, y sobre español *aragonés*, aunque de aquella parte de Aragón que participa un tanto de las costumbres valencianas. No falsifica, por empeño de idealizarlos, los usos populares, ni introduce arcádicos pastores, sino rústicos de carne y hueso. Los mismos tipos que por su delicadeza y elevación moral parecerían inverosímiles, si pluma menos diestra los trazara, cual acontece, por ejemplo, con *La Tía Levitico* (heroína del mejor cuento del Sr. Polo), tienen entera y perfecta vida en la fantasía de los lectores, gracias á la habilidad del narrador.”

»Más adelante añade: ”Volvamos á *Los Mayos* del señor Polo y Peyrolón, novelita de oro á la cual sirve de motivo aquella poética costumbre, heredada de griegos y romanos (como tantas otras cosas buenas), de enramar los novios las puertas de sus amadas, y cantar á la alborada en ritmo más ó menos armonioso, pero siempre grato á los virginales oídos. Costumbre es ésta muchas veces recordada por nuestros clásicos, puesta en escena por Cervantes en su comedia *Pedro de Urdemalas*, pero en estos tiempos olvidada ya en muchas de las comarcas españolas, aunque por testimonio de Fernán Caballero sabemos que se conserva en Andalucía, y por el cuento del Sr. Polo se vé que dura asimismo en la Sierra albaracinense, con muy raros y curiosos pormenores.

”Sería necedad grande que yo me pusiera á referir el argumento de *Los Mayos*, cuando el lector va á leerlos á continuación, y cuando, por otra parte, el interés de esta novelita no está (ni ha querido el autor que estuviera) en lo complicado y sorprendente de la fábula, sino en la fidelidad de la pintura y en las galas del estilo. Excuso decir que *Los Mayos* es una historia de amor: *Cui non dictus Hylas puer?* y el Sr. Polo, con ser tan timorato, no rechaza este tan natural recurso artístico.

”Pero los amoríos de su libro son tan castos y ajustados á la ley de Dios, que por sabido y evidente debiéramos callar aquí aquello de *la mère en permettra la lecture à sa fille*, etiqueta, por otra parte, gastada y hasta sospechosa.

”Digo, pues, que de amores trata el libro, como que andan en él un muchacho y una garrida moza, que se perecen el uno por el otro, aunque los padres tienen allá

sus enemistades, ni más ni menos que Castelvinos y Monteses en la tragedia de Shakespeare. Ya calculará el lector si habrá interés dramático en el libro del Sr. Polo, á pesar de su sencillez.

»Si cuadros de costumbres quiere admirar el prójimo en cuyas manos caiga este volumen, abra el libro por el capítulo IV, y solácese con el *juicio de faltas*, que es de lo bueno en su clase, y trae á la memoria otra escena parecida que describe Pereda con el *Suum cuique*. O siga leyendo y encontrará el sorteo de Mayas, ó dará de manos á boca con lozanas y floridísimas descripciones de regocijos y festejos, á todo lo cual se une la viveza, animación y soltura de los diálogos. El Sr. Polo maneja la lengua con envidiable maestría, no es incorrecto como Fernán Caballero, y cuando se atreve á ser intencionado y malicioso lo hace de perlas.»

»No queremos seguir copiando. Lo dicho basta y sobra para que el lector se forme cabal idea del libro que le recomendamos, y aun de quien lo ha escrito.

»Para concluir, vamos á defender al Sr. Polo de un cargo que, con fundamento aparente, le hacen algunos idealistas exagerados, en quienes por otra parte reconocemos discreción y gusto. »El Sr. Polo, dicen, lleva su realismo hasta el punto de no haber querido sacar el partido que sacó, por ejemplo, Hurtado en su hermosa comedia *La Maya*, de asunto tan ideal y poético; usa con preferencia á los nombres de pila, los apodos ó motes, tan bajos y ridículos algunos como *Moñohueco* y *Tejeringo*; y copia á veces hasta los más pequeños detalles de la vida vulgar.»

»Creemos que esta acusación es más especiosa que exacta. Según nuestro leal saber y entender, el autor de *Los Mayos* ni es idealista, ni realista; se inspira siempre en la naturaleza, que es la más abundante y cristalina fuente de inspiración; y aunque se propone embellecer lo bello, no puede prescindir de ciertos toques locales característicos, sin los que sus cuentos resultarían más ó menos fantásticos, pero nunca de costumbres.

»Nos consta además que todas las descripciones de escenas y lugares, todos los apodos y la mayor parte de los tipos que figuran en las fábulas albarracinenses, están

copiados del natural y son, por consiguiente, más bien históricos, que novelescos.»

(*La Fé*, n.º 702.)

Guía de Tierra Santa y relato de la peregrinación general española á los Santos Lugares en Octubre de 1881. (Un volumen de 424 páginas en 8.º menor, elegante cubierta á dos tintas, papel satinado y tipos elzevirianos. Palma, 1882, 10 reales en toda España.)

«Dice el Sr. Polo en la introducción que como tanto y tan bueno se ha escrito en todas épocas sobre Tierra Santa, nunca pensó en escribir un nuevo libro sobre la materia; pero que obligado por sus compañeros de peregrinación, no ha tenido más remedio que sacar á luz el relato completo de la segunda peregrinación general española á Jerusalén, acompañándolo de una pequeña guía de Tierra Santa, que pueda ser útil á las peregrinaciones sucesivas.

»Con esta modestia se presenta nuestro querido amigo; pero como las obras más humildes son por permisión de Dios las más fecundas, la del Sr. Polo es un regalo para el piadoso lector, donde nada falta que pueda apetecer y exigir el ánimo atento y erudito, y de donde pueden sacarse saludables ejemplos de santa edificación y corrección cristiana.

»Como peregrino nos describe el Sr. Polo su viaje, y desde que pisa la Tierra Santa va paso á paso haciendo reflexiones y citas de tantos recuerdos, que trasladan al lector á aquellos benditos lugares y le hacen participar de las emociones de la visita. Y como las cosas de Tierra Santa interesan hasta en sus más pequeños detalles, el Sr. Polo se detiene muchas veces á darnos noticias que, desatendidas por otros viajeros, tienen para nosotros una novedad encantadora. Añádase á estas circunstancias la no despreciable de ser ésta la última pincelada sobre Tierra Santa, ó, como si dijéramos, las noticias de última hora, y se verá qué interés tiene este libro y cuánto hay que agradecerle al Sr. Polo el que lo haya redactado.

»Nosotros, que queremos mucho al distinguido Cate-

drático, hemos experimentado vivo placer en leerlo, y desde luego lo recomendamos eficazmente á nuestros amigos, seguros de que han de participar de las dulces emociones de una peregrinación á Tierra Santa.»

(*La Ilustración Católica*, 25 de Agosto de 1882.)

Elogio de Santo Tomás de Aquino. (Un folleto de 22 páginas en 4.º Valencia, 1880, 2 reales en toda España.)

«Una repetidísima prueba de la reconocida solidez de los principios filosóficos que profesa nuestro querido amigo el Sr. Polo y Peyrolón, catedrático del Instituto provincial de segunda enseñanza de Valencia, la encontramos en su discurso leído en la Academia de la Juventud Católica de la misma, cuyo tema es: *Elogio de Santo Tomás de Aquino*. Ante el natural entusiasmo que siente por esta lumbrera más celestial que humana de la filosofía y teología, el Sr. Peyrolón cree que su palabra no podrá ser fiel intérprete de su inteligencia y de su corazón; pero no es así, y al considerar á Santo Tomás bajo el triple aspecto de teólogo, filósofo y místico, penetra en su pensamiento y logra con su palabra hacer reaparecer la colosal figura del Dr. Angélico, prodigando los datos biográficos de una manera oportunísima, y detallando con notable minuciosidad todas las obras, exposiciones y comentarios que salieron de su angelical pluma en favor de nuestra Religión sacrosanta.

»El Sr. Peyrolón debió llenar de una manera cumplidísima los deseos de la indicada Academia, de la que es bibliotecario, y nosotros le felicitamos por lo bien que emplea las fuerzas de su privilegiada y fecunda inteligencia.»

(*La Lectura Católica*, n.º 47.)

Influencia del Cristianismo y la Iglesia Católica en la civilización de los pueblos. (Un folleto de 28 páginas en 4.º Valencia, 1881, 2 reales en toda España.)

«El Dr. D. Manuel Polo y Peyrolón nos ha remitido, atención que le agradecemos, un bellissimo discurso titu-

lado *El Cristianismo y la Civilización*, leído por dicho señor el día 2 de Febrero último en la Juventud Católica de Valencia, y encaminado á probar que *la verdadera civilización es hija legítima del cristianismo, y la Iglesia católica la institución más civilizadora que han conocido los siglos.*

»Las pequeñas proporciones de nuestra humilde *Revista*, no nos permiten, y harto lo sentimos, hacer el prolijo y extenso juicio que tan notable trabajo merece; pero no titubeamos en manifestar que creemos poco menos que imposible desarrollar y probar en tan cortas líneas de una manera más lúcida y acabada, la tésis objeto de la elucubración del ilustrado Sr. Polo y Peyrolón.

»Fácil, castizo y elegante es el estilo del autor; bellas, exactas y oportunas las imágenes que prestan amena variedad á la obrita en cuestión, y de mano maestra los cuadros allí trazados, mereciendo en nuestro entender especial mención, el que en el exordio nos pinta, con tristísimos pero por desgracia verdaderos colores, sobre los males con que la llamada *civilización* moderna aflige á la Iglesia de Cristo, y aquel otro en que nos dibuja el imperio romano en el siglo de Augusto, al advenimiento del Redentor del linaje humano, cuadro magnífico y que grandes conocimientos históricos en el autor revela.

»Si nuestros lectores hallan á mano el folleto que nos ocupa, lean sus cortas páginas, y comprenderán que no le hacemos toda la justicia de que es digno; y para que sepan que no nos incita al emitir este juicio ningún género de parcialidad, debemos manifestar que no tenemos la honra de conocer personalmente al Sr. Polo y Peyrolón.»

(*Revista de la Propaganda Católica de Madrid*, núm. 93.)

Apostolado de la mujer en las sociedades modernas. (Un folleto de 32 páginas en 4.º Valencia, 1882, 2 reales en toda España.)

«Este discurso, que el día de los Dolores del corriente año se pronunció en la Juventud Católica Valenciana, Academia dignísima, que con tanto esplendor celebra las

solemnidades literario-religiosas de su instituto, está ya juzgado por la prensa y la opinión, cuando nosotros vamos á hablar de él.

»A poco de haberse publicado dicho discurso, lo reprodujo el *Boletín de la Juventud Católica*, luégo varios otros periódicos y revistas, demostrando así cuán digno es de estimación y alabanza.

»Puede asegurarse que se ha impreso de nuevo cada mes por importantes publicaciones religiosas, y esto demuestra claramente el aprecio que todas las personas piadosas hacen de semejante escrito y su evidente utilidad.

»Encargado el Sr. Polo y Peyrolón de pronunciar el discurso en la Academia católico-valenciana el día de los Dolores, y hábil conocedor de los sentimientos y costumbres de nuestro país, que, para gala de nuestra literatura con tan fotográfica exactitud ha sabido retratar en sus conmovedoras y populares novelas, aprovechó la ocasión para exponer, mezclando el tono serio con el festivo, los grandes deberes que hoy pesan sobre la mujer católica, é indicarle cuánto puede hacer en nuestra sociedad en pró del catolicismo.

»El trabajo del Sr. Polo no fué de hojarasca ni de fantasmagoría; su objeto es sumamente práctico, y por eso no sólo ha sido apropiado para la festividad y ocasión que lo motivaba, sino que fuera de aquella ocasión y tiempo, no ha perdido su importancia ni su oportunidad.

»Recordando que el prototipo de la mujer cristiana es la Santa Madre del Redentor, el Sr. Polo cita numerosos textos bíblicos que prueban la consideración é importancia que á la mujer otorgan los libros santos y reseña la influencia de célebres mujeres en grandes acontecimientos históricos: como no podía menos de ser, parte de que la consideración y dignidad del bello sexo se deben al Cristianismo y á la doctrina de la Iglesia, así como su degradación vá unida á la apostasía de las creencias y á la decadencia de los cristianos sentimientos.

»Entrando en la parte práctica, indica el suave é irresistible influjo con que la mujer domina el corazón del hombre, por la persuasión y la dulzura, y traza, en resumen, un cuadro acabado de lo que principalmente debe ser objeto de las atenciones y cuidados de la mujer

cristiana para ganar las voluntades de los distraídos é indiferentes.

»Lo recomendamos eficazmente á nuestros lectores.»

(*La Unión*, n.º 184.)

León XIII y los católicos españoles. (Un folleto de 36 páginas en 8.º, Valencia, 1883, 2 reales en toda España.)

«Hé ahí el título de una nueva obra del infatigable escritor y razonador profundo Sr. Polo y Peyrolón. Si otras veces no hubiéramos tenido el gusto de alabar sus obras, pocas ocasiones podrían ofrecérsenos tan propicias como la presente. Porque, es la verdad, aquel estilo correcto y elegante que en sus novelas sirve de engarce á las perlas de su imaginación creadora, y en sus obras de Filosofía viste las verdades con el ropaje de la elocuencia, en pocas ocasiones ha llegado á un grado tan alto de sublimidad como en el discurso que anunciamos hoy. Cuando el Sr. Polo nos presenta á León XIII en el Vaticano, rodeado de aquella atmósfera de majestad y grandeza, que tan sólo acompaña al Vicario de Jesucristo, es incomparable y deja muy atrás á otros escritores que describieron la misma escena. Y habla de León XIII, de su vida, de su ciencia y sus virtudes siempre con aquel estilo clásico, siempre con el cariño tierno del hijo, que pinta el retrato de su bondadoso padre.

»Con esto creemos recomendar suficientemente á nuestros abonados la última obra del ilustre Catedrático de Valencia, digna, en verdad, de figurar en toda biblioteca católica.»

(*El Eco del Miño y El Áncora*, n.º 931.)


Borrone Ejemplares, miscelánea de artículos, cuentos, parábolas y sátiras. (Un volumen de 380 páginas en 8.º francés, elegantemente impreso sobre papel satinado, con tipos y adornos elzevirianos y cubierta á dos tintas. Valencia, 1883, 10 reales en toda España.)

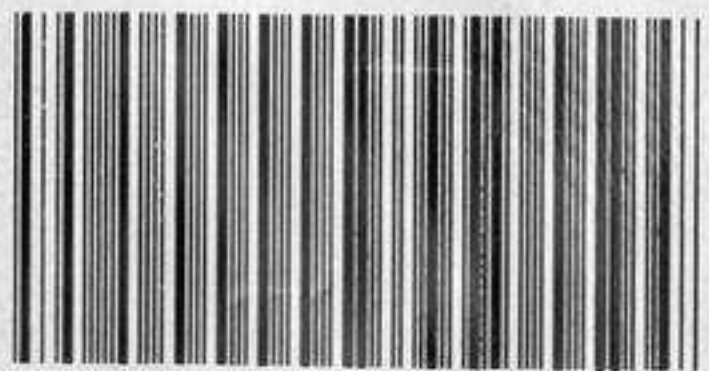
Todos estos libros y folletos se venden en las librerías de Tejado (Arenal, 20), Aguado (Pontejos, 8), Gaspar

(Príncipe, 4) y Olamendi (Paz, 6) de Madrid; en las de Bastinos (Boquería, 47), Subirana (Puertaferri, 16), Casals (Pino, 5) y Grabulosa (Buensuceso, 13) de Barcelona; en las de Martí, Aguilar, Badal y Ortega de Valencia; en la de Gasca de Zaragoza; en la Tipografía Católica Balear de Palma; en la de Landin de Pontevedra, y en la de Soto-Freire de Lugo.

Para contratos y pedidos especiales dirigirse al Autor (Enbou, 7, 2.º, Valencia), el cual remite á correo vuelto y sin aumento alguno de precio, por certificado ni franqueo, cuanto se le pide acompañando el importe en sellos de á 15 céntimos ó letras de fácil cobro.



Biblioteca  Valenciana



31000005624005

t Valenciana)

